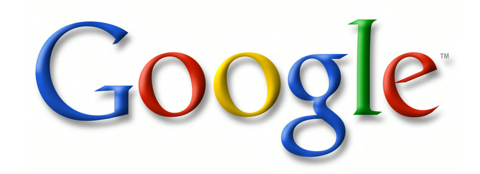
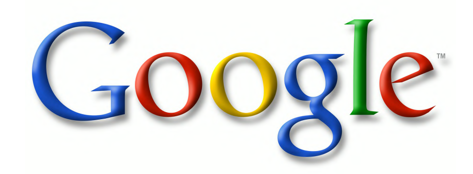
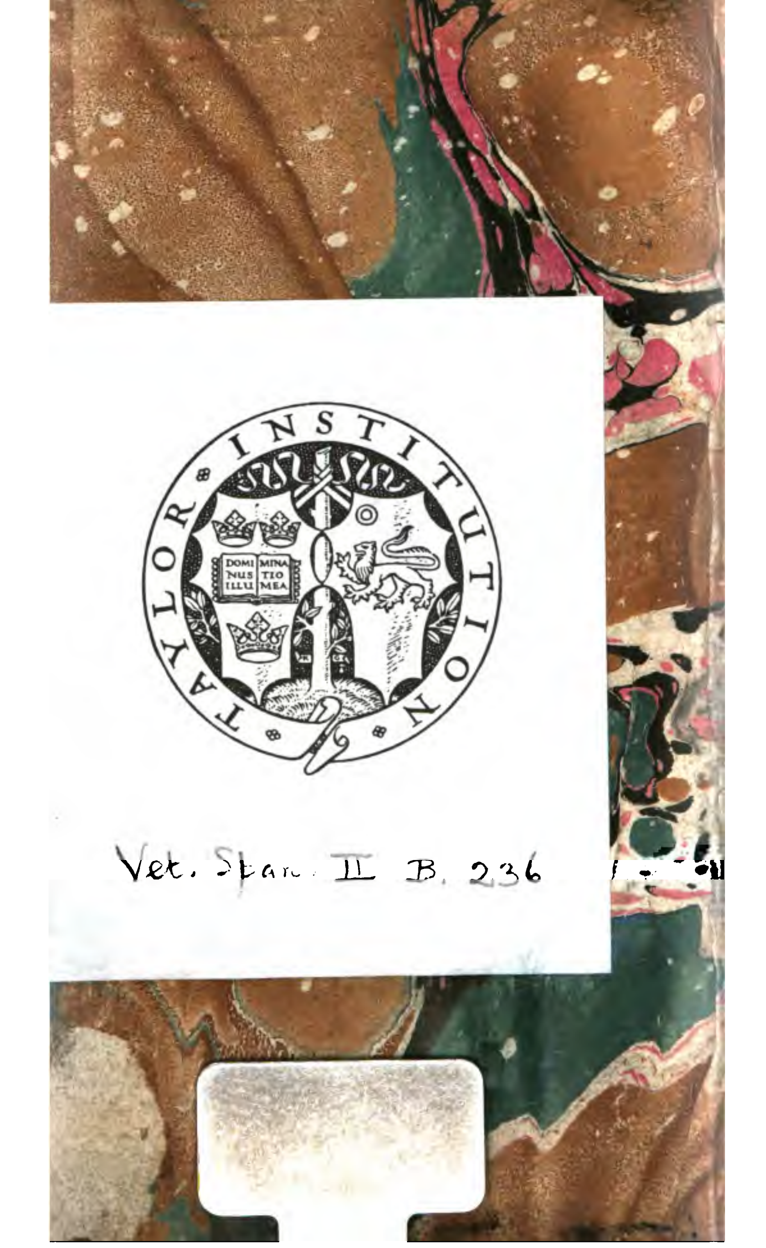







TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA
Vet. Span. II B. 236



EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

TERCERA EDICION

CORREGIDA

POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

PARTE PRIMERA.

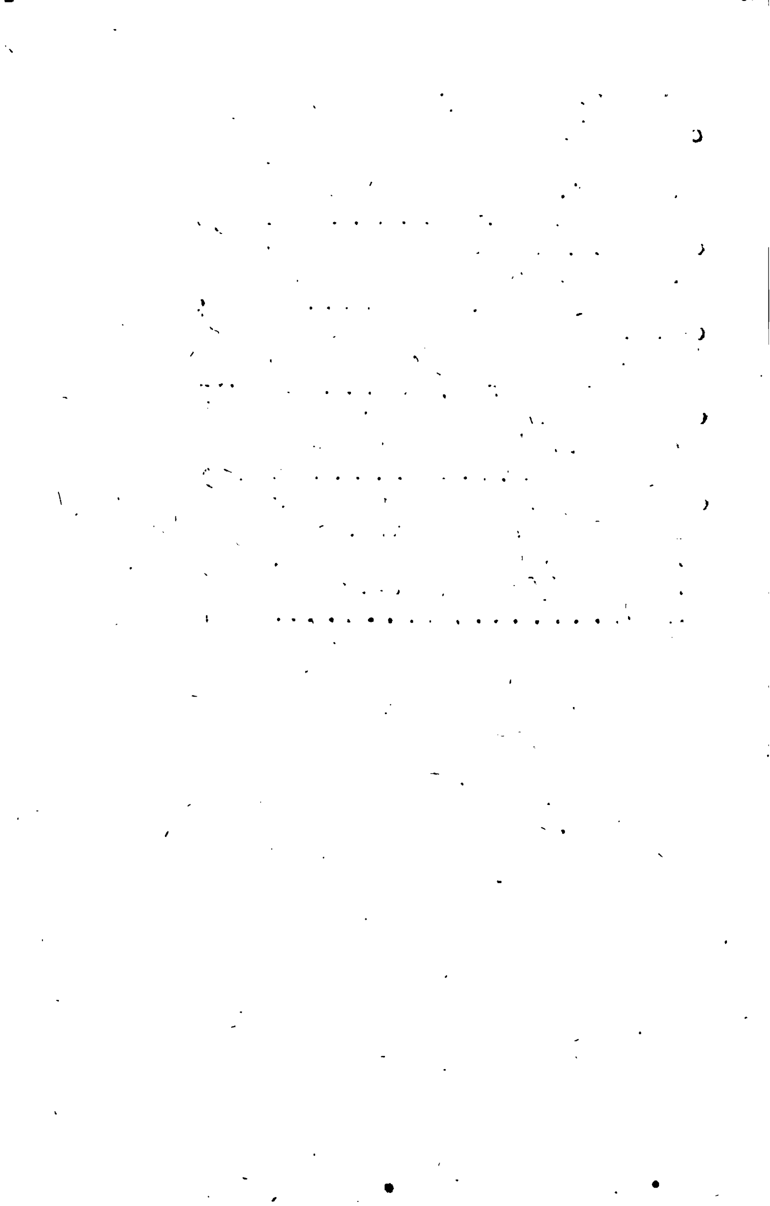
TOMO III.



CON SUPERIOR PERMISO.
EN LA IMPRENTA DE LA ACADEMIA
POR LA VIUDA DE IBARRA, HIJOS Y COMPAÑÍA.
MADRID MDCCLXXXVII.

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.



PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAPÍTULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura que al Cura y Barbero sucedió en la mesma sierra.

Felicísimos y venturosos fuéron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo Caballero Don Quixote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinacion, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta órden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son ménos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia: la qual prosiguiendo su rastrillado, torcido y as-

copado hilo cuenta que así como el Cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oidos, que con tristes acentos decia desta manera:

¡Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y quan mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al Cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyéron y percibiéron el Cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian, se levantáron á buscar el dueño, y no hubiéron andado veinte pasos, quando detras de un peñasco viéron sentado al pie de un fresno á un mozo vestido como labrador, al qual, por tener inclinado el rostro, á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corria, no se le pudiéron

ver por entónces: y ellos llegáron con tanto silencio, que dél no fuéron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los pies, que eran tales que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Suspendióles la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño, y así, viendo que no habian sido sentidos, el Cura que iba delante hizo señas á los otros dos que se agazapasen, ó escondiesen detras de unos pedazos de peña que allí habia: así lo hiciéron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacia, el qual traia puesto un capotillo pardo de dos aldas muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca: traia ansimesmo unos calzones y polaynas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenia las polaynas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia: acabóse de lavar los hermosos pies, y luego con un paño de tocar que sacó debaxo de la montera, se los limpió, y al querer quitársele, alzó el rostro, y tuviéron lugar los que mirándole estaban, de ver una hermosura incompa-

rable, tal que Cardenio dixo al Cura con voz baxa: esta ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte se comenzáron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conociéron que el que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entónces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que despues afirmó, que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos, no solo le cubriéron las espaldas, mas toda en torno la escondiéron debaxo de ellos, que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peyne unas manos, que si los pies en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo qual, en mas admiracion y en mas deseo de saber quien era ponia á los tres que la miraban. Por esto determináron de mostrarse, y al movimiento que hiciéron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delan-

te de los ojos con entrámbas manos, miró los que el ruido hacian: y apénas los hubo visto, quando se levantó en pie, y sin aguardar á calzarse, ni á recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto como de ropa, que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, quando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo: lo qual visto por los tres, saliéron á ella, y el Cura fué el primero que le dixo: deteneos, señora, quien quiera que seais, que los que aquí veis, solo tienen intencion de serviros: no hay para que os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. Á todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa. Llegáron pues á ella, y asiéndola por la mano el Cura, prosiguió diciendo: lo que vuestro trage, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren, señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno y traídola á tanta soledad como es esta, en la qual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo mé-

nos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, miéntras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intencion se le da al que lo padece. Así que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena, ó mala suerte, que en nosotros juntos, ó en cada uno, hallaréis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el Cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio, ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamas vistas; mas volviendo el Cura á decirle otras razones al mesmo efeto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dixo: pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en valde seria fingir yo de nuevo ahora lo que si se me creyese, sería mas por cortesía que por otra razon alguna: presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofreci-

miento que me habeis hecho, el qual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido, puesto que temo, que la relacion que os hiciere de mis desdichas, os ha de causar al par de la compasion la pesadumbre, porque no habeis de hallar remedio para remediarlas ni consuelo para entretenerlas; pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por muger, y viéndome moza, sola y en este trage, cosas todas juntas y cada una por sí, que pueden echar por tierra qualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera. Todo esto dixo sin parar la que tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no ménos les admiró su discrecion que su hermosura: y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos, para que lo prometido cumpliese, ella sin hacerse mas de rogar, calzándose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara, comenzó la

historia de su vida desta manera:

En esta Andalucía hay un Lugar de quien toma título un Duque, que le hace uno de los que llaman Grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado y al parecer de sus buenas costumbres; y el menor no sé yo de que sea heredero, sino de las trayciones de Vellido y de los embustes de Galalon. Deste Señor son vasallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo; porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuviéron ellos en no haber nacido ilustres: bien es verdad, que no son tan baxos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que á mí me quiten la imaginacion que tengo, de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, christianos viejos ranciosos, pero tan rancios, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos

se preciaban era de tenerme á mí por hija: y así por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas que padres jamas regaláron: era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sugeto á quien encaminaban, midiéndolos con el Cielo, todos sus deseos, de los quales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, ansí lo era de su hacienda: por mí se recebian y despedian los criados: la razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia pasaba por mi mano: los molinos de aceyte, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mia y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo: los ratos que del dia me quedaban despues de haber dado lo que convenia á los mayorales, ó capataces, y á otros jornaleros, los entretenia en exercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la

almohadilla, y la rueca muchas veces, y si alguna por recrear el ánimo, estos exercicios dexaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta pues era la vida que yo tenia en casa de mis padres, la qual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta quan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo. Es pues el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monesterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apénas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponia los pies, con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, me viéron puestos en la solicitud de Don Fernando;

que este es el nombre del hijo menor del Duque que os he contado. No hubo bien nombrado á Don Fernando la que el cuento contaba, quando á Gardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el Cura y el Barbero que miráron en ello, temiéron que le venia aquel accidente [1] de locura que habian oido decir, que de quando en quando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quien ella era, la qual sin advertir en los movimientos de Cardenio prosiguió su historia, diciendo: y no me hubiéron bien visto, quando, segun él dixo despues, quedó tan preso de mis amores, quanto lo diéron bien á entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que Don Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa; dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes, los dias eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle, las noches no dexaban dormir á nadie las músicas, los billetes, que sin saber como á mis manos venian, eran infi-

nitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con ménos letras que promesas y juramentos: todo lo qual, no solo no me ablandaba, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efeto contrario: no porque á mí me pareciese mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuviese á demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé que de contento, verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas, que en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oir que nos llaman hermosas; pero á todo esto se oponia mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de Don Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decíanme mis padres, que en sola mi virtud y bondad dexaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí y Don Fernando, y que por aquí echaria de ver, que sus pensamientos, aunque él dixese otra cosa, mas se encaminaban á su gus-

to que á mi provecho, y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dexase de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustase, así de los mas principales de nuestro Lugar, como de todos los circunvecinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise responder á Don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy léjos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos mios, que él debia de tener por desdenes, debiéron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba, la qual, si ella fuera como debia, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decírosla. Finalmente Don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó á lo ménos porque yo tuviese mas guardas para guardarme, y esta nueva ó sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oiréis, y fué que una noche estando yo en mi aposento con sola

la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar como, en medio destos recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro, me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua: y así no fuí poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dexara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme segun estaba turbada) comenzó á decirme tales razones, que no sé como es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas: hacia el traydor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrecilla, sola entre los mios, mal exercitada en casos semejantes, comencé no sé en que modo á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte que me moviesen á compasion ménos que buena sus lágrimas y suspiros: y así pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con mas ánimo del que

pensé que pudiera tener le dixe: si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me asegurara, con que hiciera ó dixera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella ó decilla, como es posible dexar de haber sido lo que fué: así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos: tu vasalla soy, pero no tu esclava: ni tiene, ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre, para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia, y en tanto me estimo yo villana y labradora, como tú señor y caballero: conmigo no han de ser de ningun efecto [2] tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme: si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera: de modo que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú,

señor, ahora con tanta fuerza procuras: todo esto he dicho, porque no es pensar, que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo. Si no reparas mas que en eso, bellísima Dorotea, que este es el nombre desta desdichada, dixo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los Cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imágen de nuestra Señora que aquí tienes. Quando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion; pero no quiso interromper el cuento, por ver en que venia á parar lo que él ya casi sabia, solo dixo: que ¿ Dorotea es tu nombre, señora? otra he oido yo decir del mesmo, que quizá corre parejas con tus desdichas: pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mesmo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado trage, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda sabia se la dixese luego, porque si algo le habia dexado bueno la fortuna, era el ánimo que tenia para sufrir qualquier desastre que le sobre-

viniese, segura de que á su parecer ninguno podia llegar, que el que tenia acrecentase un punto. No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á ti te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa fué, que tomando Don Fernando una imágen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio: con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido, puesto que ántes que acabase de decirlas, le dixe que mirase bien lo que hacia, y que considerase el enojo que su padre habia de recebir de verle casado con una villana vasalla suya, que no le cegase mi hermosura tal qual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si algun bien me queria hacer por el amor que me tenia, fuese dexar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad podia, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho, le dixe, y otras muchas de que no me acuerdo; pe-

ro no fuéron parte para que él dexáse de seguir su intento, bien ansí como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconvenientes. Yo á esta sazon hice un breve discurso conmigo, y me dixe á mí mesma: sí, que no seré yo la primera que por via de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será Don Fernando el primero á quien hermosura, ó ciega aficion, que es lo mas cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza: pues si no hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra, de quanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin para con Dios seré su esposa, y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere quan sin ella he venido á este punto: porque ¿ que razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros, que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginacion, y

sobre todo me comenzáron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que fué sin yo pensarlo mi perdicion, los juramentos de Don Fernando, los testigos que ponia, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamé á mi criada, para que en la tierra acompañase á los testigos del Cielo: tornó Don Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos Santos por testigos, echose mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me prometia, volvió á humedecer sus ojos y á acrecentar sus suspiros, apretóme mas entre sus brazos, de los quales jamas me habia dexado; y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dexé de serlo, y él acabó de ser traydor y fementido. El dia que sucedió á la noche de mi desgracia, se venia aun no tan apriesa como yo pienso que Don Fernando deseaba, porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir, es apartarse de donde le alcanzáron. Digo esto porque Don Fernando dió priesa por partirse de mí, y por industria de mi don-

cella, que era la misma que allí le habia traido, ántes que amaneciese se vió en la calle, y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como quando vino, me dixo que estuviese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos, y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto [3] él se fué, y yo quedé ni sé si triste, ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo, ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traycion cometida, de encerrar á Don Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinaba, si era bien, ó mal el que me habia sucedido. Díxele al partir á Don Fernando, que por el mesmo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que quando él quisiese aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, sino fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la iglesia en mas de un mes, que en vano me cansé en solicitallo [4], puesto que supe que estaba en la villa, y que los mas dias iba á caza, exercicio de que él era muy aficionado. Estos dias y estas horas bien sé

yo que para mí fuéron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fe de Don Fernando: y sé tambien que mi doncella oyó entónces las palabras que en reprehension de su atrevimiento ántes no habia oido: y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntasen, que de que andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles; pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropelláron respectos [5] y se acabáron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y saliéron á plaza mis secretos pensamientos: y esto fué, porque de allí á pocos dias se dixo en el Lugar, como en una ciudad allí cerca se habia casado Don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: díxose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucediéron dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y de-

xar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por esto dexó Dorotea de seguir su cuento diciendo: llegó esta triste nueva á mis oidos, y en lugar de helárseme el corazon en oilla, fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traycion que se me habia hecho; mas templóse esta furia por entónces, con pensar de poner aquella mesma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. Él despues que hubo reprehendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dixo, hasta el cabo del mundo: luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de muger, y algunas joyas y dineros por lo que podia suceder, y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traydora doncella, salí de mi casa, acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me

puse en camino de la ciudad á pie, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenia por hecho, á lo ménos á decir á Don Fernando, me dixese con que alma lo habia hecho. Llegué en dos dias y medio donde queria, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero á quien hice la pregunta me respondió mas de lo que yo quisiera oir: díxome la casa y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella: díxome, que la noche que Don Fernando se desposó con Luscinda, despues de haber ella dado el *sí* de ser su esposa le habia tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho, para que le diese el ayre, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba, que ella no podia ser esposa de Don Fernando, porque lo era de Cardenio, que á lo que el hombre me dixo, era un caballero muy principal de la mesma ciudad, y que si habia dado el *sí* á Don Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dixo que contenia el papel,

que daba á entender, que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones por que se habia quitado la vida: todo lo qual dicen que confirmó una daga que le halláron no sé en que parte de sus vestidos. Todo lo qual visto por Don Fernando, pareciéndole que Luscinda le habia burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella ántes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le halláron la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera si sus padres y los que se halláron presentes no se lo estorbaran. Dixéron mas, que luego se ausentó Don Fernando, y que Luscinda no habia vuelto de su parasismo hasta otro dia, que contó á sus padres, como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios, y que en viéndola desposada, lo qual él jamas pensó, se salió de la ciudad desesperado, dexándole primero escrita una carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de como él se iba adonde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad; y todos hablaban dello, y mas habláron quando supié-

ron que Luscinda habia faltado de casa de sus [6] padres y de la ciudad, pues no la halláron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres, y no sabian que medio se tomar para hallarla. Esto que supe, puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á Don Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podria ser que el Cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era christiano, y que estaba mas obligado á su alma, que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvia en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas, para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad, sin saber que hacerme, pues á Don Fernando no hallaba, llegó á mis oidos un público pregon donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad y del mesmo trage que traia, y oí decir que se decia, que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver quan

de caida andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo subjeto tan baxo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon, me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe, que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entrámos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados, pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mí, porque mi buen criado hasta entónces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su mesma bellaquería, ántes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion que á su parecer estos yermos le ofrecian, y con poca vergüenza y ménos temor de Dios, ni respeto mio, me requirió de amores, y viendo que yo con feas y justas palabras respondia á las desvergüenzas de sus propósitos, dexó aparte los ruegos de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza; pero el justo Cielo, que pocas, ó ningunas veces dexa de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias, de manera que con mis po-

cas fuerzas y con poco trabajo di con él por un derrumbadero, donde le dexé, ni sé si muerto, ó si vivo, y luego con mas ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento, ni otro disignio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo ha no sé quantos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un Lugar, que está en las entrañas desta sierra, al qual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud fué y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mesmo mal pensamiento que en mi criado: y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero, ni barranco de donde despeñar y despenar al amo como le hallé para el criado: y así tuve por menor inconveniente dexalle y [8] asconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas, ó mis [9] disculpas. Digo pues,

que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al Cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dexar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable, y murmure en la suya y en las agenas tierras.

CAPÍTULO XXIX.

Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto [10].

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchástes, las palabras que oístes, y las lágrimas que de mis ojos salian, tenian ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia: y considerada la calidad de mi desgracia, veréis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego (lo que con facilidad podréis y debeis hacer) que me aconsejeis donde podré pasar la

vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo, de ser hallada de los que me buscan, que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen, me asegura que seré dellos bien recebida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo el pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro, con pensamiento que ellos miran el mio ageno de la honestidad que de mí se debian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintiéron los que escuchado la habian tanta lástima como admiracion de su desgracia, y aunque luego quisiera el Cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: en fin, señora ¿que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo? Admirada quedó Dorotea, quando oyó el nombre de su padre, y de ver quan de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y así le dixo: ¿y quien sois vos, hermano, que así sabeis el nombre de mi padre? porque yo hasta

ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dixo, que era su esposo: soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel, que á vos os ha puesto en el que estáis, me ha traido á que me veáis qual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo falto de juicio; pues no le tengo sino quando al Cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á las sinrazones de Don Fernando, y el que aguardó á oir el *sí* que de ser su esposa pronunció Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en que paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y así dexé la casa y la paciencia, y una carta que dexé á un huésped mio, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese, y víneme á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia; mas no ha querido la suerte quitármela, contentándo-

se con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros, pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, aun podria ser, que á entrámbos nos tuviese el Cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos: porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con Don Fernando por ser mia, ni Don Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el Cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser y no se ha enagenado, ni deshecho: y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodándoos á esperar mejor fortuna: que yo os juro por la fe de caballero y de christiano, de no desampararos hasta veros en poder de Don Fernando, y que quando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entónces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle en razon de la sinrazon que os hace, sin acor-

darme de mis agravios, cuya venganza dexaré al Cielo, por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dixo se acabó de admirar Dorotea, y por no saber que gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besárselos, mas no lo consintió Cardenio, y el Licenciado respondió por entrámbos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió, que se fuesen con él á su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daria órden como buscar á Don Fernando, ó como llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradeciéron, y acetáron la merced que se les ofrecia. El Barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no ménos voluntad que el Cura á todo aquello que fuese bueno para servirles: contó asimesmo con brevedad la causa que alli los habia traido, con la extrañeza de la locura de Don Quixote, y como aguardaban á su escudero que habia ido á buscalle. Vínosele á la memoria á Cardenio, como por sueños, la pendencia que con Don Quixote habia tenido, y con-

tóla á los demas, mas no supo decir por que causa fué su [11] quistion. En esto oyéron voces, y conociéron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dexó, los llamaba á voces: saliéronle al encuentro, y preguntándole por Don Quixote, les dixo como le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea: y que puesto que le habia dicho, que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso donde le quedaba esperando, habia respondido, que estaba determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que hobiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia: y que si aquello pasaba adelante, corria peligro no venir á ser Emperador como estaba obligado, ni aun Arzobispo, que era lo ménos que podia ser: por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El Licenciado le respondió, que no tuviese pena, que ellos le sacarian de allí mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenian pensado para remedio de Don Quixote, á lo ménos para llevarle á su casa: á lo qual dixo Dorotea, que ella haria la doncella menesterosa me-

jor que el Barbero, y mas que tenia allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dexasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leido muchos libros de caballerías, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas, quando pedian sus dones á los andantes caballeros. Pues no es menester mas, dixo el Cura, sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor mio, pues tan sin pensarlo á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habíamos menester. Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una caxita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera, que una rica y gran señora parecia. Todo aquello y mas, dixo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entónces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. Á todos contentó en extremo su mucha gracia, donayre y hermosura, y confirmáron á Don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba;

pero él que mas se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura: y así preguntó al Cura con grande ahinco, le dixese, quien era aquella tan fermosa señora, y que era lo que buscaba por aquellos andurriales. Esta hermosa señora, respondió el Cura, Sancho hermano, es como quien no dice nada, es la heredera por línea recta de varon del gran reyno de Micomicon, la qual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el qual es, que le desfaga un tuerto, ó agravio que un mal gigante le tiene fecho, y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto de Guinea, ha venido á buscarle esta Princesa. Dichosa buscada y dichoso hallazgo, dixo á esta sazon Sancho Panza, y mas si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese hideputa dese gigante que Vuestra Merced dice, que sí matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno: Pero una cosa quiero suplicar á Vuestra Merced entre otras, señor Licenciado, y es, que porque á mi amo no le tome gana de ser Arzo-

bispo, que es lo que yo temo, que Vuestra Merced le aconseje que se case luego con ésta Princesa, y así quedará imposibilitado de recebir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me está bien que mi amo sea Arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo como tengo muger y hijos, seria nunca acabar: así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre. Llámase, respondió el Cura, la Princesa Micomicona, porque llamándose su reyno Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así. No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del Lugar donde naciéron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda, y Diego de Valladolid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea, tomar las Reynas los nombres de sus reynos. Así debe de ser, dixo el Cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello to-

dos mis poderíos: con lo que quedó tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver quán encaxados tenia en la fantasía los mesmos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender, que habia de venir á ser Emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dixéron á Sancho que los guiase adonde Don Quixote estaba, al qual advirtiéron que no dixese que conocia al Licenciado, ni al Barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser Emperador su amo, puesto que ni el Cura, ni Cardenio quisiéron ir con ellos, porque no se le acordase á Don Quixote la pendencia que con Cardenio habia tenido, y el Cura porque no era menester por entónces su presencia, y así los dexáron ir delante, y ellos los fuéron siguiendo á pie poco á poco. No dexó de avisar el Cura lo que habia de hacer Dorotea; á lo que ella dixo que descuidasen, que todo se haria sin faltar punto, como lo pedian y pintaban los libros de caballerías. Tres quartos de legua habrian andado, quando descubriéron á Don Quixote entre unas

intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado, y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era Don Quixote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbado Barbero: y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula, y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la qual apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quixote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le fabló en esta guisa: de aquí no me levantaré, ó valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el qual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto: y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, formosa señora, respondió Don Quixote, ni oiré mas cosa de vuestra facienda, fasta que os levanteis de tierra. No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra

cortesía no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo, respondió Don Quixote, como no se haya de cumplir en daño, ó mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave. No será en daño, ni en mengua de los que decis, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella: y estando en esto, se llegó Sancho Panza al oido de su señor, y muy pasito le dixo: bien puede Vuestra Merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta Princesa Micomicona, Reyna del gran reyno Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió Don Quixote, que yo haré lo que soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, conforme á lo que profesado tengo: y volviéndose á la doncella, dixo: la vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dixo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura, ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traydor, que contra todo derecho divino y humano me tiene

usurpado mi reyno. Digo que así lo otorgo, respondió Don Quixote, y así podeis, señora, desde hoy mas desechar la malencolía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que con el ayuda de Dios, y la de mi brazo, vos os veréis presto restituida en vuestro reyno, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren: y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro. La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos, mas Don Quixote, que en todo era comedido y cortes caballero, jamas lo consintió; ántes la hizo levantar y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas que como trofeo de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el qual viéndose armado, dixo: vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer esta gran señora. Estábase el Barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese

la barba, con cuya caida quizá quedaran todos sin conseguir su buena intencion: y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que Don Quixote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó, y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subiéron en la mula: luego subió Don Quixote sobre Rocinante, y el Bárbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pie, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio con la falta que entónces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino, y muy apique de ser Emperador, porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella Princesa, y ser por lo ménos Rey de Micomicon: solo le daba pesadumbre el pensar que aquel reyno era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen, habian de ser todos negros: á lo qual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y díxose á sí mismo: ¿que se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿habrá mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título, ó algun oficio con que vi-

vir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormíos, y no tengais ingenio, ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta, ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean, los he de volver blancos, ó amarillos: llegáos, que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pie. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el Cura, y no sabian que hacerse para juntarse con ellos; pero el Cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban, y fué, que con unas tixeras que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traia, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que ántes parecia Cardenio, que él mesmo no se conociera, aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante en tanto que ellos se disfrazáron, con facilidad saliéron al camino real ántes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares, no

concedian que anduviesen tanto los de á caballo, como los de á pie. En efeto ellos se pusiéron en el llano á la salida de la sierra, y así como salió della Don Quixote y sus camaradas, el Cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él, abiertos los brazos, y diciendo á voces: para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriote [12] Don Quixote de la Mancha; la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes: y diciendo esto, tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quixote, el qual, espantado de lo que veia y oia decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció; y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el Cura no lo consintió, por lo qual Don Quixote decia: déxeme Vuestra Merced, señor Licenciado, que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como Vuestra Merced esté á pie. Eso no consentiré yo en ningun modo, dixo el Cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues es-

tando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí aunque indigno Sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destos señores, que con Vuestra Merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra, ó alfana, en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caia yo en tanto, mi señor Licenciado, respondió Don Quixote, y yo sé, que mi señora la Princesa será servida por mi amor de mandar á su escudero dé á Vuestra Merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la Princesa, y tambien sé, que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortes y tan cortesano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pie, pudiendo ir á caballo. Así es, respondió el Barbero, y apeándose en un punto, convidó al Cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar: y fué el mal que al subir á las ancas el Barbero, la mula que en efeto era de al-

T. III.

L. I.



Isidro y Ant.° Carnicero la divux.° Simon Brieva la grabó en Madrid 1781.

quiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los quartos traseros, y dió dos coces en el ayre, que á darlas en el pecho de Maese Nicolas, ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quixote. Con todo eso le sobresaltáron de manera, que cayó en el suelo con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayéron en el suelo, y como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ámbas manos, y á quejarse, que le habian derribado las muelas. Don Quixote como vió todo aquel mazo de barbas sin quixadas y sin sangre léjos del rostro del escudero caido, dixo: vive Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran á posta. El Cura que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuése con ellas donde yacia Maese Nicolas dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dixo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian, y quando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como

de ántes, de que se admiró Don Quixote sobre manera, y rogó al Cura que quando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud á mas que pegar barbas se debia de extender, pues estaba claro, que de donde las barbas se quitasen habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba. Así es, dixo el Cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse, que por entónces subiese el Cura, y á trechos se fuesen los tres mudando, hasta que llegasen á la venta, que estaria hasta dos leguas de allí. Puestos los tres á caballo, es á saber, Don Quixote, la Princesa y el Cura, y los tres á pie, Cardenio, el Barbero y Sancho Panza, Don Quixote dixo á la doncella: vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere, y ántes que ella respondiese, dixo el Licenciado: ¿hácia que reyno quiere guiar la vuestra señoría? es por ventura hácia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reynos. Ella que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y así dixo: sí señor, hácia ese reyno es mi camino. Si así es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo

hemos de pasar, y de allí tomará Vuestra Merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco ménos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo, Meótides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del reyno de vuestra grandeza. Vuestra Merced está engañado, señor mio, dixo ella, porque no ha dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es el señor Don Quixote de la Mancha, cuyas nuevas llegáron á mis oidos, así como puse los pies en España, y ellas me moviéron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No mas, cesen mis alabanzas, dixo á esta sazon Don Quixote, porque soy enemigo de todo género de adulacion, y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas: lo que yo sé decir, señora mia, que ora [13] tenga valor, ó no, el que tuviere, ó no tuviere, se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida: y así dexando esto para su tiempo, ruego al señor Licenciado me

diga, que es la causa que le ha traido por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto. A eso yo responderé con brevedad, respondió el Cura, porque sabrá Vuestra Merced, señor Don Quixote, que yo y Maese Nicolas, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar cierto dinero que un pariente mio, que ha muchos años que pasó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos, que no pasan de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal, y pasando ayer por estos lugares, nos saliéron al encuentro quatro salteadores, y nos quitáron hasta las barbas, y de modo nos las quitáron, que le convino al Barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusiéron como de nuevo: y es lo bueno, que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos salteáron son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mesmo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de las guardas los solto á todos: y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á

la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su Rey y Señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus pies, poner en alboroto la Santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba: quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Habíales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el Cura refiriéndola, por ver lo que hacia, ó decia Don Quixote, al qual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dixo el Cura, fuéron los que nos robáron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexó llevar al debido suplicio.

CAPÍTULO XXX.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo [14].

No hubo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: pues mia fe, señor Licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo,

y no porque yo no le dixe ántes, y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos. Majadero, dixo á esta sazon Don Quixote, á los caballeros andantes no les toca, ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos, van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas, ó por sus gracias; solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías: yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allá se avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor Licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dixo, afirmándose en los estribos y calándose el morrion, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hiciéron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran

donayre, como quien ya sabia el menguado humor de Don Quixote, y que todos hacian burla dél, sino Sancho Panza, no quiso ser para ménos, y viéndole tan enojado, le dixo: señor caballero, miémbresele á Vuestra Merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él, no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue Vuestra Merced el pecho, que si el señor Licenciado supiera que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua ántes que haber dicho palabra, que en despecho de Vuestra Merced redundara. Eso juro yo bien, dixo el Cura, y aun me hubiera quitado un bigote. Yo callaré, señora mia, dixo Don Quixote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digais, si no se os hace de mal ¿qual es la vuestra cuita, y quantas, quienes y quales son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza? Eso haré yo de gana, respondio Dorotea, si es que no os enfada oir lástimas y desgracias. No enfadará, se-

ñora mia, respondió Don Quixote: á lo que respondio Dorotea: pues así es, esténme Vuestras Mercedes atentos No hubo ella dicho esto, quando Cardenio y el Barbero se le pusiéron al lado, deseosos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo: y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donayre comenzó á decir desta manera:

Primeramente quiero que Vuestras Mercedes sepan, señores mios, que á mí me llaman.... y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el Cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendio en lo que reparaba, y dixo: no es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera que aun de sus mesmos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la Princesa Micomicona, legítima heredera del gran reyno Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir aho-

ra fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia: la qual es, que el Rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia, que mi madre, que se llamaba la Reyna Xaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él, que no le fatigaba tanto esto, quanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta, que un descomunal gigante, Señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reyno, llamado Pandafilando de la fosca vista (porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al reves como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira) digo que supo que este gigante, en sabiendo mi horfandad, habia de pasar con gran poderío sobre mi reyno, y me lo habia de quitar todo, sin dexarme una pequeña aldea don-

de me recogiese; pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia, si yo me quisiese casar con él; mas á lo que él entendia, jamas pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento: y dixo en esto la pura verdad, porque jamas me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuese. Dixo tambien mi padre, que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reyno, que no aguardase á ponerme en defensa, porque sería destruirme, sino que libremente le dexase desembarazado el reyno, si queria excusar la muerte y total destruicion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego con algunos de los mios me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este reyno, el qual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, Don Azote, ó Don Gigote. Don Quixote diria, señora, dixo á esta sazon Sancho Panza, ó por otro nombre el Caballero de la Triste

Figura. Así es la verdad, dixo Dorotea: dixo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debaxo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo esto Don Quixote, dixo á su escudero: ten aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio Rey dexó profetizado. ¿Pues para que quiere Vuestra Merced desnudarse? dixo Dorotea. Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dixo, respondió Don Quixote. No hay para que desnudarse, dixo Sancho, que yo sé que tiene Vuestra Merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. Eso basta, dixo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro, ó que esté en el espinazo, importa poco, basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una mesma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quixote, que él es por quien mi padre dixo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene no solo en Espa-

ña, pero en toda la Mancha, pues apénas me hube desembarcado en Osuna, quando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma, que era el mesmo que venia á buscar. ¿ Pues como se desembarcó Vuestra Merced en Osuna, señora mia, preguntó Don Quixote, si no es puerto de mar? Mas ántes que Dorotea respondiese, tomó el Cura la mano, y dixo: debe de querer decir la señora Princesa, que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de Vuestra Merced, fué en Osuna. Eso quise decir, dixo Dorotea. Y esto lleva camino, dixo el Cura, y prosiga Vuestra Magestad adelante. No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quixote, que ya me cuento y tengo por Reyna y Señora de todo mi reyno, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la fosca vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dexó profetizado Tinacrio el Sabi-

dor mi buen padre, el qual tambien dexó dicho y escrito en letras caldeas, ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, despues de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesion de mi reyno, junto con la de mi persona. ¿Que te parece, Sancho amigo? dixo á este punto Don Quixote, ¿no oyes lo que pasa? ¿no te lo dixe yo? mira si tenemos ya reyno que mandar, y Reyna con quien casar. Eso juro yo, dixo Sancho, para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado: pues monta que es mala la Reyna, así se me vuelvan las pulgas de la cama; y diciendo esto, dió dos zapatetas en el ayre con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recibia por su Reyna y Señora. ¿Quien no habia de reir de los circunstantes, viendo la locura del amo, y la simplicidad del criado? En efeto Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran Señor en su reyno, quando el Cielo

le hiciese tanto bien que se lo dexase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos. Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia, solo resta por deciros, que de quanta gente de acompañamiento saqué de mi reyno, no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porque todos se anegáron en una gran borrasca que tuvímos á vista del puerto: y él y yo salímos en dos tablas á tierra como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habeis notado: y si en alguna cosa he andado demasiada, ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Esa no me quitará á mí, ó alta y valerosa señora, dixo Don Quixote, quantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean: y así de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con el ayuda de Dios, y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena, espa-

da, merced á Gines de Pasamonte, que me llevó la mia. Esto dixo entre dientes, y prosiguió diciendo: y despues de habérsela tajado y puéstoos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere, porque miéntras que yo tuviere ocupada la memoria, y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella.... y no digo mas, no es posible que yo arrostre, ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave Fénix. Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dixo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz dixo: voto á mí, y juro á mí, que no tiene Vuestra Merced, señor Don Quixote, cabal juicio: pues como ¿ es posible que pone Vuestra Merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? ¿ piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura, como la que ahora se le ofrece? ¿ es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante: así noramala alcanzaré yo el Condado que espero, si Vuestra Merced se anda á pedir cotufas en el gol-

so : cásese , cásese luego, encomiéndole yo á Satanas , y tome ese reyno que se le viene á las manos de vóbis vóbis , y en siendo Rey , hágame Marques , ó Adelantado , y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. Don Quixote que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea , no lo pudo sufrir , y alzando el lanzon , sin hablalle palabra á Sancho , y sin decirle esta boca es mia , le dió tales dos palos , que dió con él en tierra , y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera mas, sin duda le quitara allí la vida. ¿ Pensais, le dixo á cabo de rato , villano ruin , que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura , y que todo ha de ser errar vos , y perdonaros yo ? pues no lo penseis , bellaco descomulgado , que sin duda lo estás , pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea , ¿ y no sabeis vos, gañan , faquin [15] , belitre , que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo , que no le tendria yo para matar una pulga ? Decid , socarron de lengua viperina ¿ y quien pensais que ha ganado este reyno , y cortado la cabeza á este gigante , y héchoos á vos Marques (que todo esto doy ya por hecho , y por cosa pasada en cosa juzgada) sino es el valor de

Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. ¡Ó hideputa bellaco, y como sois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra á ser Señor de título, y correspondeis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaba tan maltrecho Sancho, que no oyese todo quanto su amo le decia, y levantándose con un poco de presteza, se fué á poner detras del palafren de Dorotea, y desde allí dixo á su amo: dígame, señor, si Vuestra Merced tiene determinado de no casarse con esta gran Princesa, claro está que no será el reyno suyo, y no siéndolo ¿que mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo, cásese Vuestra Merced una por una con esta Reyna, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea, que Reyes debe de haber habido en el mundo, que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va á decirla, que entrámbas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea. ¿Como que no la has visto, traydor blasfemo? dixo Don Quixo-

te, ¿ pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dixo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto, pero así á bulto me parece bien. Ahora te disculpo, dixo Don Quixote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. Ya yo lo veo, respondió Sancho, y así en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dexar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua. Con todo eso, dixo Don Quixote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente... y no te digo mas. Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ó Vuestra Merced en obrallo. No haya mas, dixo Dorotea, corred Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aquí adelante andad mas atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digais mal de aquesa señora Tobosa, á quien yo no conozco sino es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivais como un Prín-

cipe. Fué Sancho cabizbaxo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente, y despues que se la hubo besado, le echó la bendicion, y dixo á Sancho, que se adelantasen un poco, que tenia que preguntalle, y que departir con él cosas de mucha importancia. Hízolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díxole Don Quixote: despues que veniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embaxada que llevaste, y de la respuesta que truxiste, y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte Vuestra Merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á Vuestra Merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo. ¿Por que lo dices, Sancho? dixo Don Quixote. Dígolo, respondió, porque estos palos de agora mas fuéron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dixe contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, solo por ser cosa de Vuestra

Merced. No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dixo Don Quixote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entónces, y bien sabes tú que suele decirse, á pecado nuevo penitencia nueva.

Miéntras esto pasaba, viéron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y quando llegó cerca, les pareció que era gitano: pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos, se le iban los ojos y el alma, apénas hubo visto al hombre, quando conoció que era Gines de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venia: el qual por no ser conocido y por vender el asno se habia puesto en trage de gitano, cuya lengua y otras muchas sabia hablar como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho y conocióle, y apénas le hubo visto y conocido, quando á grandes voces le dixo: ha ladron Ginesillo, dexa mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, dexa mi asno, dexa mi regalo, huye puto, auséntate ladron, y desampara lo que no es tuyo. No fueran [16] menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Gines, y tomando un trote que parecia car-

rera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole, le dixo ¿como has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona: el asno callaba y se dexaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegáron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente Don Quixote, el qual le dixo, que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas, dixo el Cura á Dorotea, que habia andado muy discreta, así en el cuento como en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dixo, que muchos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabia ella donde eran las provincias, ni puertos de mar, y que así habia dicho á tiento, que se habia desembarcado en Osuna. Yo lo entendí así, dixo el Cura, y por eso acudí luego á decir lo que dixe, con que se acomodó todo. ¿Pero no es cosa extraña ver con quanta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus

libros? Sí es, dixo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dixo el Cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo, de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue, sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversacion, prosiguió Don Quixote con la suya, y dixo á Sancho: echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, ¿donde, como, y quando hallaste á Dulcinea? ¿que hacia? ¿que le dixiste? ¿que te respondió? ¿que rostro hizo quando leia mi carta? ¿quien te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas, ó mientas por darme gusto, ni ménos te acortes por no quitármele. Señor, respondió Sancho, si va, á decir la verdad, la carta no me la

trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Así es como tú dices, dixo Don Quixote, porque el librillo de memoria donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos dias de tu partida, lo qual me causó grandísima pena, por no saber lo que habias tú de hacer quando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras ménos. Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria, quando Vuestra Merced me la leyó, de manera que se la dixe á un sacristan que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dixo que en todos los dias de su vida, aunque habia leido muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leido tan linda carta como aquella. ¿Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dixo Don Quixote. No señor, respondió Sancho, porque despues que la di, como vi que no habia de ser de mas provecho, di en olvidalla: y si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*, digo del *Soberana Señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte, El Caballero de la Triste Figura:* y en medio destas dos cosas le puse mas de trecientas almas y vidas y ojos mios,

CAPÍTULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que pasáron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos.

Todo eso no me descontenta, prosigue adelante, dixo Don Quixote. Llegaste ¿y que hacia aquella Reyna de la hermosura? Á buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero. No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo Don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos: y si miraste, amigo ¿el trigo era candeal, ó trechel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dixo Don Quixote, que ahechado por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna: pero pasa adelante: quando le diste mi carta ¿besóla? ¿púsosela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ¿ó que hizo? Quando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de tri-

gó que tenia en la criba, y díxome: poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está. Discreta señora, dixo Don Quixote, eso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella: adelante, Sancho, y en tanto que estaba en su menester ¿ que coloquios pasó contigo? ¿ que te preguntó de mí? y tú ¿ que le respondiste? acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima. Ella no me preguntó nada, dixo Sancho, mas yo le dixe de la manera que Vuestra Merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvage, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, ni sin peynarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldecia mi fortuna dixiste mal, dixo Don Quixote, porque ántes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe, que me lleva á mí mas de un coto. Pues como, Sancho, dixo Don Quixote ¿ haste medido tú con ella? Medíme en esta manera, respondió Sancho, que lle-

gando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicó Don Quixote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa: quando llegaste junto á ella ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé que de bueno que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho ó tufo, como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero? Lo que sé decir, dixo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser, que ella con el mucho exercicio estaba sudada y algo correosa. No seria eso, respondió Don Quixote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á ti mismo, porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleido. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor, que entónces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de que maravillarse, que un diablo parece á otro. Y bien, prosiguió Don Quixote, he aquí que acabó de limpiar su trigo y de envia-

llo al molino, ¿que hizo quando leyó la carta? La carta, dixo Sancho, no la leyó, porque dixo que no sabia leer ni escribir, ántes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el Lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que Vuestra Merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo: y finalmente me dixo, que dixese á Vuestra Merced, que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas deseo de verle que de escribirle: y que así le suplicaba y mandaba, que vista la presente, saliese de aquellos matorrales, y se dexase de hacer disparates, y se pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á Vuestra Merced: rióse mucho quando le dixe como se llamaba Vuestra Merced *El Caballero de la Triste Figura*: preguntéle si habia ido allá el Vizcaino de márras, díxome que sí, y que era un hombre muy de bien: tambien le pregunté por los galeotes, mas díxome que no habia visto hasta entónces alguno. Todo va bien hasta agora, dixo Don Quixo-

te; pero dime ¿que joya fué la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mí llevaste? porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas, ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado. Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza, pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora solo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral, quando della me despedí: y aun por mas señas era el queso ovejuno. Es liberal en extremo, dixo Don Quixote, y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser, porque no la tendria allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas despues de pascua, yo la veré y se satisfará todo. ¿Sabes de que estoy maravillado, Sancho? de que me parece que fuiste y veniste por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá mas de treinta leguas: por lo qual me doy á entender, que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis

cosas, y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, sopena que yo no seria buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sabio destos, que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber como ó en que manera, amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció: y si no fuese por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algun endriago, ó con algun fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya á punto de muerte, y quando no os me cato, asoma por acullá encima de una nube, ó sobre un carro de fuego otro caballero amigo suyo que poco ántes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas, y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores, que tienen cuidado destos valerosos caballeros: así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer, que en

tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses. Así seria, dixo Sancho, porque á buena fe, que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oìdos. Y como si llevaba azogue, dixo Don Quixote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja: pero dexando esto aparte ¿que te parece á ti que debo yo de hacer ahora cerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la Princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra ántes que mi gusto: por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora, por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer, será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la Princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á

la luz que mis sentidos alumbra; á la qual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues quanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo. Ay! dixo Sancho ¡y como está Vuestra Merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor, ¿piensa Vuestra Merced caminar este camino en balde, y dexar pisar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reyno, que á buena verdad que he oido decir, que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese luego en el primer Lugar que haya Cura, y si no ahí está nuestro Licenciado, que lo hará de perlas: y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale páxaro en mano, que buytre volando, porque quien bien tiene

y mal escoge, por bien que se enoja, no se venga. Mira Sancho, respondió Don Quixote, si el consejo que me das de que me case, es porque sea luego Rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber, que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala, ántes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reyno, para que la pueda dar á quien yo quisiere: y en dándomela ¿á quien quieres tú que la dé sino á ti? Eso está claro, respondió Sancho; pero mire Vuestra Merced que la escoja hácia la marina, porque si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que ya he dicho: y Vuestra Merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta, que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho. Dígote, Sancho, dixo Don Quixote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en quanto el ir ántes con la Princesa, que á ver á Dulcinea: y avísote que no digas nada á nadie,

ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mí los descubra. Pues si eso es así, dixo Sancho ¿como hace Vuestra Merced, que todos los que vence por su brazo, se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado? y siendo forzoso que los que fuesen se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que van de parte de Vuestra Merced á dalle la obediencia ¿como se pueden encubrir los pensamientos de entrámbos? ¡Ó que necio y que simple que eres! dixo Don Quixote, ¿tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? porque has de saber, que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan mas sus pensamientos que á servilla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros. Con esa manera de amor, dixo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que

nos mueva esperanza de gloria, ó temor de pena, aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese. Válate el diablo por villano, dixo Don Quixote ¡y que de discreciones dices á las veces! no parece sino que has estudiado. Pues á fe mia, que no sé leer, respondió Sancho. En esto les dió voces Maese Nicolas, que esperasen un poco, que querian detenerse á beber en una fontecilla [17] que allí estaba. Detúvose Don Quixote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo á palabras, porque puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia quando la halláron, que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dexaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el Cura se acomodó en la venta, satisficiéron aunque poco la mucha hambre que todos traian. Estando en esto, acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el qual poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quixote, y abrazándole por las piernas, comenzó á llorar muy



Isidro, y Antonio Carnicero la dibuj.^on   J. F. Palomino la Grabó.

de propósito diciendo: ay señor mio! ¿no me conoce Vuestra Merced? pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andres que quitó Vuestra Merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle Don Quixote, y asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban, y dixo: porque vean Vuestras Mercedes quan de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios, que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan Vuestras Mercedes, que los dias pasados pasando yo por un bosque, oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa: acudí luego, llevado de mi obligacion, hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho, que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dexará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo, y así como yo le vi, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio, que le azotaba porque era

su criado, y que ciertos descuidos que tenia nacian mas de ladron que de simple: á lo qual este niño dixo: señor, no me azota sino porque le pido mi salario: el amo replicó no sé que arengas y disculpas, las quales aunque de mí fuéron oidas, no fuéron admitidas: en resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andres? ¿no notaste con quanto imperio se lo mandé, y con quanta humildad prometió de hacer todo quanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes, ni dudes en nada, di lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos. Todo lo que Vuestra Merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al reves de lo que Vuestra Merced se imagina. ¿Como al reves? replicó Don Quixote, ¿luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como Vuestra Merced traspuso del bosque y quedámos solos, me volvió á atar á la mesma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolomé desollado:

y á cada azote que me daba, me decia un donayre y chufeta acerca de hacer burla de Vuestra Merced, que á no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto [18] él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entónces me hizo: de todo lo qual tiene Vuestra Merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara quanto me debia; mas como Vuestra Merced le deshonró tan sin próposito, y le dixo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en Vuestra Merced, quando se vió solo, descargó sobre mí el nublado de modo, que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo, dixo Don Quixote, en irme yo de allí, que no me habia de ir hasta dexarte pagado, porque bien debia yo de saber por luengas experiencias, que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andres, que yo juré, que si no te pagaba, que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar,

aunque se escondiese en el vientre de la ballena. Así es la verdad, dixo Andres, pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha, dixo Don Quixote, y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea, que era lo que hacer queria. Él le respondió que queria ir á buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andres hasta el último maravedí, á despecho y pesar de quantos villanos hubiese en el mundo. Á lo que ella respondió, que advirtiese que no podia conforme al don prometido entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya, y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reyno. Así es verdad, respondió Don Quixote, y es forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decis, que yo le torno á jurar, y á prometer de nuevo, de no parar hasta hacerle vengado y pagado. No me creo desos juramentos, dixo Andres, mas quisiera tener [19] agora con que llegar á Sevilla que todas las venganzas del mundo: deme, si tiene ahí algo que coma y lleve, y quédese con Dios su Mer-

ced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo, como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dixo: toma, hermano Andres, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. ¿Pues que parte os alcanza á vos? preguntó Andres. Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta, ó no, porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estámos sujetos á mucha hambre y á la mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andres asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abaxó su cabeza y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad, que al partirse dixo á Don Quixote: por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déxeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de Vuestra Merced, á quien Dios maldiga, y á todos quantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Íbase á levantar Don

Quixote para castigalle, mas él se puso á correr de modo, que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo Don Quixote del cuento de Andres, y fué menester que los demas tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe de correr del todo.

CAPÍTULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la quadrilla de Don Quixote.

Acabóse la buena comida, ensilláron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegáron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritórnes, que viéron venir á Don Quixote, y á Sancho, le saliéron á recebir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y díxoles, que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada, á lo qual le respondió la huéspeda, que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daria de Príncipes. Don Quixote dixo que sí haria, y así le aderezáron uno razonable en el mismo caramanchon [20] de márras, y

él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de juicio. No se hubo bien encerrado, quando la huéspeda arremetió al Barbero, y asiéndole de la barba, dixo: para mi santiguada, que no se ha aun de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza, digo el peyne que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el Barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el Licenciado le dixo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dixese á Don Quixote, que quando le despojáron los ladrones galeotes, se habia venido á aquella venta huyendo, y que si preguntase por el escudero de la Princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reyno, como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el Barbero, y asimismo le volviéron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de Don Quixote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cu-

ra que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormia Don Quixote, y fuéron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entónces el dormir que el comer. Tratáron sobre comida, estando delante el ventero, su muger, su hija, Maritórnes y todos los pasageros, de la extraña locura de Don Quixote, y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibiéron: y como el Cura dixese, que los libros de caballerías que Don Quixote habia leido, le habian vuelto el juicio, dixo el ventero: no sé yo como puede ser eso; que en verdad que á lo que yo entiendo, no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahí dos, ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sino á ótros muchos: porque quando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el qual coge uno destos libros

en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas: á lo ménos de mí sé decir, que quando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias. Y yo ni mas ni ménos, dixo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado que no os acordais de reñir por entónces. Así es la verdad, dixo Maritórnes, y á buena fe que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas, y mas quando cuentan que se está la otra señora debaxo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles. Y á vos ¿que os parece, señora doncella? dixo el Cura, hablando con la hija del ventero. No sé, señor, en mi ánima, respondió ella, tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oillo, pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que

los caballeros hacen quando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. ¿Luego bien las remediárades vos, señora doncella, dixo Dorotea, si por vos lloraran? No sé lo que me hiciera, respondió la moza, solo sé que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros, tigres y leones y otras mil inmundicias: y ¡Jesus! yo no sé que gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado, le dexan que se muera, ó que se vuelva loco: yo no sé para que es tanto melindre, si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla, niña, dixo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude dexar de respondelle. Ahora bien, dixo el Cura, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver. Que me place, respondió él, y entrando en su aposento, sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra escritos de ma-

no. El primer libro que abrió, vió que era Don Cirongilio de Tracia, y el otro de Félix Marte de Ircania, y el otro la historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba con la vida de Diego García de Paredes. Así como el Cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al Barbero, y dixo: falta nos hacen aquí ahora el Ama de mi amigo y su Sobrina. No hacèn, respondió el Barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral, ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. ¿Luego quiere Vuestra Merced quemar mis libros? dixo el ventero. No mas, dixo el Cura, que estos dos, el de Don Cirongilio, y el de Félix Marte. ¿Pues por ventura, dixo el ventero, mis libros son hereges, ó flemáticos, que los quiere quemar? Cismáticos, quereis decir, amigo, dixo el Barbero, que no flemáticos. Así es, replicó el ventero, mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitan, y dese Diego García, que ántes dexaré quemar un hijo, que dexar quemar ninguno desotros. Hermano mio, dixo el Cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates y devaneos, y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba,

el qual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo Gran Capitan, renombre famoso y claro, y dél solo merecido: y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Truxillo en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable exército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta, y las escribe él asimesmo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquíles y Roldanes. Tomáos con mi padre, dixo el dicho ventero, mirad de que se espanta, de detener una rueda de molino: por Dios, ahora habia Vuestra Merced de leer lo que leí yo de Félix Marte de Ircania, que de un reves solo partió cinco gigantes por la cintura como si fueran hechos de habas, como los fraylecicos que hacen los niños: y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo exército, donde llevó mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabe-

za, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues que me dirán del bueno de Don Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso, como se verá en el libro donde cuenta, que navegando por un rio le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él así como la vió se arrojó sobre ella, y se puso á horcajádas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ámbas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio, sino dexarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero que nunca la quiso soltar: y quando llegáron allá abaxo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos que era maravilla: y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano que le dixo tantas cosas, que no hay mas que oir. Calle, señor, que si oyese esto, se volveria loco de placer: dos higas para el Gran Capitan y para ese Diego García que dice. Oyendo esto Dorotea, dixo callando á Cardenio: poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de Don Quixote. Así me parece á mí, respondió Cardenio, porque segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan, pasó ni mas ni mé-

nos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frayles descalzos. Mirad, hermano, tornó á decir el Cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Ircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusiéron para el efeto que vos decis, de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores: porque realmente os juro, que nunca tales caballeros fuéron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates aconteciéron en él. Á otro perro con ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese quantas son cinco, y adonde me aprieta el zapato: no piense Vuestra Merced darme papilla, porque por Dios, que no soy nada blanco: bueno es que quiera darme Vuestra Merced á entender, que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habian de dexar imprimir tanta mentira junta y tantas batallas y tantos encantamentos que quitan el juicio. Ya os he dicho, amigo, replicó el Cura, que esto se hace para entretener nuestros ocio-

sos pensamientos, y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas, que haya juegos de axedrez, de pelota, y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir, y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna destos libros: y si me fuera lícito agora [21] y el auditorio lo requiriera, yo dixera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades, ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no coxeeis del pie que coxea vuestro huesped Don Quixote. Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco, que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, quando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros. Á la mitad desta plática se halló San-

cho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras: y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viage de su amo, y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba de dexalle y volverse con su muger y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero, mas el Cura le dixo: esperad, que quiero ver que papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian un título grande que decia: *Novela del Curioso Impertinente*. Leyó el Cura para sí tres, ó quatro renglones, y dixo: cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. Á lo que respondió el ventero: pues bien puede leella su Reverencia, porque le hago saber, que á algunos huéspedes que aquí la han leido les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas véras, mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela á quien aquí dexó esta maleta olvidada con estos libros

y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo, y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver, que aunque ventero, todavía soy christiano. Vos teneis mucha razon, amigo, dixo el Cura, mas con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dexar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Miéntras los dos esto decian, habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al Cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. Sí leyera, dixo el Cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir quando fuera razon. Pues desa manera, dixo el Cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguna de gusto. Acudió Maese Nicolas á rogarle lo mismo, y Sancho tambien: lo qual visto del Cura, y entendiendo que á todos daria gusto y él le recebiria, dixo: pues así es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera.

CAPÍTULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del Curioso Impertinente.

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos que por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocian, *los dos amigos* eran llamados: eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres, todo lo qual era bastante causa á que los dos con recíproca amistad se correspondiesen: bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al qual llevaban tras sí los de la caza; pero quando se ofrecia, dexaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dexaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades, que no habia concertado relox que así lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan bue-

na ella por sí, que se determinó, con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hacia, de pedilla por esposa á sus padres, y así lo puso en execucion, y el que llevó la embaxada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al Cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué posible; pero acabadas las bodas, y sosegada ya la freqüencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razon que parezca á todos los que fueren discretos, que no se han de visitar, ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que quando eran solteros, porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto es tan delicada la honra del casado, que pa-

rece que se puede ofender aun de los mesmos hermanos, quanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamas lo hubiera hecho, y que si por la buena correspondencia que los dos tenian miéntras él fué soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el ser llamados *los dos amigos*, que no permitiese por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese, y que así le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de ántes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto, ni otra voluntad, que la que él queria que tuviese, y que por haber sabido ella con quantas véras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquiveza. Á todas estas y otras muchas razones que Anselmo dixo á Lotario, para persuadille volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedáron de con-

cierto que dos dias en la semana, y las fiestas fuese Lotario á comer con él: y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viese que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito estimaba en mas que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado, á quien el Cielo habia concedido muger hermosa, tanto cuidado habia de tener que amigos llevaba á su casa, como en mirar con que amigas su muger conversaba, porque lo que no se hace, ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mugeres) se concierta y facilita en casa de la amiga, ó la parienta de quien mas satisfacion se tiene. Tambien decia Lotario que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo, que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que con el mucho amor, que el marido á la muger tiene, ó no le advierte, ó no le dice por no enojalla, que haga, ó dexe de hacer algunas cosas, que el hacellas, ó no, le seria de honra, ó de vituperio: de lo qual siendo del amigo advertido, fá-

cilmente pondria remedio en todo. ¿Pero donde se hallará amigo tan discreto, y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? No lo sé yo por cierto, solo Lotario era este, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar, y acortar los dias del concierto del ir á su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso, y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una muger tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavía no queria poner en duda su crédito, ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas, que él daba á entender ser inexcusables: así que en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del dia. Sucedió pues, que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dixo á Lotario las semejantes razones:

¿Pensabas, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacer-

me hijo de tales padres como fuéron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recebido, y sobre todo al que me hizo en darme á ti por amigo y á Camila por muger propia, dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo? Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo: porque no sé de que dias á esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mesmo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos, y así me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurara decillo á todo el mundo: y pues que en efeto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi ale-

gría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenian á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en que habia de parar tan larga prevencion, ó preámbulo: y aunque iba revolviendo en su imaginacion que deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy léjos del blanco de la verdad, y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension, le dixo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podria prometer dél, ó ya consejos para entretenellos, ó ya remedio para cumplillos. Así es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar, si Camila mi esposa es tan buena y tan perfeta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad, sino es probándola de manera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí, ó amigo, que no es una muger mas buena de quanto es, ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte, que no se dobla á las promesas, á las dádi-

vas, á las lágrimas, y á las continuas importunidades de los solícitos amantes: porque ¿que hay que agradecer, decia él, que una muger sea buena, si nadie le dice que sea mala? ¿que mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la primera desenvoltura, la ha de quitar la vida? Ansí que la que es buena por temor, ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida que salió con la corona del vencimiento: de modo que por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos: y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura: podré yo decir que esta colmo el vacío de mis deseos: diré que me cupo en suerte la muger fuerte, de quien el Sabio dice, que quien la hallará. Y quando esto suceda al reves de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opi-

nion, llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia: y prosupuesto que ninguna cosa de quantas me dixeres en contra de mi deseo, ha de ser de algun provecho para dexar de ponerle por obra, quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una muger honesta, honrada, recogida y desinteresada: y muéveme entre otras cosas á fiar de ti esta ardua empresa, el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á solo tener por hecho lo que se ha de hacer por buen respeto, y así no quedaré yo ofendido mas de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocare, ha de ser eterno como el de la muerte: así que si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fuéron las razones que An-

selmo dixo á Lotario, á todas las quales estuvo tan atento, que si no fuéron las que quedan escritas que le dixo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado: y viendo que no decia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas hubiera visto, que le causara admiracion y espanto, le dixo: no me puedo persuadir, ó amigo Anselmo, á que no sean burlas las cosas que me has dicho, que á pensar que de véras las decias, no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga: sin duda imagino, ó que no me conoces, ó que yo no te conozco; pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides, se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces, porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos, como dixo un poeta, *usque ad aras*, que quiso decir, que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios.

Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿quanto mejor es que lo sienta el christiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? y quando el amigo tirase tanto la barra, que pusiese aparte los respetos del Cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo ¿qual destas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure á complacerte, y á hacer una cosa tan detestable como me pides? ninguna por cierto, ántes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente, porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto, y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea de tanto mal tuyo ¿no vengo á quedar deshonrado, y por el mesmo consiguiente sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche. Que me place, dixo An-

selmo, di lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo: paréceme, ó Anselmo, que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los quales no se les puede dar á entender el error de su secta [22] con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer exemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como quando dicen: *si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales:* y quando esto no entiendan de palabra, como en efeto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos y ponérselo delante de los ojos, y aun con todo esto no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de mi sacra religion: y este mesmo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en ti ha nacido, va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado [23] el que ocupare en darte á entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy

por dexarte en tu desatino en pena de tu mal deseo; mas no me dexa usar deste rigor la amistad que te tengo, la qual no consiente que te dexe puesto en tan manifiesto peligro de perderte: y porque claro lo veas, dime, Anselmo ¿tú no me has dicho, que tengo de solicitar á una retirada? ¿persuadir á una honesta? ¿ofrecer á una desinteresada? ¿servir á una prudente? sí que me lo has dicho: pues si tú sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteresada y prudente ¿que buscas? y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda ¿que mejores títulos piensas darle despues, que los que ahora tiene? ¿ó que será mas despues de lo que es ahora? Ó es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides: si no la tienes por la que dices ¿para que quieres probarla, sino como á mala hacer della lo que mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la mesma verdad, pues despues de hecha, se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Así que es razon concluyente, que el intentar las cosas, de las quales ántes nos puede suceder daño que provecho, es

de juicios sin discurso y temerarios, y mas quando quieren intentar aquellas á que no son forzados, ni compelidos, y que de muy léjos traen descubierto, que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrámbos á dos: las que se acometen por Dios, son las que acometiéron los Santos, acometiendo á vivir vida de Ángeles en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes por adquirir estos que llaman bienes de fortuna: y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que apénas ven en el contrario muro abierto tanto espacio quanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, quando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso, ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nacion y por su Rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas aunque tan llenas de

inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres, porque puesto que salgas con ella como deseas, no has de quedar, ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora, y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginar se pueda, porque no te ha de aprovechar pensar entónces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte y deshacerte, que la sepas tú mesmo. Y para confirmacion desta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera parte de las lágrimas de San Pedro, que dice así:

Crece el dolor y crece la vergüenza
En Pedro, quando el dia se ha mostrado,
Y aunque allí no ve á nadie, se avergüenza
De sí mismo, por ver que habia pecado:
Que á un magnánimo pecho á haber vergüenza,
No solo ha de moverle el ser mirado,
Que de sí se avergüenza quando yerra,
Si bien otro no ve que cielo y tierra.

Así que no excusarás con el secreto tu dolor, ántes tendrás que llorar contino,

si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple Doctor que nuestro poeta nos cuenta, que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reynáldos: que puesto que aquello sea ficcion poética, tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos, y entendidos, é imitados: quanto mas; que con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime Anselmo, si el Cielo, ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo posesor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos quantos lapidarios le viesen, y que todos á una voz y de comun parecer dixesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á quanto se podia extender la naturaleza de tal piedra, y tú mesmo lo creyeses así, sin saber otra cosa en contrario, ¿seria justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí á pura fuerza de golpes y brazos probar, si es tan duro y tan fino como dicen? Y mas si lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no

por eso se le añadiria mas valor, ni mas fama: y si se rompiese, cosa que podria ser ¿no se perdia todo? Sí por cierto, dexando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimacion como en la agena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á mas valor del que ahora tiene, y si faltase y no resistiese, considera desde ahora qual quedarias sin ella, y con quanta razon te podrias quejar de ti mesmo, por haber sido causa de su perdicion y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la muger casta y honrada, y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene: y pues la de tu esposa es tal, que llega al extremo de bondad que sabes ¿para que quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la muger es animal imperfecto [24], y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y cayga, sino quitárselos y despejalle el camino de qualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el

ser virtuosa. Cuentan los naturales, que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que quando quieren cazarle los cazadores, usan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues oxeándole le encaminan hácia aquel lugar, y así como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se dexa prender y cautivar, á trueco de no pasar por el cieno, y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta muger es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, ántes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que pueda por sí mesma atropellar y pasar por aquellos embarazos: y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimesmo la buena muger como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y escurecerse con qualquiera aliento que le toque. Hase

de usar con la honesta muger el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la muger buena, como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee, ni manosee, basta que desde léjos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragrancia y hermosura. Finalmente quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria, que los oí en una comedia moderna, que me parecen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase, y entre otras razones le dixo estas:

Es de vidrio[25] *la muger;*
pero no se ha de probar
si se puede, ó no quebrar,
porque todo podria ser.
Y es mas fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
á peligro de romperse
lo que no puede soldarse.
Y en esta opinion estén
todos, y en razon la fundo,
que si hay Dánaes en el mundo,
hay pluvias de oro tambien.

Quanto hasta aquí te he dicho, ó Anselmo, ha sido por lo que á ti te toca, y ahora es bien que se oyga algo de lo que á mí me conviene; y si fuere largo perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á ti. Que me la quieres quitar á mí, está claro, pues quando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á ti, no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad, que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo, y teniéndose por deshonrada, te toca á ti como á cosa suya su mesma deshonra; y de aquí nace lo que comunmente se platica, que el marido de la muger adúltera, puesto que él no lo sepa, ni haya dado ocasion para que su muger no sea la que debe, ni haya sido en su mano, ni en su

descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y baxo: y en cierta manera le miran los que la maldad de su muger saben con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa, porque con justa razon es deshonrado el marido de la muger mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Quando Dios crió á nuestro primero padre en el Paraiso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro, de la qual formó á nuestra madre Eva, y así como Adan despertó y la miró, dixo: esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Y Dios dixo: por esta dexará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma: y entónces fué instituido el divino Sacramento del Matrimonio con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y

virtud este milagroso Sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una mesma carne: y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad: y de aquí viene, que como la carne de la esposa sea una mesma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos [26] que se procura, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño: porque así como el dolor del pie, ó de qualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne mesma, y la cabeza siente el daño del tobillo sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la muger, por ser una mesma cosa con ella: y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la muger mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa. Mira pues, ó Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive: mira por quan vana, é impertinente curiosidad quieres revolver los humores que aho-

ra están sosegados en el pecho de tu casta esposa: advierte, que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dexaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo quanto he dicho no basta á moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dixo: con la atencion que has visto he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido decirme, y en tus razones, exemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas: y ansimesmo veo y confieso, que si no sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto, has de considerar, que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mugeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas pa-

ra mirarse, quanto mas para comerse: así que es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad, solo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, á solicitar á Camila, la qual no ha de ser tan tierna, que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra, y con solo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra: y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo, como estoy, determinado de poner en plática esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda: y quando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco, ó nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al ser primero: y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dexes de hacer, aunque mas inconvenientes se te

pongan delante; pues como ya he dicho, con solo que comiences daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo que mas exemplos traerle, ni que mas razones mostrarle, para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba, que daria á otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal determinó de contentarle, y hacer lo que le pedia, con propósito é intencion de guiar aquel negocio de modo que sin alterar los pensamientos de Camila, quedase Anselmo satisfecho, y así le respondió, que no comunicase su pensamiento con otro alguno; que él tomaba á su cargo aquella empresa, la qual comenzaria quando á él le diese mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento, como si alguna grande merced le hubiera hecho, y quedáron de acuerdo entre los dos, que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le daria lugar y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila, y asimesmo le daria dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que quando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mesmo los haria. Á todo se ofreció

Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensaba: y con este acuerdo se volviéron á casa de Anselmo, donde halláron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir mas de lo acostumbrado. Fuése Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento, como Lotario fué pensativo, no sabiendo que traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila, y otro dia vino á comer con su amigo, y fué bien recebido de Camila, la qual le recebia y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabáron de comer, levantáron los manteles, y Anselmo dixo á Lotario, que se quedase allí con Camila en tanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y media volveria. Rogóle Camila que no se fuese; y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo, ántes importunó á Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dixo tambien á Camila, que no dexase solo á Lotario en tanto que él volviese. En efeto él

supo tan bien fingir la necesidad, ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo y quedáron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demas gente de casa toda se habia ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un esquadron de caballeros armados. Mirad si era razon que temiera Lotario; pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dixo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió, que mejor reposaria en el estrado que en la silla, y así le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el qual como halló á Camila en su aposento, y á Lotario durmiendo, creyó que como se habia tardado tanto, ya habrian tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego

saliéron los dos de casa, y así le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario, que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad y disponiéndola á que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa, quando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se transforma en Angel de luz, siéndolo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quien es, y sale con su intencion, si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dixo que cada dia daria el mesmo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues, que se pasáron muchos dias, que sin decir Lotario palabra á Camila, respondia á Anselmo que la hablaba, y jamas podia sacar della una pequeña muestra de venir en

ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; ántes decia que le amenazaba, que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo. Bien está, dixo Anselmo, hasta aquí ha resistido Camila á las palabras, es menester ver como resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcais, y aun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con que cebarla, que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas: y si ella resiste á esta tentacion, yo quedaré satisfecho, y no os daré mas pesadumbre. Lotario respondió, que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro dia recibió los quatro mil escudos, y con ellos quatro mil confusiones, porque no sabia que decirse para mentir de nuevo; pero en efeto determinó de decirle, que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas, como á las palabras, y que no habia para que cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte que las cosas guiaba de otra mane-

ra, ordenó que habiendo dexado Anselmo solos á Lotario y á Camila, como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en mas de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo: y cayó en la cuenta de que quanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira: y para ver si esto era ansí, salió del aposento, y llamando á Lotario aparte, le preguntó que nuevas habia, y de que temple estaba Camila. Lotario respondió, que no pensaba mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan áspera y desabridamente, que no tendria ánimo para volver á decirle cosa alguna. ¡ Ah, dixo Anselmo, Lotario, Lotario, y quan mal correspondes á lo que me debes y á lo mucho que de ti confío! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender, que aun las primeras le tienes por decir, y si esto es así, como sin duda lo es ¿ para que me engañas, ó por que quieres quitarme con tu industria los medios que

yo podria hallar para conseguir mi deseo? No dixo mas Anselmo, pero bastó lo que habia dicho, para dexar corrido, y confuso á Lotario, el qual casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, qual lo veria si con curiosidad lo espiaba: quanto mas, que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle, le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para dalle comodidad mas segura y ménos sobresaltada determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un amigo suyo que estaba en una aldea no léjos de la ciudad: con el qual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas véras, para tener ocasion con Camila de su partida. Desdichado y mal advertido de ti, Anselmo, ¿que es lo que haces? ¿que es lo que trazas? ¿que es lo que ordenas? Mira que haces contra ti mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quieta y sosegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus de-

seos, el cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del Cielo: pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene, y tú puedes desear, ¿para que quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que toda venga abaxo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dixo mejor un poeta, diciendo:

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prision libertad,
en lo cerrado salida,
y en el traydor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
jamas espero algun bien,
con el Cielo ha estatuido,
que pues lo imposible pido,
lo posible aun no me dén.

Fuése otro dia Anselmo á la aldea, dexando dicho á Camila, que el tiempo que él estuviese ausente, vendria Lotario á mi-

rar por su casa, y á comer con ella, que tuviese cuidado de tratalle como á su mesma persona. Afligióse Camila, como muger discreta y honrada, de la órden que su marido le dexaba, y díxole que advirtiese, que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa: y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó, que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que baxar la cabeza y obedecelle. Camila dixo que ansí lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fué recebido de Camila con amoroso y honesto acogimiento: la qual jamas se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y quando se casó con Anselmo la truxo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dixo nada, aunque pudiera, quando se levantaban los manteles y la gente

se iba á comer con mucha priesa, porque así se lo tenia mandado Camila: y aun tenia órden Leonela, que comiese primero que Camila, y que de su lado jamas se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora, ántes los dexaba solos, como si aquello le hubieran mandado; mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponia freno á la lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hiciéron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurria y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extrémos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estatua de mármol, no que [27] un corazon de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba quan digna era de ser amada, y esta consideracion comenzó poco á poco á dar asalto á los respectos que á Anselmo tenia, y mil veces quiso ausen-

tarse de la ciudad, y irse donde jamas Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila, mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla. Haciase fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila: culpábase á solas de su desatino, llamábase mal amigo y aun mal christiano: hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir, que mas habia sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres, de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto [28] la hermosura y la bondad de Camila juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, diéron con la lealtad de Lotario en tierra: y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los quales estuvo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba, y entrarse en su aposento sin respondelle palabra al-

guna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza que siempre nace juntamente con el amor; ántes tuvo en mas á Camila: la qual habiendo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia que hacerse: y pareciéndole no ser cosa segura, ni bien hecha, darle ocasion, ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella mesma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones.

CAPÍTULO XXXIV.

Donde se prosigue la Novela del Curioso Impertinente.

Así como suele decirse, que parece mal el exército sin su General y el castillo sin su Castellano, digo yo, que parece muy peor la muger casada y moza sin su marido, quando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me habré de ir á entretener en casa de mis padres, aunque dexe sin guarda la vuestra, porque la que me dexástes, si es que quedó con tal título, creo que mira mas por su gusto que por lo

que á vos os toca: y pues sois discreto, no tengo mas que deciros, ni aun es bien que mas os diga.

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba: y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra, que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa, ni ménos irse á la de sus padres, porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido á no guardalle el decoro que debia; pero fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callan-

do á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta á su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo: y aun andaba buscando manera como disculpar á Lotario con Anselmo, quando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el qual cargó la mano de manera, que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos, para que no diesen muestras de alguna amorosa compasion, que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente á él le pareció, que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza, y así acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que mas presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la mesma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto [29] él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fue-

ra toda de bronce, viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió, y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas véras, que dió al traves con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que ménos se pensaba, y mas deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió: ¿pero que mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pie? Exemplo claro que nos muestra, que solo se vence la pasion amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudiéron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en ménos su amor, y pensase que así acaso y sin pensar, y no de propósito la habia solicitado. Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que en ménos tenia y mas estimaba. Fuése luego á ver á Lotario y hallóle en su casa: abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida,

ó de su muerte. Las nuevas que te podré dar, ó amigo Anselmo, dixo Lotario, son de que tienes una muger, que dignamente puede ser exemplo y corona de todas las mugeres buenas: las palabras que le he dicho, se las ha llevado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada muger. Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan baxas como son dádivas, ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas: y pues á pie enxuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas, que de las mugeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el Cielo te dió en suerte, para que en él pasases la mar des-

te mundo; sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y déxate estar, hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo; pero con todo eso le rogó, que no dexase la empresa, aunque no fuese mas de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entónces: y que solo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza debaxo del nombre de Clori, porque él le daria á entender á Camila, que andaba enamorado de una dama, á quien le habia puesto aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia; y que quando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. No será menester eso, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las Musas, que algunos ratos del año no me visiten: dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré, si no tan buenos como el subjeto [30] merece, serán por

lo ménos los mejores que yo pudiere. Quedáron deste acuerdo el impertinente y el traydor amigo, y vuelto Anselmo á su casa, preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado: que fué, le dixese la ocasion por que le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió, que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desenvueltamente que quando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada, y creia que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huia de vella y de estar con ella á solas. Díxole Anselmo, que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debaxo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuviera, no habia que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrámbos: y á no estar avisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo, por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos; mas por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesa-

dumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo á Lotario, dixese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa á su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobrio hace á su buen crédito: pero sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice ansí:

SONETO.

En el silencio de la noche, quando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al Cielo y á mi Clori dando.
Y al tiempo, quando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando.
Y quando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envia,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfía
Al Cielo sordo, á Clori sin oidos.

Bien le pareció el soneto á Camila, pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dixo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondia. Á lo que dixo Camila: ¿luego todo aquello que los poetas enamorados dicen, es verdad? En quanto poetas no la dicen, respondió Lotario, mas en quanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda deso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario: y así con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto, ó otros versos sabia, los dixese. Si sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir, ménos malo, y podréislo bien juzgar, pues es este:

SONETO.

Yo sé que muero, y si no soy creido,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto
Verme á tus pies, ó bella ingrata, muerto,
Ántes que de adorarte arrepentido.

Podré yo verme en la region de olvido,
De vida y gloria, y de favor desierto,
Y allí verse podrá en mi pecho abierto,
Como tu rostro hermoso está esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfía,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
¡ Ay de aquel que navega, el cielo escuro,
Por mar no usado y peligrosa via,
Adonde norte, ó puerto no se ofrece!

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo, como habia hecho el primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues quando mas Lotario le deshonraba, entónces le decia que estaba mas honrado: y con esto todos los escalones que Camila baxaba hácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto, que hallándose una vez entre otras, sola Camila con su doncella le dixo: corrida estoy, amiga Leonela, de ver en quan poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desesti-

mar mi presteza, ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dé pena eso, señora mia, respondió Leonela, que no está la monta, ni es causa para menguar la estimacion, darse lo que se da presto, si en [31] efecto lo que se da es bueno, y ello por sí digno de estimarse: y aun suele decirse, que el que luego da, da dos veces. Tambien se suele decir, dixo Camila, que lo que cuesta poco se estima en ménos. No corre por ti esa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela, y otras anda: con este corre, y con aquel va despacio, á unos entibia, y á otros abrasa, á unos hiere, y á otros mata: en un mesmo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mesmo punto la acaba y concluye: por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista: y siendo así ¿de que te espantas, ó de que temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo

al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta [32] la obra, porque el amor no tiene otro mejor ministro para executar lo que desea, que es la ocasion: de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien mas de experiencia que de oidas, y algun dia te lo diré, señora, que yo tambien soy de carne y de sangre moza: quanto mas, señora Camila, que no te entregaste, ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes, quan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansí, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfacion de que ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima: y que no solo tiene las quatro *SS* que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A. B. C. entero: sino, escúchame, y verás como te le digo de coro. Él es, segun yo veo y á mí me parece, *agradecido*, *bueno*,

caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, onesto, principal, quantioso, rico, y las *SS* que dicen, y luego *tácito, verdadero:* la *X* no le quadra, porque es letra áspera: la *Y* ya está dicha: la *Z zelador* de tu honra. Rióse Camila del A. B. C. de su doncella, y túvola por mas plática en las cosas de amor que ella decia: y así lo confesó ella, descubriendo á Camila, como trataba amores con un mancebo bien nacido de la mesma ciudad: de lo qual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla, si pasaban sus pláticas á mas que serlo. Ella con poca vergüenza y mucha desenvoltura le respondió, que sí pasaban: porque es cosa ya cierta, que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las quales, quando ven á las amas echar traspies, no se les da nada á ellas de coxear, ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila, sino rogar á Leonela, no dixese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto; porque no viniesen á noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haria, mas cumpliólo de manera que hizo

cierto el temor de Camila, de que por ella habia de perder su crédito: porque la deshonesta y atrevida Leonela, despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que aunque su señora le viese, no habia de osar descubrille: que este daño acarrean entre otros los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mesmas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila: que aunque vió una y muchas veces, que su Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido; pero no los pudo quitar, que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba: el qual sin conocer quien era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma, mas quando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara. Pensó Lotario, que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo, no habia

entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo: solo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él, lo era para otro: que estas añadiduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el crédito de su honra con el mesmo á quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á qualquiera sospecha que desto le venga: y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fuéron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer ninguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin mas ni mas, ántes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo, y le dixo: sábete, Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mesmo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es posible, ni justo, que mas te encubra: sábete, que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por

ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme, y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado: creí ansimesmo que ella, si fuera la que debia y la que entrámbos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado, de que quando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que allí le solia hablar Camila): y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun cometido el pecado sino con pensamiento, y podria ser que deste hasta el tiempo de ponerle por obra se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento: y así ya que en todo, ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te daré, para que sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos, ó tres dias, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay, y otras cosas con que te puedas encubrir,

te ofrecen mucha comodidad, y entónces verás por tus mismos ojos y yo por los mios lo que Camila quiere: y si fuere la maldad, que se puede temer ántes que esperar, con silencio, sagacidad y discrecion, podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogiéron en tiempo donde ménos las esperaba oir, porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dixo: tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad, en todo he seguido tu consejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario, y en apartándose dél, se arrepintió totalmente de quanto le habia dicho, viendo quan neciamente habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maldecia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabia que medio tomarse para deshacer lo hecho, ó para dalle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo á

Camila, y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella así como vió que le podia hablar, le dixo: sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte, que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi crédito, quanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa: y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar, ni reñir, que el ser ella secretario de nuestros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que habia visto salir era de Leonela, y no suyo; pero viéndola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyéndola, acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero con todo esto respondió á Camila, que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela: dí-

xole asimismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos habia dicho á Anselmo, y como estaba concertado de esconderse en la recámara, para ver desde allí á la clara la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto, como su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo y muchas discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento, y la simple y mala determinacion que habia tenido; pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien y para el mal, mas que el varon, puesto que le va faltando, quando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dixo á Lotario, que procurase que otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad, para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado, que en estando Anselmo escondido, él viniese quando Leonela le llamase, y que á quanto

ella le dixese, le respondiese como respondiera, aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario, que le acabase de declarar su intencion, porque con mas seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario. Digo, dixo Camila, que no hay mas que guardar, sino fuere responderme como yo os preguntare, no queriendo Camila darle ántes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiese, ó buscase otros que no podian ser tan buenos. Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro dia con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partió y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la diéron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar, que tendria el que esperaba ver por sus ojos, hacer notomía de las entrañas de su honra, íbase á pique de perder el sumo bien, que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela, que Anselmo estaba escondido, entráron en la recámara, y apénas hubo puesto los pies en ella Camila, quando dando un grande suspiro, dixo: ¡ay Leonela ami-

ga! ¿no seria mejor que ántes que llegase á poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la pena de la agena culpa. Primero quiero saber, que es lo que viéron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á esa ventana, y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle, esperando poner en efeto su mala intencion; pero primero se pondrá la cruel quanto honrada mia. ¡Ay, señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela ¿y que es lo que quieres hacer con esta daga? ¿quieres por ventura quitarte la vida, ó quitársela á Lotario? que qualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no dés lugar que este mal hombre entre ahora en esta casa, y nos halle solas: mira, señora, que somos flacas mugeres, y él es hombre y determinado, y como viene

con aquel mal propósito ciego y apasionado, quizá ántes que tú pongas en execucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida. Mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar á este desuella caras en su casa: y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer ¿que hemos de hacer dél despues de muerto? ¿Que, amiga? respondió Camila: dexarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descargo el trabajo que tomare en poner debaxo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia, se le mudaban los pensamientos; mas quando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese; pero detúvole el deseo de ver en que paraba tanta gallardía y honesta resolucion, con próposito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente, y á

decir: ¡ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara, que no la tuviera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí, dixo: ¿por que no vas, Leonela, á llamar al mas leal 33 amigo de amigo que vió el sol, ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya voy á llamarle, señora mia, dixo Leonela, mas hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa en tanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Ve segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á

quien tuvo la culpa de su desgracia: yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela ántes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entretanto que volvia, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: válame Dios ¿no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda, pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entráron: pague el traydor con la vida, lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de que Camila no solo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle; mas con todo, creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo, pero ya se la apunté á dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no acudir él al re-

medio del daño que allí le señalé, debió de ser, que de puro bueno y confiado, no quiso, ni pudo creer, que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese, ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no llegara á tanto que las manifiestas dádivas y las largas promesas, y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas ¿para que hago yo ahora estos discursos? ¿tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? nó por cierto. ¡Afuera pues traydores, aquí venganzas: entre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el Cielo me dió por mio, y limpia he de salir dél, y quando mucho saldré bañada en mi casta sangre y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo: y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvaynada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio y que no era muger delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detras de unos tapices donde se habia escondido, y de

todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido, era bastante satisfacion para mayores sospechas: y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de [34] algun mal repentino suceso: y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo, porque vió que Leonela volvia con Lotario de la mano, y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dixo: Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha te atrevieres á pasar desta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo: y ántes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradare. Lo primero quiero, Lotario, que me digas, si conoces á Anselmo mi marido, y en que opinion le tienes, y lo segundo, quiero saber tambien, si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dixo que hi-

ciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y así correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad, y así respondió á Camila desta manera: no pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde mas léjos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado, quanto la esperanza está mas cerca de poseello; pero porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga: poderosa disculpa de mayores yerros. Á ti te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene, que á no ser así, por ménos prendas que las tuyas, no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mí rompidas y viola-

das. Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado ¿con que rostro osas parecer ante quien sabes, que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agravias? Pero ya caygo ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á ti mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no dime ¿quando, ó traydor, respondí á tus ruegos con alguna palabra, ó señal, que pudiese despertar en ti alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿quando tus amorosas palabras no fuéron deshechas y reprehendidas de las mias con rigor y con aspereza? ¿quando tus muchas promesas y mayores dádivas fuéron de mí creidas, ni admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu

impertinencia, pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y así quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece: y porque vieses, que siendo conmigo tan inhumana, no era posible dexar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio, que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco recato que he tenido del huir la ocasion, si alguna te di para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir, que la sospecha que tengo, que algun descuido mio engendró en ti tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos, porque castigándome otro verdugo, quizá seria mas pública mi culpa; pero ántes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá donde quiera que fuere, la pena que da la justicia desinteresada y que no se dobla, al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increible fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvay-

nada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas, ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria y de su fuerza, para estorbar que Camila no le diese: la qual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y fealdad, que por dalle color de verdad, la quiso matizar con su misma sangre, porque viendo que no podia herir á Lotario, ó fingiendo que no podia, dixo: pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, á lo ménos no será tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga: y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por mas arriba de la islilla del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dexó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió del temor que hasta entónces tenia, y de nuevo se

admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que á él tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo á él, sino al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término: y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas, que el que le oyera, le tuviera mucha mas lástima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase: pedíale asimesmo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese ántes que estuviese sana. Él respondió, que dixesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese, solo le dixo, que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde gentes no le viesen: y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y quando se vió solo y en parte donde nadie le veia, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba

quan enterado habia de quedar Anselmo, de que tenia por muger á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira, y la verdad mas disimulada que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre á su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo, que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera mas necesario tenerle, para quitarse la vida que tan aborrecida tenia. Pedia consejo á su doncella, si diria, ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la qual le dixo que no se lo dixese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena muger estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitalle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila, que le parecia muy bien su parecer, y que

ella le seguiria; pero que en todo caso convenia buscar que decir á Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podia dexar de ver: á lo que Leonela respondia, que ella, ni aun burlando, no sabia mentir. Pues yo, hermana, replicó Camila ¿que tengo de saber? que no me atreveré á forjar, ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena, señora: de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré que le digamos y quizá, que por ser la herida donde es, se podrá encubrir, sin que él la vea, y el Cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mia, y procura sosegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada: y lo demas déxalo á mi cargo y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos. Atentísimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra: la qual con tan extraños y eficaces afectos [35] la representáron los personages della, que pareció que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaba

mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuviéron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese, y él sin perdella salió, y luego fué á buscar á Lotario, el qual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dixo, las alabanzas que dió á Camila: todo lo qual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria quan engañado estaba su amigo, y quan injustamente él le agraviaba: y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegraba, creia ya ser la causa por haber dexado á Camila herida y haber él sido la causa, y así entre otras razones le dixo, que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrírsela á él, y que segun esto no habia de que temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veia levantado á la mas alta felicidad que acertara desearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos, que

en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dixo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recebíale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta allí cubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPÍTULO XXXV.

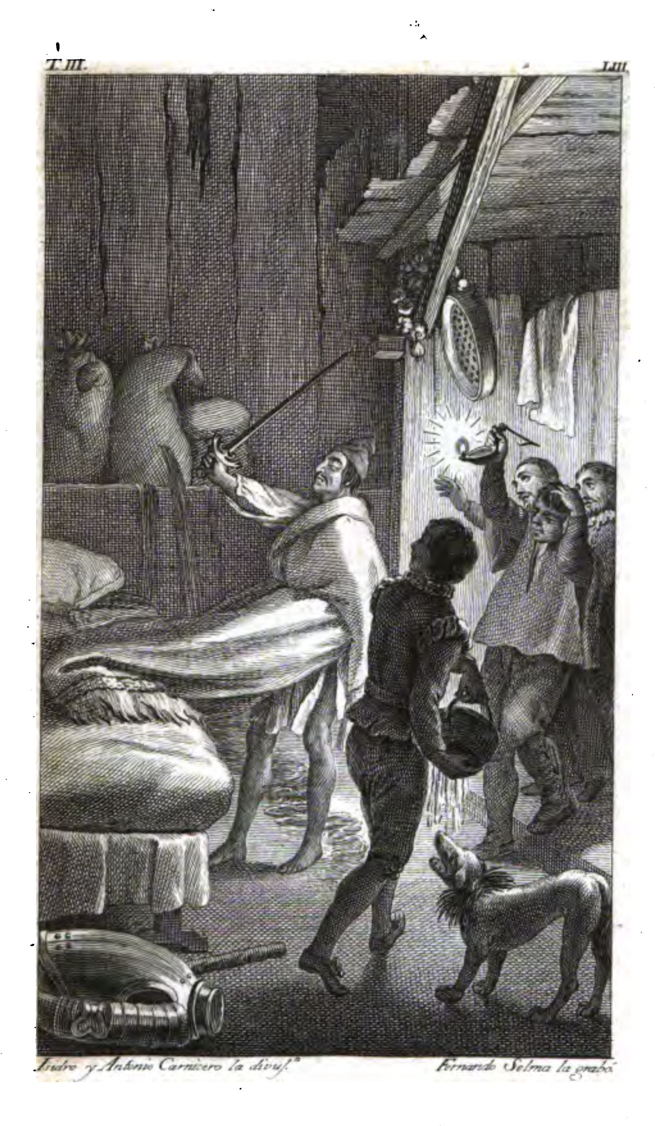
Que trata de la brava y descomunal batalla, que Don Quixote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la Novela del Curioso Impertinente [36].

Poco mas quedaba por leer de la novela, quando del caramanchon [37] donde reposaba Don Quixote, salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: acudid

señores presto, y socorred á mi señor que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen como si fuera un nabo. ¿Que dices, hermano? dixo el Cura, dexando de leer lo que de la novela quedaba, ¿estais en vos, Sancho? ¿como diablos puede ser eso que decis, estando el gigante dos mil leguas de aquí? En esto oyéron un gran ruido en el aposento y que Don Quixote decia á voces: tente ladron, malandrin, follon, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes, y dixo Sancho: no tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea, ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caida á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, dixo á esta sazon el ventero, si Don Quixote, ó Don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros

de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre: y con esto entró en el aposento y todos tras él, y halláron á Don Quixote en el mas extraño trage del mundo. Estaba en camisa, la qual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos ménos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello, y no nada limpias: tenia en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero: en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el porque, y en la derecha desenvaynada la espada, con la qual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras, como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante: y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo, y soñando que estaba en batalla con el gigante: que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya habia llegado al reyno de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros creyendo que las daba en el gigante,

que todo el aposento estaba lleno de vino: lo qual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quixote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el Cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el Barbero truxo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo qual despertó Don Quixote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió quan corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dixo: ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez en este mesmo lugar donde ahora me hallo, me diéron muchos moxicones y porrazos, sin saber quien me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. ¿Que sangre, ni que fuente dices, enemigo de Dios y de sus Santos? dixo el ventero ¿no ves, ladron,



Isidro y Antonio Carnicero la divuj. Fernando Selma la grabó.

que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó? No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi Condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto, que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juzgaba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fuéron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dexar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos á Don Quixote, el qual creyendo que habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la Princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del Cura, diciendo: bien puede la vuestra grandeza, alta, y famosa [38] señora, vivir de hoy mas segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura: y yo tambien de hoy mas soy

quito de la palabra que os di, pues con ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tambien la he cumplido. ¿No lo dixe yo? dixo oyendo esto Sancho: sí que no estaba yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante, ciertos son los toros, mi Condado está de molde. ¿Quien no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reian sino el ventero que se daba á Satanas; pero en fin, tanto hiciéron el Barbero, Cardenio y el Cura, que con no poco trabajo diéron con Don Quixote en la cama, el qual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dexáronle dormir y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas tuviéron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decia en voz y en grito: en mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta: la vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada, para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, di-

ciendo que era caballero aventurero, que mala aventura le dé Dios á él y á quantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca: y ahora por su respeto vino estotro señor, y me llevó mi cola, y hámela vuelto con mas de dos quartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido, y por fin y remate de todo, romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre, y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un quarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritórnes. La hija callaba, y de quando en quando se sonreia. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza diciéndole, que cada y quando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia

en viéndose pacífica en su reyno, de darle el mejor Condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la Princesa que tuviese por cierto, que él habia visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia, era porque todo quanto en aquella casa pasaba, era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dixo que así lo creia, y que no tuviese pena, que todo se haria bien y sucederia á pedir de boca. Sosegados todos, el Cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demas le rogáron la acabase: él que á todos quiso dar gusto, y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento, que así decia:

Sucedió pues, que por la satisfacion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al reves de la voluntad que le tenia, y para mas confirmacion de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recebia; mas el enga-

ñado Anselmo le dixo, que en ninguna manera tal hiciese: y desta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el [39] que tenia Leonela de verse qualificada en sus amores, llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa, se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo, que con poco rezelo pudiese ponerle en execucion. En fin una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quien los daba, sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió, que un hombre saltaba por la ventana á la calle: y acudiendo con presteza á alcanzarle, ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciéndole: sosiégate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, ántes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dixese la verdad, si no que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se decia, le dixo no me mates, señor,

que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, si no muerta eres. Por ahora será imposible, dixo Leonela, segun estoy de turbada, déxame hasta mañana, que entónces sabrás de mí lo que te ha de admirar: está seguro, que el que saltó por esta ventana, es un mancebo desta ciudad que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y así se salió del aposento, y dexó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dixese lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dixo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila, ó no, no hay para que decirlo, porque fué tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa, ó no, y aquella mesma noche, quando le pa-

reció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario, fué tal, que no le sabia responder palabra, ni ménos sabia resolverse en lo que haria. En fin, acordó de llevar á Camila á un monesterio en quien era Priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario y la dexó en el monesterio, y él ansimesmo se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte á nadie de su ausencia. Quando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó, y fué adonde la habia dexado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal, que por allí se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decírselo á Camila, y no hallándola en la cama, ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó á los cria-

dos de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos y que dellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura: y ansí como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas quando no le halló, y sus criados le dixéron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio: y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola. No sabia que pensar, que decir, ni que hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin muger, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin, á cabo de una gran pieza, de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado, quando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró

las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino: y apénas hubo andado la mitad, quando acosado de sus pensamientos, le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dexó caer dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta que casi anochecia, y á aquella hora vió que venia un hombre á caballo de la ciudad, y despues de haberlo saludado, le preguntó, que nuevas habia en Florencia. El ciudadano respondió: las mas extrañas que muchos dias ha se han oido en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el Gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto no sé puntualmente como pasó el negocio, solo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban *los dos amigos*. ¿Sábese por ventura, dixo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Ca-

mila? Ni por pienso, dixo el ciudadano, puesto que el Gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. Á Dios vais, señor, dixo Anselmo. Con él quedeis, respondió el ciudadano, y fuése.

Con tan desdichadas nuevas casi casi llegó á términos Anselmo no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hízose así, y dexáronle acostado y solo, porque él así lo quiso, y aun que le cerrasen las puertas. Viéndose pues solo, comenzó á cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció [40] que se le iba acabando la vida, y así ordenó de dexar noticia de la causa de su extraña muerte: y comenzando á escribir, ántes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dexó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion,

y hallóle tendido boca abaxo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él habiéndole llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida: y finalmente leyó el papel, que conoció que de su mesma mano estaba escrito, el qual contenia estas razones:

Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oidos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiciese: y pues yo fuí el fabricador de mi deshonra, no hay para que....

Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los quales ya sabian su desgracia, y el monesterio donde Camila estaba casi en el tér-

mino de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese, que aunque se vió viuda, no quiso salir del monesterio, ni ménos hacer profesion de monja, hasta que (no de allí á muchos dias) le viniéron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba en el reyno de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuviéron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dixo el Cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad: y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudiérase llevar, pero entre marido y muger, algo tiene del imposible: y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPÍTULO XXXVI.

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucediéron.

Estando en esto, el ventero que estaba á la puerta de la venta, dixo: esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí gaudeámus tenemos. ¿Que gente es? dixo Cardenio. Quatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la gineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una muger vestida de blanco en un sillon, ansimesmo cubierto el rostro y otros dos mozos de á pie. ¿Vienen muy cerca? preguntó el Cura. Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quixote, y casi no habian tenido lugar para esto, quando entráron en la venta todos los que el ventero habia dicho: y apeándose los quatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fuéron á apear la muger que en el sillon venia: y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondi-

do. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla, dió un profundo suspiro, y dexó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pie lleváron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el Cura, deseoso de saber que gente era aquella, que con tal trage y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno de ellos le preguntó lo que ya deseaba, el qual le respondió: pardiez, señor, yo no sabré deciros que gente sea esta, solo sé, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto: y esto dígolo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda. ¿Y la señora quién es? preguntó el Cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos, que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha mas de dos dias que

los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino, nos rogáron, y persuadiéron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. ¿Y habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el Cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueve á lástima, y sin duda tenemos creido, que ella va forzada donde quiera que va, y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja, ó va á serlo, que es lo mas cierto: y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el mongío va triste como parece. Todo podria ser, dixo el Cura, y dexándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, la qual como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion, se llegó á ella, y le dixo: ¿que mal sentis, señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. Á todo esto callaba la lastimada señora, y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, has-

ta que llegó el caballero embozado, que dixo el mozo que los demas obedecian, y dixo á Dorotea: no os canseis, señora, en ofrecer nada á esa muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, si no quereis oir alguna mentira de su boca. Jamas la dixe, dixo á esta sazon la que hasta allí habia estado callando, ántes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura, y desto vos mesmo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quixote estaba en medio, y así como las oyó, dando una gran voz, dixo: ¡válgame Dios! ¿que es esto que oygo? ¿que voz es esta que ha llegado á mis oidos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien los daba, se levantó en pie, y füése á entrar en el aposento, lo qual visto por el caballero, la detuvo sin dexarla mover un paso. Á ella con la turbacion y desasosiego se le cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro,

y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saber por que las hacia, pusiéron gran lástima en Dorotea y en quantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caia, como en efecto se le cayó del todo: y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada ansimesmo la tenia, era su esposo Don Fernando, y apénas le hubo conocido, quando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ay, se dexó caer de espaldas desmayada: y á no hallarse allí junto el Barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el Cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció Don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla, pero no porque dexase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba sol-

se tuya : soy la que encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta, hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad : dádiva de ti tan mal agradecida, qual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á ti de la manera que te veo. Pero con todo esto no querria que cayese en tu imaginacion pensar, que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traido solos los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera, que aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dexes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quien me dexas la incomparable voluntad que te tengo : tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio, ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio : y mas fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste á mi entereza, tú no ignoraste mi

calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar, ni acogida de llamarte á engaño: y si esto es así, como lo es, y tú eres tan christiano, como caballero ¿por que por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me heciste [41] en los principios? Y si no me quieres por lo que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme á lo ménos y admíteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas con dexarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra: no des tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios, que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho: y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas, ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mugeres, no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: quanto mas, que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta á ti te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con mas ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor,

lo que últimamente te digo, es, que quieras, ó no quieras, yo soy tu esposa, testigos son tus palabras, que no han, ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello porque me desprecias: testigo será la firma que hiciste, y testigo el Cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias: y quando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dixo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á Don Fernando, y quantos presentes estaban, la acompañáron en ellas. Escuchóla Don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dió fin á las suyas y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no ménos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura: y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dexaban los brazos de Don Fernando que apretada la tenian: el qual lleno de

confusion y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dexando libre á Luscinda, dixo: venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dexó Don Fernando, iba á caer en el suelo, mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de Don Fernando se habia puesto, porque no le conociese, pospuesto todo temor, y aventurando á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos, le dixo: si el piadoso Cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro, que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibiéron, quando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. Á estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo: vos sí, señor mio, sois el verda-

dero dueño desta vuestra captiva [42], aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fué este para Don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea, que Don Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada, y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dexaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas, le decia ¿que es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus pies á tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible deshacer lo que el Cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igual á ti mismo á la que pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan

notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas, que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el Cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de Don Fernando, con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender, como mejor pudiese, á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida; pero á esta sazon acudiéron los amigos de Don Fernando, y el Cura y el Barbero que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á Don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada en sus tan justas esperanzas: que considerase, que no acaso como parecia, sino con particular providencia del Cielo

se habian todos juntado en lugar donde ménos ninguno pensaba : y que advirtiese, dixo el Cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos inremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el Cielo ya les habia concedido : que pusiese los ojos ansimesmo en la beldad de Dorotea, y verla, que pocas, ó ninguna se podian igualar, quanto mas hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia : y sobre todo advirtiese, que si se preciaba de caballero y de christiano, que no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela, cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las quales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sugeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse, é igualarse á qualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta, é iguala á sí mismo : y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, co-

mo en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efeto á estas razones añadiéron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dexó vencer de la verdad que él no pudiera negar aunque quisiera: y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto, fué abaxarse y abrazar á Dorotea, diciéndole: levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis pies la que yo tengo en mi alma: y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del Cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego es, que no me reprehendais mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movió para acetaros por mia, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros: y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Car-

denio, que yo [43] rogaré al Cielo que me los dexe vivir con mi Dorotea: y diciendo esto, la tornó á abrazar y juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hiciéron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzáron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dixo que no lloraba él, sino por ver que Dorotea no era como él pensaba la Reyna Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos, y luego Cardenio y Luscinda se fuéron á poner de rodillas ante Don Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que Don Fernando no sabia que responderles, y así los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea, le dixese como habia venido á aquel lugar tan léjos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo

que ántes habia contado á Cardenio: de lo qual gustó tanto Don Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras: y así como hubo acabado, dixo Don Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya: dixo que la quiso matar, y lo hiciera si de sus padres no fuera impedido, y que así se salió de su casa despechado y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad: y que otro dia supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir donde se habia ido, y que en resolucion al cabo de algunos meses vino á saber como estaba en un monesterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio, y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, á la qual no habia querido hablar temeroso que en sabiendo que él estaba allí, habia de haber mas guarda en el monasterio: y así aguardando un dia á que la portería estuviese abierta, dexó á los dos á la guar-

da de la puerta, y él con otro habian entrado en el monesterio buscando á Luscinda, la qual halláron en el claustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un Lugar donde se acomodáron de aquello que hubiéron menester para traella: todo lo qual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monesterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dixo, que así como Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí, no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna: y que así acompañados de silencio y de lágrimas habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desparecian, é iban en humo las esperanzas

de su ditado, y que la linda Princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en Don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseia, Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al Cielo por la merced recebida y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma: y finalmente quantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el Cura como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien mas jubilaba y se contentaba, era la ventera, por la promesa que Cardenio y el Cura le habian hecho de pagalle todos los daños, é intereses que por cuenta de Don Quixote le hubiesen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste, y así con malencónico semblante entró á su amo, el qual acababa de despertar, á quien dixo: bien puede Vuestra Merced, señor Triste Fi-

gura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la Princesa su reyno, que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondió Don Quixote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un reves, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera Vuestra Merced decir mejor, respondió Sancho: porque quiero que sepa Vuestra Merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanas. Y que es lo que dices loco, replicó Don Quixote ¿ estás en tu seso? Levántese Vuestra Merced, dixo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la Reyna convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me maravillaria de nada deso, replicó Don Quixote, porque si bien te

acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos, te dixe yo, que todo quanto aquí sucedia, eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuese lo mesmo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo fué, sino real y verdaderamente: y vi yo que el ventero que aquí está hoy dia, tenia del un cabo de la manta y me empujaba hácia el cielo con mucho donayre y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dixó Don Quixote, dame de vestir, y déxame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia, contó el Cura á Don Fernando y á los demas las locuras de Don Quixote y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su Señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiráron y riéron, por parecerles lo que á todos pare-

cia, ser el mas extraño género de locura que podia caber en pensamiento desparatado [44]. Dixo mas el Cura, que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su disignio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaria [45] la persona de Dorotea. No, dixo Don Fernando, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy léjos de aquí el Lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. No está mas [46] de dos jornadas de aquí. Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto Don Quixote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado á su tronco, ó lanzon. Suspendió á Don Fernando y á los demas la extraña presencia de Don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuviéron callando hasta ver lo que él decia, el qual con mucha gravedad y re-

poso, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo:

Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de Reyna y gran Señora que solíades ser, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por órden del Rey Nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo, ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas, porque si él las hubiera leido y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso, como otros caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con él, y.... quiero callar porque no me digan que miento; pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dirá quando ménos lo pensemos. Vístesos vos con dos cueros, que no con un gigante, dixo á esta sazon el ventero, al qual mandó Don Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de Don Quixote en ninguna ma-

nera, y Don Quixote prosiguió diciendo: digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la qual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dixo mas Don Quixote, y esperó á que la Princesa le respondiese, la qual, como ya sabia la determinacion de Don Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quixote, con mucho donayre y gravedad le respondió: quien quiera que os dixo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no os dixo lo cierto, porque la misma que ayer fuí, me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dexado de ser la que ántes, y de tener los mesmos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso, é invencible brazo, que siempre he tenido. Así que

señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamas acertara á tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los mas destos señores que están presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero, lo dexaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea, y en oyéndolo Don Quixote, se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dixo: ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo ¿no me acabaste de decir ahora, que esta Princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante, era la puta que te parió, con otros disparates que me pusiéron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Voto.... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por

hacer un estrago en ti, que ponga sal en la mollera á todos quantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo. Vuestra Merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora Princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo ménos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de Vuestra Merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento: y si no, al freir de los huevos lo verá, quiero decir, que lo verá quando aquí su Merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demas, de que la señora Reyna se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte, como á cada hijo de vecino. Ahora yo te digo Sancho, dixo Don Quixote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta. Basta, dixo Don Fernando, y no se hable mas en esto, y pues la señora Princesa dice, que se camine mañana porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podrémos pasar en buena conversacion hasta el veni-

dero dia, donde todos acompañarémos al señor Don Quixote, porque queremos ser testigos de las valerosas, é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros, respondió Don Quixote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la qual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasáron entre Don Quixote y Don Fernando; pero á todo puso silencio un pasagero que en aquella sazon entró en la venta, el qual en su trage mostraba ser christiano recien venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello, los calzones eran asimesmo de lienzo azul, con bonete de la misma color: traia unos borceguíes datilados y un alfange morisco puesto en un tahalí, que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento una muger á la morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeza: traia un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa que desde los hom-

bros á los pies le cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de quarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió, en entrando, un aposento, y como le dixéron que en la venta no le habia, mostró recebir pesadumbre, y llegándose á la que en el trage parecia mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritórnes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto trage, rodeáron á la Mora, y Dorotea que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traia, se congojaban por la falta del aposento, le dixo: no os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustáredes de pasar [47] con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso deste camino habréis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrámbas manos cruzadas sobre el

pecho, inclinada la cabeza dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imagináron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabia hablar christiano. Llegó en esto el Cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entónces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á quanto le decian callaba, dixo: señoras mias, esta doncella apénas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna, sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido, ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodarémos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga á servir á todos los extrangeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo muger á quien se sirve. Por ella y por mí, respondió el Captivo [48], os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decidme, señor, dixo Do-

rotea ¿esta señora es christiana, ó mora? porque el trage y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese. Mora es en el trage y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande christiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo. ¿Luego no es baptizada [49]? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondió el Captivo, despues que salió de Argel su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase á baptizalla, sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su hábito y el mio. Con estas razones puso gana en todos los que escuchándole estaban, de saber quien fuese la Mora y el Captivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entónces, por ver que aquella sazon era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al Cautivo, como si le preguntara le dixese lo que decian y lo que ella haria. Él en lengua

arábiga le dixo, que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese, y así se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conociéron que si alguno se podria igualar al de las dos, era el de la Mora, y aun hubo algunos que le aventajáron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos, y atraer las voluntades, luego se rindiéron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa Mora. Preguntó Don Fernando al Captivo como se llamaba la Mora, el qual respondió, que Lela Zorayda, y así como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al christiano, y dixo con mucha priesa, llena de congoja y donayre: *no, no Zorayda: María, María*, dando á entender, que se llamaba María y no Zorayda. Estas palabras y el grande afecto con que la Mora las dixo, hiciéron derramar mas de una lágrima á algunos de los que la escucháron, especialmente á las mugeres que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole: sí, sí, María, María: á lo qual res-

pondió la Mora: *sí, sí, María: Zorayda macange*, que quiere decir, *no*. Ya en esto llegaba la noche, y por órden de los que venian con Don Fernando, habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada pues la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda, ni quadrada en la venta, y diéron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á Don Quixote, el qual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentáron Luscinda y Zorayda, y frontero dellas Don Fernando y Cardenio, y luego el Cautivo, y los demas caballeros, y al lado de las señoras el Cura y el Barbero: y así cenáron con mucho contento, y acrecentóseles mas, viendo que dexando de comer Don Quixote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló quando cenó con los cabreros, comenzó á decir: verdaderamente, si bien se considera, señores mios, grandes, é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no ¿qual de los vivientes habrá en el mundo, que ahora por la puerta

deste castillo entrara, y de la suerte que estámos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quien podrá decir, que esta señora que está á mi lado, es la gran Reyna que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora, no hay que dudar, sino que esta arte y exercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventáron, y tanto mas se ha de tener en estima, quanto á mas peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dixeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se exercitan, como si fuese su exercicio oficio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerzas, ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los quales piden para executallos mucho entendimiento: ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un exército, ó la defensa de

una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues ansí que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora qual de los dos espíritus, el del letrado, ó el del guerrero trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar) hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las quales tienen por objeto y fin la paz,

que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida: y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuviéron los hombres, fuéron las que diéron los Ángeles la noche que fué nuestro dia, quando cantáron en los ayres: *gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad:* y la salutacion que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles, que quandó entrasen en alguna casa dixesen: *paz sea en esta casa:* y otras muchas veces les dixo: *mi paz os doy, mi paz os dexo, paz sea con vosotros:* bien como joya y prenda dada y dexada de tal mano, joya que sin ella en la tierra, ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es decir armas que guerra. Prosupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase quales son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quixote, que obligó á que por entónces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviesen por lo-

co; ántes como todos los mas eran caballeros á quien son anexas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: digo pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser: y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia que decir mas de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ageno brasero, ó chimenea que si no calienta, á lo ménos entibie su frio, y en fin la noche duermen debaxo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto quando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pinta-

do, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el qual alzando á muchos, hemos visto, que habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caríbdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en olandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atras en todo, como ahora diré.

CAPÍTULO XXXVIII.

Que trata del curioso discurso que hizo Don Quixote de las armas y las letras.

Prosiguiendo Don Quixote, dixo: pues comenzámos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y verémos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde, ó nunca, ó á lo que gar-

beare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia: y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la qual si no es por su culpa, jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recebir el grado de su exercicio, lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dexará estropeado de brazo, ó pierna: y quando esto no suceda, sino que el Cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la mesma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro,

una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello ¿quan ménos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder, que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al reves en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse: así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es mas fácil premiar á dos mil letrados, que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar sino con la mesma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dexemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega: y

entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes, y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que son letras y letrados. Á esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reynos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios: y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reynos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus previlegios y de sus fuerzas: y es razon averiguada, que aquello que mas cuesta, se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, váguido de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que á el estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de

perder la vida. ¿Y que temor de necesidad y pobreza puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta, ó guarda en algun rebellin, ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer, es dar noticia á su Capitan de lo que pasa para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando, quando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas y baxar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si se le iguala, ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las quales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos pies de tabla del espolon, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, quantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iria á visitar los profundos senos de

Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al baxel contrario: y lo que mas es de admirar, que apénas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, quando otro ocupa su mesmo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro, y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que careciéron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la qual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber como, ó por donde, en la mitad del corage y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó, y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien

la merecia gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir, que en el alma me pesa de haber tomado este exercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone rezelo, pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el Cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto á mayores peligros me he puesto, que se pusiéron los caballeros andantes de los pasados siglos. Todo este largo preámbulo dixo Don Quixote en tanto que los demas cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza, que cenase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian sobrevino nueva lástima, de ver que hombre, que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta caballería. El

Cura le dixo, que tenia mucha razon en todo quanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mesmo parecer. Acabáron de cenar, levantáron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritórnes aderezaban el camaranchon de Don Quixote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mugeres solas en él se recogiesen, Don Fernando rogó al Cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podria ser, sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar, viniendo en compañia de Zorayda: á lo qual respondió el Cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia, que el cuento no habia de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso por no faltar en obedecelle, le contaria. El Cura y todos los demas se lo agradeciéron, y de nuevo se lo rogáron, y él viéndose rogar de tantos, dixo, que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenia tanta fuerza: y así estén Vuestras Mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos, que con curioso y pensado artificio suelen componerse.

Con esto que dixo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio, y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera.

CAPÍTULO XXXIX.

Donde el Cautivo cuenta su vida y sucesos.

En un Lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrecheza de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud: que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casa-

do, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre, que segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la qual el mismo Alexandro pareciera estrecho, y así llamándonos un dia á todos tres á solas en un aposento, nos dixo unas razones semejantes á las que ahora diré. Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues para que entendais desde aquí adelante, que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó á lo ménos de elegir exercicio, tal que quando mayores os honre y aproveche, y lo que he pensado es, hacer de mi hacienda quatro partes, las tres os daré á vosotros á cada uno lo que le to-

care, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo, para vivir y sustentarme los dias que el Cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia, y el que yo digo dice: *Iglesia, ó mar, ó casa Real*, como si mas claramente dixera: quien quisiere valer y ser rico, siga, ó la Iglesia, ó navegue exercitando el arte de la mercancía, ó entre á servir á los Reyes en sus casas, porque dicen: *mas vale migaja de Rey, que merced de Señor*. Digo esto, porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle en su casa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo veréis por la obra. Decidme ahora si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto:

y mandándome á mí por ser el mayor, que respondiese, despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el exercicio de las armas, sirviendo en él á Dios, y á mi Rey. El segundo hermano hizo los mesmos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor y á lo que yo creo el mas discreto, dixo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabamos de concordarnos y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dixo, puso por obra quanto nos habia prometido, y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda, fuéron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa, en un mesmo dia nos despedímos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciéndome á mí ser inhumanidad, que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él, que

de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos movidos de mi exemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedáron quatro mil 50 en dineros, y mas tres mil, que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices. Digo en fin, que nos despedímos dél y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber todas las veces que hubiese comodidad para ello de nuestros sucesos prósperos, ó adversos. Prometímoselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viage de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave ginovesa, que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél, ni de mis hermanos nueva alguna, y lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viage á Génova, fuí desde allí á Milan, donde me aco-

modé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alexandría de la Palla, tuve nuevas que el gran Duque de Alba pasaba á Flándes. Mudé propósito, fuime con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los Condes de Eguemon, y de Hornos, alcance a ser Alférez de un famoso Capitan de Guadalaxara llamado Diego de Urbina, y acabo de algun tiempo que llegué á Flandes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del Papa Pio Quinto de felice recordacion habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el Turco, el qual en aquel mesmo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debaxo del dominio de Venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto, que venia por General desta liga el Serenísimo Don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey Don Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo qual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba, y aunque tenia barruntos y casi promesas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese, seria promo-

vido á Capitan, lo quise dexar todo y venirme, como me vine, á Italia: y quiso mi buena suerte, que el señor Don Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho Capitan de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, mas que mis merecimientos: y aquel dia, que fué para la christiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos, como allí hubo (porque mas ventura tuviéron los christianos que allí muriéron, que los que vivos y vencedores quedáron) yo solo fuí el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió á tan famoso dia, con cadenas á los pies y esposas á las manos, y fué desta suerte: que habiendo el Uchâlí Rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la Capitana de Malta,

que solos tres caballeros quedáron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la Capitana de Juan Andrea á socorrella, en la qual yo iba con mi Compañía, y haciendo lo que debia en ocasion semejante, salté en la galera contraria, la qual desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos: en fin me rindiéron lleno de heridas, y como ya habeis, señores, oido decir, que el Uchalí se salvó con toda su esquadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fuéron quince mil christianos los que aquel dia alcanzáron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Llevároame á Constantinopla, donde el Gran Turco Selin hizo General de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la Religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la Capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda el armada tur-

quesca, porque todos los Leventes [51] y Genízaros que en ella venian, tuviéron por cierto, que les habian de embestir dentro del mesmo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada; pero el Cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa, ni descuido del General que á los nuestros regia, sino por los pecados de la christiandad, y porque quiere y permite Dios, que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto el Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo, hasta que el señor Don Juan se volvió. En este viage se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era Capitan un hijo de aquel famoso cosario Barba Roxa. Tomóla la Capitana de Nápoles llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamas vencido Capitan Don Alvaro de Bazan, Marques de Santa Cruz: y no quiero dexar de decir lo que sucedió en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Bar-

ba Roxa, y trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venian al remo viéron que la galera Loba les iba entrando, y que los alcanzaba, soltáron todos á un tiempo los remos, y asiéron de su Capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le diéron tantos bocados, que á poco mas que pasó del árbol, ya habia pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian. Volvímos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella, como el señor Don Juan habia ganado á Túnez, y quitado aquel reyno á los Turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas, que de volver á reynar en él tenia Muley Hamida, el moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y quatro acometió á la Goleta y al fuerte que junto á Túnez habia dexado medio levantado el señor Don Juan. En todos es-

tos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo ménos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las quales plazas hubo de soldados Turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y Alárabes de toda la África mas de quatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudiéran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entónces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los quales hiciéron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostro la facilidad con que se podian levantar trincheas en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los Turcos no la halláron á dos varas, y así con muchos sacos de arena levantáron las trincheas tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero ninguno podia parar ni asistir á la defensa. Fué comun opinion que no se habian de encerrar los

nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero, y los que esto dicen hablan de léjos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en la Goleta y en el fuerte apénas habia siete mil soldados ¿como podia tan poco número, aunque mas esforzados fuesen, salir á la campaña, y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? ¿Y como es posible dexar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas quando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su mesma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el Cielo hizo á España, en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia, ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Cárlos V. como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el fuerte, pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian, peleáron tan valesa y fuertemente, que pasáron de veinte

y cinco mil enemigos los que matáron en veinte y dos asaltos generales que les diéron. Ninguno cautiváron sano de trecientos que quedáron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte, ó torre que estaba en mitad del estaño á cargo de Don Juan Zanoguera, caballero Valenciano y famoso soldado: Cautiváron á Don Pedro Puertocarrero General de la Goleta, el qual hizo quanto fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla pérdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautiváron ansimesmo al General del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellon, caballero Milanes, grande ingeniero y valentísimo soldado. Muriéron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las quales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de S. Juan, de condicion generoso, como lo mostró su suma liberalidad, que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria, y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á mano de unos Alárabes, de quien se fió, viendo ya perdido el fuerte, que se ofreciéron de lle-

varle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo, ó casa, que en aquellas riberas tienen los Ginoveses, que se exercitan en la pesquería del coral, los quales Alárabes le cortáron la cabeza y se la truxeron al General de la armada turquesca, el qual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que *aunque la traycion aplace, el traydor se aborrece*: y así se dice, que mandó el General ahorcar á los que le truxéron el presente, porque no se le habian traido vivo. Entre los christianos que en el fuerte se perdiéron, fué uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural no sé de que Lugar del Andalucía, el qual habia sido Alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento, especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo, porque su suerte le truxo á mi galera y á mi banco y á ser esclavo de mi mesmo patron: y ántes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte: y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que ántes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el Cautivo nombró á Don Pedro de Aguilar, Don Fernando miró á sus ca-

maradas; y todos tres se sonriéron [52], y quando llegó á decir de los sonetos, dixo el uno: ántes que Vuestra Merced pase adelante, le suplico me diga, que se hizo ese Don Pedro de Aguilar que ha dicho. Lo que sé es, respondió el Cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en trage de Arnaute con un Griego espía, y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un año vi yo al Griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viage. Pues no fué, respondió el caballero, porque ese Don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro Lugar bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios, dixo el Cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo. Dígalos pues Vuesa Merced, dixo el Cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place, respondió el caballero, y el de la Goleta decia así.

CAPÍTULO XL.

Donde se prosigue la historia del Cautivo.

SONETO.

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exêntas por el bien que obrástes,
Desde la baxa tierra os levantástes
Á lo mas alto y lo mejor del cielo.
Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza exercitástes,
Que en propia y sangre agena colorástes
El mar vecino, y arenoso suelo.
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos llevan la vitoria:
Y esta vuestra mortal triste caida,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el Cielo gloria.

Desa mesma manera le sé yo, dixo el Cautivo. Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dixo el caballero, dice así:

SONETO.

De entre esta tierra estéril derribada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subiéron vivas á mejor morada.

Siendo primero en vano exercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Diéron la vida al filo de la espada.
Y este es el suelo, que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes:
Mas no mas justas de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No pareciéron mal los sonetos, y el Cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le diéron, y prosiguiendo su cuento, dixo: rendidos pues la Goleta y el fuerte, los turcos diéron órden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal, que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con mas brevedad y ménos trabajo la mináron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia ménos fuerte, que eran las murallas viejas, y todo aquello que habia quedado en pie de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchalí, al qual llamaban *Uchalí*

Fartàx, que quiere decir en lengua turquesca, *el renegado tiñoso*, porque lo era, y es costumbre entre los turcos, ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya: y esto es, porque no hay entre ellos sino quatro apellidos de linages, que deciénden de la Casa Otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo: y este tiñoso bogó al remo siendo esclavo del Gran Señor catorce años, y á mas de los treinta y quatro de su edad renegó de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofeton, y por poderse vengar dexó su fe: y fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del Gran Turco suben, vino á ser Rey de Argel, y despues á ser General de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabres de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llego á tener tres mil, los quales despues de su muerte se repartiéron como él lo dexó en su testamento entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de quantos mueren, y entra á la parte con

los mas hijos que dexa el difunto) y entre sus renegados: y yo cupe á un renegado veneciano, que siendo grumete [53] de una nave, le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto, que fué uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que jamas se ha visto. Llamábase Azanaga, y llegó á ser muy rico, y á ser Rey de Argel, con el qual yo vine de Constantinopla algo contento, por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon, ni ventura: y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad, y quando en lo que fabricaba, pensaba y ponia por obra, no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme, fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prision, ó casa, que los turcos llaman baño, donde encierran los cautivos christianos, así los que son del Rey, como de algunos particulares, y los

que llaman del Almacen, que es como decir, cautivos del Concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun, y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente quando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros, hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, sino es quando se tarda su rescate, que entónces por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar, y ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo pues, era uno de los de rescate, que como se supo que era Capitan, puesto que dixe mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, mas por señal de rescate, que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por

de rescate: y aunque la hambre y desnudéz pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto, como oir y ver á cada paso las jamas vistas, ni oidas crueldades que mi amo usaba con los christianos. Cada dia ahorcaba al uno, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Solo libró bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el qual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dixo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez: y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dixera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las quales, como de or-

dinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció pues, que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demas christianos habian salido á trabajar) alcé acaso los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Mirámos en ello, y uno de los que conmigo estaban, fué á ponerse debaxo de la caña, por ver si la soltaban, ó lo que hacian; pero así como llegó alzáron la caña, y la moviéron á los dos lados, como si dixeran, *no*, con la cabeza. Volvióse el christiano, y tornáronla á baxar y hacer los mesmos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mesmo que al primero. Finalmente fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dexar de probar la suerte, y así como llegué á ponerme debaxo de la caña, la dexáron caer, y dió

á mis pies dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el qual vi un nudo, y dentro dél venian diez cianiis, que son unas monedas de oro baxo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para que decirlo, pues fué tanto el contento como la admiracion de pensar, de donde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y vi que por ella salia una muy blanca mano que la abrian y cerraban muy apriesa. Con eso entendímos, ó imaginámos, que alguna muger que en aquella casa vivia, nos debia de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradecíamos, hecímos [54] zalemas á uso de moros inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacáron por la mesma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volviéron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna christiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la

mano, y las axorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginámos que debia de ser christiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legitimas mugeres sus mesmos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy léjos de la verdad del caso, y así todo nuestro entretenimiento desde allí adelante, era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia parecido la estrella de la caña; pero bien se pasáron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna: y aunque en este tiempo procurámos con toda solicitud saber, quien en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna christiana renegada, jamas hubo quien nos dixese otra cosa, sino que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato, Alcayde que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas quando mas descuidados estábamos, de que por allí habian de llover mas cianiis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido: y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo y sin gente. Hecímos ss la acostumbra-

da prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estábamos; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque en llegando yo, la dexáron caer. Desaté el nudo, y hallé quarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hecímos [56] todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerráron la ventana. Quedámos todos confusos y alegres con lo sucedido, y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin yo me determiné de fiarme de un renegado natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban á guardar el secreto que le encargase, porque suelen algunos renegados, quando tienen intencion de volverse á tierra de christianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á christianos, y que

lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion, otros se sirven dellas acaso y de industria, que viniendo á robar á tierra de christianos, si á dicha se pierden, ó los cautivan, sacan sus firmas y dicen, que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el qual era de quedarse en tierra de christianos, y que por eso venian en corso con los demas turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño, y quando ven la suya, se vuelven á Berbería á ser lo que ántes eran. Otros hay que usan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de christianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el qual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos quanto era posible: y si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero ántes que del todo me declarase con él, le dixe que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirán-

dole y construyéndole, murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia: díxome que muy bien, y que si queria que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando dixo: todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir, que adonde dice: *Lela Márien*, quiere decir: *nuestra Señora la Vírgen María*. Leímos el papel, y decia así:

Quando yo era niña, tenia mi padre una esclava, la qual en mi lengua me mostró la Zala christianesca, y me dixo muchas cosas de Lela Márien. La christiana murió, y yo sé que no fué al fuego, sino con Alá, porque despues la vi dos veces, y me dixo que me fuese á tierra de christianos á ver á Lela Márien, que me queria mucho. No sé yo como vaya: muchos christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira tú si puedes hacer como nos vamos, y serás allá mi marido, si quisieres, y si no quisieres, no se me dará nada, que Lela Márien me

dará con quien me case. Yo escribí esto, mira á quien lo das á leer, no te fies de ningun moro, porque son todos marfuces. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras á nadie, porque si mi padre lo sabe, me echará luego en un pozo y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo, ata allí la respuesta, y si no tienes quien te escriba arábigo, dímelo por señas, que Lela Márien hará que te entienda. Ella y Alá te guarde, y esa cruz que yo beso muchas veces, que así me lo mandó la cautiva.

Mirad, señores, si era razon, que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen: y así lo uno y lo otro fué de manera, que el renegado entendió, que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito: y así nos rogó, que si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél, y se lo dixésemos, que él aventuraria su vida por nuestra libertad: y diciendo esto, sacó del pecho un Crucifixo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo quanto quisiésemos des-

cubrirle, porque le parecia y casi adevinaba, que por medio de aquella que aquel papel habia escrito, habia él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la Santa Iglesia su madre, de quien como miembro podrido estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dixo esto el renegado, que todos de un mesmo parecer consentímos y venímos en declararle la verdad del caso, y así le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quien en ella vivia. Acordámos ansimesmo que seria bien responder al billete de la Mora, y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fuí notando, que puntualmente fuéron las que diré, porque de todos los puntos substanciales que en este suceso me aconteciéron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efeto lo que á la Mora se le respondió fué esto:

El verdadero Alá te guarde, señora

mia, y aquella bendita Márien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en corazon que te vayas á tierra de christianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte á entender, como podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que sí hará. De mi parte y de la de todos estos christianos que están conmigo, te ofrezco de hacer por ti todo lo que pudiéremos hasta morir. No dexes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre: que el grande Alá nos ha dado un christiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Así que sin tener miedo nos puedes avisar de todo lo que quisieres. Á lo que dices, que si fueres á tierra de christianos, que has de ser mi muger, yo te lo prometo como buen christiano, y sabe que los christianos cumplen lo que prometen mejor que los moros. Alá y Márien su Madre sean en tu guarda, señora mia.

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos dias á que estuviese el baño solo como solia, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la vi, aunque no podia ver quien

la ponia, mostré el papel como dando á entender, que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al qual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dexáronla caer, y alcéla yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y de oro mas de cincuenta escudos, los quales cincuenta veces mas dobláron nuestro contento y confirmáron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dixo, que habia sabido, que en aquella casa vivia el mesmo moro que á nosotros nos habia dicho, que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo extremo, el qual tenia una sola hija heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad, ser la mas hermosa muger de la Berbería, y que muchos de los Vireyes que allí venian la habian pedido por muger, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo, que tuvo una christiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo qual concertaba con lo que venia en el papel. Entrámos luego en consejo con el renegado, en que órden se tendria para sacar á la Mora y venirnos todos á tierra de christianos, y en fin se acordó

por entónces, que esperásemos al aviso segundo de Zorayda, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María: porque bien vimos que ella y no otra alguna era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedámos en esto, dixo el renegado, que no tuviésemos pena, que él perderia la vida, ó nos pondria en libertad. Quatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que quatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los quales en la acostumbrada soledad del baño pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclinóse á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estaba allí el renegado, dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el qual dixo que así decia:

Yo no sé, mi señor, como dar órden que nos vamos á España, ni Lela Márien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro, rescataos vos con ellos y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de christianos, y compre allá una barca, y vuelva por los demas, y á mí me hallará en el jardin de mi padre, que está á la puerta de Babazon junto á la

marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados: de allí de noche me podréis sacar sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque si no, yo pediré á Márien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú y ve, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y christiano. Procura saber el jardin, y quando te pasées por ahí, sabré que está solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.

Esto decia y contenia el segundo papel, lo qual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo qual se opuso el renegado, diciendo, que en ninguna manera consentiria, que ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado, quan mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia, ó Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto,

porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso que casi en aquella mesma sazon habia acaecido á unos caballeros christianos, el mas extraño que jamas sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto él vino á decir, que lo que se podia y debia hacer, era que el dinero que se habia de dar para rescatar al christiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Quanto mas que si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los moros no consienten que renegado alguno compre, ni tenga barca, sino es baxel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere si-

no para irse á tierra de christianos; pero que él facilitaria este inconveniente, con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demas. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osámos contradecirle, temerosos que si no hacíamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zorayda, por cuya vida diéramos todos las nuestras: y así determinámos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado: y en aquel mesmo punto se le respondió á Zorayda, diciéndole que haríamos todo quanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien, como si Lela Márien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio, ó ponello luego por obra. Ofrecímele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia, que el primer

juma, que es el viérnes, se iba al jardin de su padre, y que ántes que se fuese, nos daria mas dinero, y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daria quanto le pidiésemos, que su padre tenia tanto que no lo echaria ménos, quanto mas, que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazon se hallaba en Argel, el qual me rescató del Rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer baxel que viniese de Valencia pagaria mi rescate, porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey, que habia muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus grangerías lo habia callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El juéves ántes del viérnes que la hermosa Zorayda se habia de ir al jardin nos dió otros mil escudos y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase supiese luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras, que

así lo haria y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Márien, con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto, diéron órden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mí rescatado y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo, que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zorayda: que puesto que el ser ellos quien eran, me podia asegurar de este temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y así los hice rescatar por la misma órden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza: al qual nunca descubrímos nuestro trato y secreto, por el peligro que habia.

CAPÍTULO XLI.

Donde todavía prosigue el Cautivo su suceso.

No se pasáron quince dias, quando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca capaz de mas de treinta personas: y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viage

á un Lugar que se llamaba [57] Sargel, que está treinta leguas de Argel hácia la parte de Oran, en el qual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viage en compañía del tagarino que habia dicho. *Tagarinos* llaman en Bería á los moros de Aragon, y á los de Granada *mudéxares*: y en el reyno de Fez llaman á los mudéxares, *elches*, los quales son la gente de quien aquel Rey mas se sirve en la guerra. Digo pues, que cada vez que pasaba con su barca daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaba, y allí muy de propósito se ponia el renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayarse de burlas, á lo que pensaba hacer de véras, y así se iba al jardin de Zorayda y le pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle: y aunque él quisiera hablar á Zorayda, como él despues me dixo, y decille, que él era el que por órden mia la habia de llevar á tierra de christianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dexan ver de ningun moro ni turco, sino es que su marido, ó su padre se lo manden: de christianos cau-

tivos se dexan tratar y comunicar, aun mas de aquello que seria razonable: y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados; pero Dios que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro renegado tenia, el qual viendo quan seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo quando y como y adonde queria, y que el tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos christianos que bogasen el remo, me dixo que mirase yo quales queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viérnes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte baxeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no se hallaran, sino fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero: á

los quales no les dixe otra çosa, sino que el primer viérnes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardin de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. A cada uno di este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen otros christianos, no les dixesen, sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que mas me convenia, y era la de avisar á Zorayda en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercibida y sobre aviso, que no se sobresaltase, si de improviso la asaltásemos ántes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de christianos podia volver: y así determiné de ir al jardin, y ver si podria hablarla, y con ocasion de coger algunas yerbas, un dia ántes de mi partida fuí allá, y la primera persona con quien encontré, fué con su padre, el qual me dixo en lengua que en toda la Berbería y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos: digo pues, que en esta manera de lenguage me preguntó que que

buscaba en aquel su jardin, y de quien era. Respondíle, que era esclavo de Arnaute Mamí, y esto porque sabia yo por muy cierto, que era un grandísimo amigo suyo, y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente, si era hombre de rescate, ó no, y que quanto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zorayda, la qual ya habia mucho que me habia visto, y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los christianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; ántes luego quando su padre vió que venia y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostró á mis ojos: solo diré, que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de sus pies, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcaxes (que así se llaman las manillas, ó axorcas de los pies en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes en-

gastados, que ella me dixo despues, que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras, es adornarse de ricas perlas y aljófar: y así hay mas perlas y aljófar entre moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimesmo mas de docientos mil escudos españoles, de todo lo qual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entónces hermosa, ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podrá conjeturar, qual debia de ser en las prosperidades, porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para diminuirse, ó acrecentarse: y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten, ó baxen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo en fin, que entónces llegó en todo extremo aderezada, y en todo extremo hermosa, ó á lo ménos á mí me pareció serlo la mas que hasta entónces habia visto: y con esto viendo las obligaciones

en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó, le dixo su padre en su lengua, como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó ¿si era caballero, y que era la causa que no me rescataba? Yo le respondí, que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos [58] zoltamis: á lo qual ella respondió: en verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera, que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros christianos, siempre mentis en quanto decis, y os haceis pobres por engañar á los moros. Bien podria ser eso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la trataré con quantas personas hay en el mundo. ¿Y quando te vas? dixo Zorayda. Mañana creo yo, dixe, porque está aquí un baxel de Francia, que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. ¿No es mejor, replicó Zorayda, esperar á que vengan baxeles de España, y irte con ellos, que no con los

de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondí yo, aunque si como hay nuevas que viene ya un baxel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto que no me dexará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea. ¿Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dixo Zorayda, y por eso deseas ir á verte con tu muger? No soy, respondí yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. ¿Y es hermosa la dama á quien se la diste? dixo Zorayda. Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecella y decirte la verdad, se parece á tí mucho. Desto se rió [59] muy de véras su padre, y dixo: guala, christiano, que debe ser muy hermosa, si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reyno: si no mírala bien, y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas destas palabras y razones el padre de Zorayda como mas ladino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho, allí se usa, mas declaraba su intencion por señas, que por palabras. Estando en estas y otras muchas ra-

zones, llegó un moro corriendo, y dixo á grandes voces, que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado quatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mesmo hizo Zorayda, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los quales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo pues, que dixo su padre á Zorayda: hija, retírate á la casa y enciérrate, en tanto que yo voy á hablar á estos canes, y tú christiano, busca tus yerbas, y vete en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dexándome solo con Zorayda, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre la habia mandado; pero apénas él se encubrió con los árboles del jardin, quando ella volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dixo: ¿*amexí*, christiano, *amexí*? que quiere decir: ¿vaste, christiano, vaste? Yo la respondí: señora sí, pero no en ninguna manera sin ti: el primero [60] juma me aguarda, y no te sobresaltes quando nos

veas, que sin duda alguna irémos á tierra de christianos. Yo le dixe esto de manera, que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrámbos pasámos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa, y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el Cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre que ya volvia de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zorayda advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, ántes se llegó mas á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo di á entender, que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que que tenia; pero como ella no le respondiese, dixo su padre: sin duda alguna, que con el sobresalto de la entrada destos canes se ha desmayado, y quitándola del mio, la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro, y aun no enxutos los ojos de lágrimas,

volvió á decir : *amexí* , christiano , *amexí*: vete christiano , vete. Á lo que su padre respondió : no importa , hija , que el christiano se vaya, que ningun mal te ha hecho , y los turcos ya son idos : no te sobresalte cosa alguna , pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre , pues como ya te he dicho , los turcos á mi ruego se volviéron por donde entráron. Ellos , señor , la sobresaltáron como has dicho , dixe yo á su padre ; mas pues ella dice que yo me vaya , no la quiero dar pesadumbre : quédate en paz , y con tu licencia volveré si fuere menester por yerbas á este jardin , que segun dice mi amo , en ninguno las hay mejores para ensalada , que en él. Todas las que quisieres , podrás volver , respondió Agimorato , que mi hija no dice esto porque tú , ni ninguno de los christianos la enojaban , sino que por decir que los turcos se fuesen , dixo que tú te fueses , ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrámbos , y ella arrancándosele el alma al parecer , se fué con su padre , y yo con achaque de buscar las yerbas , rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas , y la fortaleza de la casa , y la comodidad que se

podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y di cuenta de quanto habia pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En-fin el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado, y siguiendo todos el órden y parecer, que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvímos el buen suceso que deseábamos, porque el viérnes que se siguió al dia que yo con Zorayda hablé en el jardin, el renegado al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zorayda estaba. Ya los christianos que habian de bogar al remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el baxel que á los ojos tenian, porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los

demas escondidos que nos viéron se viniéron llegando á nosotros. Esto ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvímos juntos, dudámos si seria mejor ir primero por Zorayda, ó rendir primero á los moros tagarinos, que bogaban el remo en la barca: y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado, diciéndonos, que en que nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los mas dellos durmiendo. Dixímosle en lo que reparábamos, y él dixo, que lo que mas importaba era rendir primero el baxel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zorayda. Parecionos bien á todos lo que decia, y así sin detenernos mas, haciendo él la guia, llegámos al baxel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfange, y dixo en morisco: ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los christianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su Arráez, quedáronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las

armas, que pocas, ó casi ningunas tenian, se dexáron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los christianos, los quales con mucha presteza lo hiciéron, amenazando á los moros, que si alzaban por alguna via, ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guarda dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el renegado la guía, fuímos al jardin de Agimorato, y quiso la buena suerte, que llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así con gran quietud y silencio, llegámos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellisima Zorayda aguardándonos á una ventana, y así como sintió gente, preguntó con voz baxa, si éramos *nizarani*, como si dixera, ó preguntara, si éramos christianos. Yo le respondí que si, y que baxase. Quando ella me conoció no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra baxó en un instante, abrio la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la vi, le tomé una mano, y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y los demas que el

caso no sabian, hiciéron lo que viéron que nosotros hacíamos, que no parecia sino que le dábamos las gracias, y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dixo en lengua morisca ¿si estaba su padre en el jardin? Ella respondió que si, y que dormia. Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros, y todo áquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dixo ella: á mi padre no se le ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos, y esperaos un poco y lo vereis: y diciendo esto se volvió á entrar, diciendo que muy presto volveria, que nos estuviésemos quedos sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella habia pasado, el qual me lo contó, á quien yo dixe, que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zorayda quisiese: la qual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos que apénas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte, que su padre despertase en el ínterin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin, y asomándose á la ventana, luego

conoció que todos los que en él estaban eran christianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo: christianos, christianos, ladrones, ladrones, por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusion; pero el renegado viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa ántes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fuéron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á la Zorayda, que como desmayada se habia dexado caer en mis brazos. En resolucion los que subiéron, se diéron tan buena maña, que en un momento baxaron con Agimorato, trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dexaba hablar palabra, amenazándole, que el hablarla le habia de costar la vida. Quando su hija le vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedo espantado, ignorando quan de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entónces siendo mas necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal

suceso nuestro. Apénas serian dos horas pasadas de la noche, quando ya estábamos todos en la barca, en la qual se le quitó al padre de Zorayda la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarian la vida. Él como vió allí á su hija, comenzó á suspirar ternísimamente, y mas quando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, quejarse, ni esquivarse, se estaba queda, pero con todo esto callaba, porque no pusiesen en efeto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose pues Zorayda ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demas moros que atados estaban, le dixo al renegado, que me dixese le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre; porque ántes se arrojaria en la mar, que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dixo, y yo respondí, que era muy contento, pero el respondió, que no convenia, á causa que si allí los dexaban, apellidarian luego la tierra, y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscallos con

algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos, que lo que se podria hacer, era darles libertad en llegando á la primera tierra de christianos. En este parecer venímos todos, y Zorayda, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo, y luego con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzámos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de christianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuénos forzoso dexarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del Lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta [61] millas de Argel, y asimismo temíamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancía de Tetuan, aunque cada uno por sí, y por todos juntos presumíamos de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en

corso, que no solo no nos perderíamos, mas que tomaríamos baxel, donde con mas seguridad pudiésemos acabar nuestro viage. Iba Zorayda en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Márien que nos ayudase. Bien habríamos navegado treinta millas, quando nos amaneció, como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la qual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese, pero con todo eso nos fuímos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas, dióse órden que se bogase á quarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban, dixéron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose ansí, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela, y á dexar el remo, y enderezar á Oran, por no ser posible poder hacer otro viage. Todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegámos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor

alguno, sino el de encontrar con baxel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros tagarinos, y el renegado les consoló, diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dixo al padre de Zorayda, el qual respondió: qualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ó christianos, mas el darme libertad, no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusístes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el interese que se os puede seguir de dármela, el qual interese, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mia, ó si no por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zorayda que le mirase, la qual viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis pies y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzáron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos le acompañámos en él. Pero quan-

do su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dixo en su lengua: ¿que es esto hija, que ayer al anochecer, ántes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y agora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solenizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte, quando nos fué la ventura mas favorable? Respóndeme á esto, que me tiene mas suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia á su hija, nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero quando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el qual sabia él bien que le habia dexado en Argel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso, y preguntóle, que como aquel cofre habia venido á nuestras manos, y que era lo que venia dentro. Á lo qual el renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiese, le respondió: no te canses, señor, en preguntar á Zorayda tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda, te satisfaré á todas, y así quie-

ro que sepas, que ella es christiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. ¿Es verdad lo que este dice hija? dixo el moro. Así es, respondió Zorayda. ¿Que en efeto, replicó el viejo, tú eres christiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? A lo qual respondió Zorayda: la que es christiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dexarte, ni á hacerte mal sino á hacerme á mí bien. ¿Y que bien es el que te has hecho hija? Eso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Márien, que ella te lo sabrá decir mejor que[62] no yo. Apénas hubo oido esto el moro, quando con una increible presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traia no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zorayda, que le sacasen, y así acudímos luego todos: y asiéndole de la almalafa, le sacamos medio ahogado, y sin sentido, de

que recibió tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca abaxo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las quales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte, que llegámos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio, ó cabo, que de los moros es llamado *el de la cava rumia*, que en nuestra lengua quiere decir, *la mala muger christiana*, y es tradicion entre los moros, que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque *cava* en su lengua quiere decir *muger mala*, y *rumia*, *christiana*: y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo, quando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusímos nuestras centinelas en tierra, y no dexámos jamas los remos de la mano: comímos de lo que el renegado habia proveido, y rogámos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon, que nos ayudase y favoreciese,

para que felicemente [63] diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse órden á suplicacion de Zorayda, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demas moros que allí atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometímosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar que era despoblado. No fuéron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oidas del Cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viage. Viendo esto desatámos á los moros, y uno á uno los pusímos en tierra, de lo que ellos se quedáron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zorayda, que ya estaba en todo su acuerdo, dixo: ¿porque pensais, christianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿pensais que es por piedad que de mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le dará mi presencia, quando quiera poner en execucion sus malos deseos, ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella, que

la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra: y volviéndose á Zorayda, teniéndole yo y otro christiano de entrámbos brazos asido, porque algun desatino no hiciese, le dixo: ó infame moza, y mal aconsejada muchacha ¿adonde vas ciega y desatinada en poder destos perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo, que llevaba término de no acabar tan presto, di priesa á ponelle en tierra, y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá, que nos destruyese, confundiese y acabase: y quando por habérnos hecho á la vela no podímos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera, que podímos entender que decia: vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono, entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dexara la vida, si tú le dexas. Todo lo qual

escuchaba Zorayda, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle, ni respondelle palabra, sino: plega á Alá, padre mio, que Lela Marien, que ha sido la causa de que yo sea christiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos christianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dixo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veíamos: y así consolando yo á Zorayda, atendímos todos á nuestro viage, el qual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España; mas como pocas veces, ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado, ó seguido de algun mal que le turbe, ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer de qualquier padre que sean, quiso digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con

la vela tendida de alto abaxo, frenillados los remos, porque el prospero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un baxel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué forzoso amaynar por no embestirle, y ellos asimesmo hiciéron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto á bordo del baxel á preguntarnos quien éramos, y adonde navegábamos, y de donde veníamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa dixo nuestro renegado: ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el baxel quedaba á sotavento, de improviso soltáron dos piezas de artillería, y á lo que parecia, ámbas venian con cadenas, porque con una cortáron nuestro árbol por medio, y diéron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca de modo que la abrió toda, sin hacer otro

mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzámos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del baxel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amaynáron entónces, y echando el esquife, ó barca á la mar, entráron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegáron junto al nuestro, y viendo quan pocos éramos, y como el baxel se hundia, nos recogiéron, diciendo que por haber usado la descortesía de no respondelles nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zorayda, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion todos pasámos con los franceses, los quales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisiéron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojáron de todo quanto teníamos, y á Zorayda le quitáron hasta los carcaxes que traia en los pies; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zorayda daban, como me le daba el temor que tenia, de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas, al quitar de la joya que mas valia y ella mas esti-

maba; pero los deseos de aquella gente no se extienden á mas que al dinero, y desto jamas se ve harta su codicia, la qual entónces llegó á tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran, si de algun provecho les fueran: y hubo parecer entre ellos, de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran bretones, y si nos llevaban vivos serian castigados, siendo descubierto su hurto; mas el Capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zorayda, dixo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino [64] pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, y irse á la Rochela de donde habia salido, y así tomáron por acuerdo de darnos el esquife de su navío, y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hiciéron otro dia ya á vista de tierra de España, con la qual vista [65] todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidáron de todo punto, como si no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia po-

dria ser, quando nos echáron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho, y el Capitan movido no sé de que misericordia, al embarcarse la hermosisima Zorayda, le dió hasta quarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mesmos vestidos que ahora tiene puestos. Entrámos en el baxel, dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quejosos: ellos se hiciéron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho, nosotros sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar ántes que fuera muy de noche, pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y léjos de poblado, porque así aseguraríamos el temor que de razon se debia tener, que por allí anduviesen baxeles de cosarios de Tetuan, los quales anochecen en Ber-

bería, y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó, fué, que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose así, y poco ántes de la media noche seria, quando llegámos al pie de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestímos en la arena, salímos todos á tierra y besámos el suelo, y con lágrimas de muy [66] alegrísimo contento, dimos todos gracias á Dios Señor nuestro por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viage: sacámos de la barca los bastimentos que tenia, y tirámosla en tierra, y subímos un grandísimo trecho en la montaña, porque aun allí estábamos, y aun no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer, que era tierra de christianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde á mi parecer de lo que quisiéramos: acabámos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubria, ó algunas cabañas de pastores; pero aunque mas

tendímos la vista, ni poblado ni persona ni senda ni camino descubrímos. Con todo esto determinámos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser ménos, sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della; pero lo que á mí mas me fatigaba, era el ver ir á pie á Zorayda por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas le cansaba á ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y así nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase: y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco ménos de un quarto de legua debíamos de haber andado, quando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado: y mirando todos con atencion, si alguno se parecia, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pie, y á lo que despues supímos, los primeros que á la vista se le ofreciéron fuéron el renegado y Zorayda, y como él los vió en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metién-

dose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: moros, moros hay en la tierra: moros, moros, arma, arma. Con estas voces quedámos todos confusos, y no sabíamos que hacernos, pero considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la Caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordámos que el renegado se desnudase las ropas de turco y se vistiese un guilequelco [67], ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa, y así encomendándonos á Dios, fuímos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre quando habia de dar sobre nosotros la Caballería de la costa: y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrian pasado dos horas, quando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrímos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza corriendo á media rienda á nosotros se venian: y así como los vimos nos estuvímos quedos aguardándolos, pero como ellos llegáron y viéron en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre christiano, quedáron confusos, y uno dellos

nos preguntó, si éramos nosotros acaso la ocasion porque un pastor habia apellidado [68] al arma. Sí, dixe yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de donde veníamos, y quien éramos, uno de los christianos que con nosotros venian, conoció al ginete que nos habia hecho la pregunta, y dixo, sin dexarme á mí decir mas palabra: gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga: si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quien somos, sois Pedro de Bustamante tio mio. Apénas hubo dicho esto el christiano cautivo, quando el ginete se arrojó del caballo y vino á abrazar al mozo diciéndole: sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía comprehendo, que habeis tenido milagro-

sa libertad. Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendiéron que éramos christianos cautivos, se apeáron de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volviéron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habíamos dexado, otros nos subiéron á las ancas, y Zorayda fué en las del caballo del tio del christiano; Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zorayda, la qual en aquel instante y sazon estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de christianos sin sobresalto de perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colores, que si no es que la aficion entónces me engañaba, osara decir que mas hermosa criatura no habia en el mundo, á lo ménos que yo la hubiese visto. Fuímos

derechos á la Iglesia á dar gracias á Dios por la merced recibida, y así como en ella entró Zorayda, dixo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Márien. Diximosle que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo, le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase, como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Márien, que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego quanto acerca de las imágenes se le dixo. Desde allí nos lleváron y repartiéron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, Zorayda y á mí, nos llevó el christiano que vino con nosotros, en casa de sus padres que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regaláron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Vélez, al cabo de los quales el renegado, hecha su informacion de quanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la Santa Inquisicion al gremio santísimo de la Iglesia: los demas christianos libertados se fuéron cada uno donde mejor le pareció: solos quedámos Zorayda

y yo, con solo los escudos que la cortesía del frances le dió á Zorayda, de los quales compré este animal en que ella viene, y sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver, si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia, puesto que, por haberme hecho el Cielo compañero de Zorayda, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya christiana, es tanto y tal que me admira, y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace, no saber, si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apénas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia, la qual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendi-

mientos, que de mí sé decir, que quisiera habérosla contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros, mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPÍTULO XLII.

Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

Calló en diciendo esto el Cautivo, á quien Don Fernando dixo: por cierto, señor Capitan, el modo con que habeis contado este extraño suceso, ha sido tal, que iguala á la novedad y extrañeza del mesmo caso: todo es peregrino y raro y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye, y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mesmo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara: y en diciendo esto, Don Antonio [69] y todos los demas se le ofreciéron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el Capitan se tuvo por bien satisfecho

de sus voluntades: especialmente le ofreció Don Fernando, que si queria volverse con él, que él haria que el Marques su hermano fuese padrino del bautismo de Zorayda, y que él por su parte le acomodaria de manera, que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el Cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaba ya la noche, y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidiéron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque eso sea, dixo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor Oïdor que aquí viene. Á este nombre se turbó la huéspeda, y dixo: señor, lo que en ello hay, es que no tengo camas, si es que Su Merced del señor Oidor la trae, que sí debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldrémos de nuestro aposento, por acomodar á Su Merced. Sea en buen hora, dixo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre, que en el trage mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa

luenga con las mangas arrocadas que vestia, mostráron ser Oidor como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte que á no haber visto á Dorotea, y á Luscinda y Zorayda que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella, dificilmente pudiera hallarse. Hallóse Don Quixote al entrar del Oidor y de la doncella, y así como le vió, dixo: seguramente puede Vuestra Merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza, ni incomodidad en el mundo, que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de Vuestra Merced en esta fermosa doncella, á quien deben no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abaxarse las montañas para dalle acogida. Entre Vuestra Merced digo, en este paraiso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que Vuestra Merced trae consigo: aquí hallará las armas en su punto, y la

hermosura en su extremo. Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quixote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no ménos le admiraba su talle que sus palabras, y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo, quando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea, y á Zorayda, que á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recebirla; pero Don Fernando, Cardenio y el Cura, le hiciéron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto el señor Oidor entró confuso, así de lo que veia, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta diéron la bienllegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el Oidor, que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visage y la postura de Don Quixote le desatinaba: y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que ántes estaba ordenado, que todas las mugeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en su guarda: y así fué contento el Oidor que su hija, que

era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana: y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el Oidor traia, se acomodáron aquella noche mejor de lo que pensaban. El Cautivo, que desde el punto que vió al Oidor, le dio saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian, como se llamaba, y si sabia de que tierra era. El criado le respondió, que se llamaba el Licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oido decir, que era de un Lugar de las Montañas de Leon. Con esta relacion y con lo que él habia visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre: y alborotado y contento, llamando á parte á Don Fernando, á Cardenio y al Cura les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel Oidor era su hermano. Habíale dichó tambien el criado, como iba proveido por Oidor á las Indias en la Audiencia de México: supo tambien, como aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pi-

dióles consejo, que modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaba, ó le recibia [70] con buenas entrañas. Déxeseme á mí el hacer esa experiencia, dixo el Cura, quanto mas que no hay pensar sino que vos, señor Capitan, seréis muy bien recebido, porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dixo el Capitan, yo querria no de improviso sino por rodeos dármele á conocer. Ya os digo, respondió el Cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentáron á la mesa, eceto el Cautivo y las señoras, que cenáron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dixo el Cura: del mesmo nombre de Vuestra Merced, señor Oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, la qual camarada, era uno de los valientes soldados y Capitanes que habia en toda la Infantería española; pero tanto quanto tenia de esforzado y valeroso, tenia de desdichado. ¿Y

como se llamaba ese Capitan, señor mio? preguntó el Oidor. Llamábase, respondió el Cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un Lugar de las Montañas de Leon, el qual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego, porque me dixo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Caton: y sé yo decir, que el que él escogió de venir á la guerra, le habia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser Capitan de Infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto Maestre de Campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobráron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucesos, nos hallámos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los mas extraños casos que

en el mundo han sucedido. De aquí fué prosiguiendo el Cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zorayda á su hermano habia sucedido. A todo lo qual estaba tan atento el Oidor, que ninguna vez habia sido tan Oidor como entónces. Solo llegó el Cura al punto de quando los franceses despojáron á los christianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa Mora habian quedado: de los quales no habia sabido en que habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádolos los franceses á Francia. Todo lo que el Cura decia, estaba escuchando algo de allí desviado el Capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia: el qual viendo que ya el Cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenándose los ojos de agua, dixo: ¡ó señor, si supiésedes las nuevas que me habeis contado, y como me tocan tan en parte que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas, que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Ese Capitan tan valeroso que decis, es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo, ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y dig-

no exercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dixo vuestra camarada, en la conseja que á vuestro parecer le oistes. Yo seguí el de las letras, en las quales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico que con lo que ha enviado á mi padre y á mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural: y yo ansimesmo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre muriendo, con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos, hasta que él vea con vida á los de su hijo: del qual me maravillo, siendo tan discreto, como en tantos trabajos y aflicciones, ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre, que si él lo supiera, ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo agora me temo es de pensar, si aquellos franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muer-

to por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga mi viage, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Ó buen hermano mio, y quien supiera agora donde estabas, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los mios! ¡Ó quien llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mias! ¡Ó Zorayda hermosa y liberal, quien pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! ¡quien pudiera hallarse al renacer de tu alma, y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el Oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian, le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo pues el Cura, que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el Capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes, y así se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zorayda, la tomó por la mano, y tras ella se viniéron Luscinda, Dorotea y la hija

del Oidor. Estaba esperando el Capitan á ver lo que el Cura queria hacer, que fué que tomándole á él asimesmo de la otra mano, con entrámbos á dos se fué donde el Oidor y los demas caballeros estaban, y dixo: cesen, señor Oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aquí veis es el Capitan Viedma, y esta la hermosa Mora que tanto bien le hizo: los franceses que os dixe, los pusiéron en la estrecheza que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el Capitan á abrazar á su hermano, y él le puso [71] ámbas manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado; mas quando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban, le hubiéron de acompañar en ellas. Las palabras que entrámbos hermanos se dixéron, los sentimientos que mostráron, apénas creo que pueden pensarse, quanto mas escribirse. Allí en breves razones se diéron cuenta de sus sucesos, allí mostráron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos, allí

abrazó el Oidor á Zorayda, allí la ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la Christiana hermosa y la Mora hermosísima renováron las lágrimas de todos. Allí Don Quixote estaba atento sin hablar palabra considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertáron, que el Capitan y Zorayda se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oidor posible dexar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas, que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion todos quedáron contentos y alegres del buen suceso del Cautivo, y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordáron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quixote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante, ó otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le co-

nocian, y diéron al Oidor cuenta del humor extraño de Don Quixote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costáron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en una estancia, y los demas acomodádose como ménos mal pudiéron, Don Quixote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma, que ansí se llamaba la hija del Oidor. Nadie podia imaginar, quien era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza: y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dixo: quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que

de tal manera canta, que encanta. Ya lo oímos, señor, respondió Dorotea: y con esto se fué Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que se cantaba era esto.

CAPÍTULO XLIII.

Donde se cuenta la agradable historia del Mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.

Marinero soy de amor,
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar á puerto alguno.
Siguiendo voy á una estrella,
que desde léjos descubro,
mas bella y resplandeciente,
que quantas vió Palinuro.
Yo no sé adonde me guia,
y así navego confuso,
el alma á mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.
Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso
son nubes que me la encubren,
quando mas verla procuro.

¡Ó clara y luciente estrella,
en cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea, que no seria bien que dexase Clara de oir una tan buena voz, y así moviéndola á una y á otra parte la despertó diciéndole: perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oir la mejor voz, que quizá habrás oido en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y volviéndoselo á preguntar ella, se lo volvió á decir, por lo qual estuvo atenta Clara; pero apénas hubo oido dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, quando le tomó un temblor tan extraño, como si de algun grave accidente de quartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea, le dixo: ¡ay señora de mi alma y de mi vida! ¿para que me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora, era tenerme cerrados los ojos y los oidos, para no ver, ni oir á ese desdichado músico. ¿Que es lo que dices, niña? mira que dicen, que el que canta es un mozo de mulas. No es

sino Señor de Lugares, respondió Clara, y el que él tiene en mi alma, con tanta seguridad le tiene, que si él no quiere dexalle, no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y así le dixo: hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos, declaraos mas y decidme ¿que es lo que decis de alma y de Lugares, y deste músico cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oir al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono, torna á su canto. Sea en buen hora, respondió Clara, y por no oille, se tapó con las manos entrámbos oidos, de lo que tambien se admiró Dorotea: la qual estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera:

Dulce esperanza mia,
Que rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la via,
Que tú mesma te finges y aderezas,
No te desmaye el verte
Á cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.
Que amor sus glorias venda
Caras es gran razon, y es trato justo,
Pues no hay mas rica prenda,
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifiesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.
Amorosas porfías
Tal vez alcanzan imposibles cosas,
Y ansí, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso rezelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aquí dió fin la voz, y principio á nuevos sollozos Clara. Todo lo qual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y así le volvió á preguntar, que era lo que le queria decir denántes. Entónces Clara temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea puso su boca tan junto del oido de Dorotea, que seguramente podia hablar

sin ser de otro sentida, y así le dixo: este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero, natural del reyno de Aragon, Señor de dos Lugares, el qual vivia frontero de la casa de mi padre en la Corte, y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué, ni lo que no, que este caballero que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la Iglesia, ó en otra parte: finalmente él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia, era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo, y aunque yo me holgaria mucho de que ansí fuera, como sola y sin madre no sabia con quien comunicallo, y así lo dexé estar sin dalle otro favor, sino era quando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo, ó la celosía, y dexarme ver toda de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la qual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo.

Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre, y así el dia que nos partímos, nunca pude verle para despedirme dél, siquiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada, en un Lugar una jornada de aquí, le vi á la puerta del meson puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural, que si yo no le truxera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocíle, admiréme y alegréme: él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde, quando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos: y como yo sé quien es, y considero que por amor de mí viene á pie y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los pies, pongo yo los ojos. No sé con que intencion viene, ni como ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá Vuestra Merced quando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy gran [72] estudiante y poeta: y hay mas, que cada vez que le veo, ó le oygo cantar, tiemblo toda y me sobresalto temerosa de que mi padre

le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echaréis bien de ver, que no es mozo de mulas como decis, sino Señor de almas y Lugares, como yo os he dicho. No digais mas, señora Doña Clara, dixo á esta sazon Dorotea, y esto besándola mil veces: no digais mas, digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. ¡Ay señora! dixo Doña Clara ¿que fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá, que aun yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas esposa? Pues casarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por quanto hay en el mundo: no querria sino que este mozo se volviese y me dexase, quizá con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos se me aliviaria la pena que ahora llevo, aunque sé decir, que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco: no sé que dia-

blos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el dia de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo. No pudo dexar de reirse Dorotea, oyendo quan como niña hablaba Doña Clara, á quien dixo: reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios, y medrarémos, ó mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormian la hija de la ventera y Maritórnes su criada, las quales, como ya sabian el humor de que pecaba Don Quixote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo, haciendo la guarda, determináron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo ménos de pasar un poco el tiempo, oyéndole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar por donde echaban la paja por defuera. Á este agujero se pusiéron las dos semidoncellas, y viéron que Don Quixote estaba á caballo, recostado sobre su lanzon, dando de quando en

quando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma: y asimesmo oyéron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: ó mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donayre, depósito de la honestidad, y ultimadamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleytable que hay en el mundo ¿y que fará agora la Tu Merced? ¿Si tendrás por ventura las miéntes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ó luminaria de las tres caras, quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando, como, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece, que gloria ha de dar á mis penas, que sosiego á mi cuidado, y finalmente, que vida á mi muerte, y que premio á mis servicios. Y tú sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos, por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplícote que de

mi parte la saludes; pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendré mas zelos de ti, que tú los tuviste de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por donde corriste entónces, zeloso y enamorado. Á este punto llegaba entónces Don Quixote en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: señor mio, lléguese acá la Vuestra Merced, si es servido. Á cuyas señas y voz volvió Don Quixote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entónces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas como conviene que las tengan tan ricos castillos, como él se imaginaba que era aquella venta: y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion, que otra vez como la pasada, la doncella fermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor tornaba á solicitarle, y con este pensamiento por no mostrarse descortes y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dixo: lástima os tengo, fer-

mosa señora de que háyades puesto vuestras amorosas miéntes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella que en el punto que sus ojos la viéron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querais con significarme mas vuestros deseos, que yo me muestre mas desagradecido: y si del amor que me teneis, hallais en mí otra cosa con que satisfaceros, que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de dárosla en continente, si bien me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mesmos rayos del sol encerrados en una redoma. No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dixo á este punto Maritórnes. ¿Pues que ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quixote. Sola una de vuestras hermosas manos, dixo Maritórnes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traido tan á peligro de su

honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quixote, pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritórnes, que sin duda Don Quixote daria la mano que le habia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se baxó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero á tiempo que Don Quixote se habia puesto de pies sobre la silla de Rocinante, por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano, dixo: tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde saca-

réis, que tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo verémos, dixo Maritórnes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y baxándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quixote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dixo: mas parece que Vuestra Merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de Don Quixote ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritórnes le ató, ella y la otra se fuéron muertas de risa, y le dexáron asido de manera, que fué imposible soltarse. Estaba pues como se ha dicho de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo, ó á otro, habia de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinan-

te bien se podia esperar, que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose Don Quixote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento como la vez pasada, quando en aquel mesmo castillo le molió aquel moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes, que quando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo, por ver si podia soltarse, mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fuéron en vano. Bien es verdad, que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese: y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sino estar en pie, ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno: allí fué el maldecir de su fortuna: allí fué el exâgerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiem-

po que allí estuviese encantado, que sin duda alguna se habia creido que lo estaba: allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso: allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido: allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen: allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese: y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna, teniéndose por encantado: y hacíale creer esto, ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte sin comer, ni beber, ni dormir, habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influxo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantase; pero engañóse mucho en su creencia, porque apénas comenzó á amanecer, quando llegáron á la venta quatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamáron á la puerta de la venta, que aun estaba

cerrada, con grandes golpes: lo qual visto por Don Quixote desde donde aun no dexaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dixo: caballeros, ó escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para que llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está, que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas, hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviaos afuera, y esperad que aclare el dia, y entónces verémos si será justo, ó no que os abran. ¿Que diablos de fortaleza, ó castillo es este, dixo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de priesa. ¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió Don Quixote. No sé de que teneis talle, respondió el otro, pero sé que decis disparates en llamar castillo á esta venta. Castillo es, replicó Don Quixote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al reves, dixo el caminante, el cetro en la cabeza

y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los quales es tener á menudo esas coronas y cetros que decis, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeis poco del mundo, replicó Don Quixote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Cansábanse los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quixote pasaba, y así tornáron á llamar con grande furia y fué de modo que el ventero despertó, y aun todos quantos en la venta estaban, y así se levantó á preguntar quien llamaba. Sucedió en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venian los quatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dexar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias: y así no se hubo movido tanto quanto, quando se desviáron los juntos pies de Don Quixote, y resbalando de la silla dieran con

él en el suelo, á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase quanto podia por alcanzar al suelo: bien así como los que están en el tormento de la garrucha puestos á toca no toca, que ellos mesmos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa, que con poco mas que estiren, llegarán al suelo.

CAPÍTULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

En efeto fuéron tantas las voces que Don Quixote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido á ver quien tales gritos daba, y los que estaban fuera hiciéron lo mesmo. Maritórnes, que ya habia desper-

tado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató sin que nadie lo viese el cabestro, que á Don Quixote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegándose á él, le preguntáron, que tenia qué tales voces daba. Él sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pie, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope diciendo: qualquiera que dixere, que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la Princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafío á singular batalla. Admirados se quedáron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quixote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion, diciéndoles que era Don Quixote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero, si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mesmas que traia el amante de Doña Clara. El ventero respon-

dió, que habia tanta gente en la venta, que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el Oidor, dixo, aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren los demas á buscarle, y aun seria bien, que uno de nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales. Así se hará, respondió uno dellos; y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta y el otro se fué á rodear la venta: todo lo qual veia el ventero, y no sabia atinar para que se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazon aclaraba el dia, y así por esto como por el ruido que Don Quixote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente Doña Clara y Dorotea, que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote, que vió que ninguno de los quatro caminantes hacia caso de él, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de des-

pecho y saña: y si él hallara en las ordenanzas de su caballería, que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna, hasta acabar la que hábia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado; pero por parecerle no convenirle, ni estarle bien comenzar nueva empresa, hasta poner á Micomicona en su reyno, hubo de callar y estarse quedo esperando á ver en que paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los quales halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni ménos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo y le dixo: por cierto, señor Don Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto, que no acertó, ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio, y el criado prosiguió diciendo: aquí no hay

que hacer otra cosa, señor Don Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya Vuestra Merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. ¿Pues como supo mi padre, dixo Don Luis que yo venia este camino y en este trage? Un estudiante, respondió el criado, á quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó ménos, y así despachó á quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estámos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede, por el buen despacho con que tornarémos, llevándoos á los ojos que tanto os quieren. Eso será como yo quisiere, ó como el Cielo lo [73] ordenare, respondió Don Luis. ¿Que habeis de querer, ó que ha de ordenar el Cielo fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos pasaban, oyó el mozo de mulas junto á quien Don Luis estaba, y levantándose de allí, fué á decir lo que pasaba á Don Fernando y á Cardenio, y los demas que ya

vestido se habian, á los quales dixo, como aquel hombre llamaba de *Don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y como le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria: y con esto, y con lo que dél sabian de la buena voz que el Cielo le habia dado, viniéron todos en gran deseo de saber mas particularmente quien era, y aun de ayudarle, si alguna fuerza le quisiesen hacer, y así se fuéron hácia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salia [74] en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada, y llamando Dorotea á Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y de Doña Clara, á quien él tambien dixo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dixo tan callando, que lo dexase de oir Doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dixo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hiciéron. Ya estaban todos los quatro que venian á buscar á Don Luis dentro de la venta y rodeados dél, persuadiéndole que luego sin detenerse un punto,

volviese á consolar á su padre. Él respondió que en ninguna manera lo podia hacer, hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entónces los criados, diciéndole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian, quisiese, ó no quisiese. Esto no haréis vosotros, replicó Don Luis, sino es llevándome muerto, aunque de qualquiera manera que me lleveis, será llevarme sin vida. Ya á esta sazon habian acudido á la porfía todos los mas que en la venta estaban, especialmente Cardenio, Don Fernando, sus camaradas, el Oidor, el Cura, el Barbero y Don Quixote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian ¿que les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muévenos, respondió uno de los quatro, dar la vida á su padre, que por la ausencia deste caballero queda á peligro de perderla. Á esto dixo Don Luis: no hay para que se dé cuenta aquí de mis cosas, yo soy libre y volveré si me diere gusto, y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harásela á Vuestra Merced la razon, respondió el hom-

bre, y quando ella no bastare con Vuestra Merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos, y lo que somos obligados. Sepamos que es esto de raiz, dixo á este tiempo el Oidor; pero el hombre que le conoció, como vecino de su casa, respondió ¿no conoce Vuestra Merced, señor Oidor, á este cáballero que es el hijo de su vecino, el qual se ha ausentado de casa de su padre, en el hábito tan indecente á su calidad, como Vuestra Merced puede ver? Miróle entónces el Oidor mas atentamente y conocióle, y abrazándole dixo ¿que niñerías son estas, señor Don Luis, ó que causas tan poderosas, que os hayan movido á venir de esta manera, y en este trage que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le viniéron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra al Oidor, el qual dixo á los quatro, que se sosegasen, que todo se haria bien, y tomando por la mano á Don Luis le apartó á una parte, y le preguntó que venida habia sido aquella. Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyéron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, vien-

do á toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscaban, habian intentado á irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendia mas á su negocio que á los agenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños: y así le comenzáron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces, y pedir socorro. La ventera y su hija no viéron á otro mas desocupado para poder socorrerle, que á Don Quixote, á quien la hija de la ventera dixo: socorra Vuestra Merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera. Á lo qual respondió Don Quixote muy de espacio y con mucha flema: fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros, es lo que ahora diré: corred y decid á vuestro padre, que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se dexe vencer en ningun modo, en tanto que yo pido li-

cencia á la Princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della. ¡Pecadora de mí! dixo á esto Maritórnes que estaba delante: primero que Vuestra Merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió Don Quixote, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo ménos, os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedeis mas que medianamente satisfechas: y sin decir mas se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas, que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La Princesa se la dió de buen talante, y él luego, embrazando su adarga, y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavía traian los dos huéspedes á mal traer al ventero; pero así como llegó, embazó y se estuvo quedo, aunque Maritórnes y la ventera le de-

cian, que en que se detenia, que socorriese á su señor y marido. Deténgome, dixo Don Quixote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mogicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritórnes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de Don Quixote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre. Pero dexémosle aquí, que no faltará quien le socorra, ó si no sufra y calle el que se atreve á mas de á lo que sus fuerzas le prometen, y volvámonos atras cincuenta pasos á ver que fué lo que Don Luis respondió al Oidor, que le dexámos aparte, preguntándole la causa de su venida á pie y de tan vil trage vestido: á lo qual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dixo: señor mio, yo no sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el Cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo viese á mi

señora Doña Clara hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad: y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dexé la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage, para seguirla donde quiera que fuese, como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces, que desde léjos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo, que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el Oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, así de haber oido el modo y la discrecion con que Don Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino y no espera-

do negocio: y así no respondió otra cosa, sino que se sosegase por entónces, y entretuviese á sus criados, que por aquel dia no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las manos por fuerza Don Luis, y aun se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo el del Oidor, que como discreto ya habia conocido quan bien le estaba á su hija aquel matrimonio: puesto que si fuera posible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de Don Luis, del qual sabia que pretendia hacer de título á su hijo. Ya á esta sazon estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de Don Quixote, mas que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de Don Luis aguardaban el fin de la plática del Oidor, y la resolucion de su amo, quando el demonio que no duerme, ordenó que en aquel mesmo punto entró en la venta el barbero á quien Don Quixote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo: el qual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza,

que estaba aderezando no sé que de la albarda, y así como la vió la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: ah Don Ladron, que aquí os tengo, venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robastes. Sancho que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda y con la otra dió un mogicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dexó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, ántes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudiéron al ruido y pendencia, y decia: aquí del Rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladron salteador de caminos. Mentis, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor Don Quixote estos despojos. Ya estaba Don Quixote delante con mucho contento de ver quan bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la órden de la caballería. Entre otras cosas

que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir: señores, así esta albarda es mia, como la muerte que debo á Dios, y así la conozco, como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dexará mentir, si no pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame: y hay mas, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitáron tambien una bacía de azófar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener Don Quixote sin responder, y poniéndose entre los dos, y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dixo: porque vean Vuestras Mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será yelmo de Mambrino, el qual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita posesion: en lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir, es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la di, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda,

no sabré dar otra razon, sino es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería: para confirmacion de lo qual, corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Par diez, señor, dixo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intencion, que la que Vuestra Merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino, como el jaez deste buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó Don Quixote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué á do estaba la bacía, y la truxo, y así como Don Quixote la vió, la tomó en las manos, y dixo: miren Vuestras Mercedes con que cara podrá decir este escudero, que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la órden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él, ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dixo á esta sazon Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta agora [75] no ha hecho con él mas de una batalla, quando libró á los sin ventura encadenados, y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entónces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPÍTULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

¿Que les parece á Vuestras Mercedes, señores, dixo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfían que esta no es bacía sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo Don Quixote, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro Barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quixote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla, para que todos [76] riesen, y dixo hablando con el otro barbero: señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas ha de veinte años carta de exámen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería sin que le falte uno, y ni mas ni ménos fuí un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien que es yelmo, y que es morrion y celada de encaxe, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géne-

ros de armas de los soldados, y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan léjos de serlo, como está léjos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo Don Quixote, porque le falta la mitad, que es la babera. Así es, dixo el Cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el Barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, Don Fernando y sus camaradas, y aun el Oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las véras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco, ó nada atendia á aquellos donayres. ¡Válame Dios! dixo á esta sazon el barbero burlado ¿que es posible que tanta gente honrada diga, que esta no es bacía, sino yelmo? cosa parece esta, que puede poner en admiracion á toda una universidad por discreta que sea. Basta, si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo como este señor ha dicho. Á mí albarda me parece, dixo Don Quixote, pero ya he di-

cho, que en eso no me entremeto. De que sea albarda, ó jaez, dixo el Cura, no está en mas de decirlo el señor Don Quixote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores mios, dixo Don Quixote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino, que quanto en él se trata va por via de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus sequaces, y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber como, ni como no vine á caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo agora [77] en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen, que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido, pero en lo de declarar si esa es albarda, ó jaez, no me atrevo á dar sentencia difinitiva, solo lo dexo al buen parecer de Vuestras Mercedes, quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con Vuestras

Mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo, como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecen. No hay duda, respondió á esto Don Fernando, sino que el señor Don Quixote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la difinicion deste caso: y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de Don Quixote, era todo esto materia de grandísima risa; pero para los que la ignoraban les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los quatro criados de Don Luis, y á Don Luis ni mas ni ménos, y á otros tres pasageros, que acaso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser quadrilleros, como en efeto lo eran; pero el que mas se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna, que se le habia de volver en jaez rico de caballo, y los unos y los otros se reian de ver como andaba Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oido

para que en secreto declarasen si era albarda, ó jaez aquella joya, sobre quien tanto se habia peleado: y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quixote conocian, dixo en alta voz: el caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir, que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y así habréis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno este es jaez y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dixo el sobrebarbero, si todos Vuestras Mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece á mí albarda, y no jaez: pero allá van leyes... y no digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No ménos causaban risa las necedades que decia el barbero, que los disparates de Don Quixote, el qual á esta sazon dixo: aquí no hay mas que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Uno de los

quatro dixo: si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir, que hombres de tan buen entendimiento como son, ó parecen todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar, que esta no es bacía, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia: porque voto á tal (y arrojóle redondo) que no me dén á mí á entender quantos hoy viven en el mundo, al reves de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dixo el Cura. Tanto monta, dixo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es, ó no es albarda como Vuestras Mercedes dicen. Oyendo esto uno de los quadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y quistion, lleno de cólera y de enfado, dixo: tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, ó dixere, debe de estar hecho uva. Mentis como bellaco villano, respondió Don Quixote, y alzando el lanzon, que nunca le dexaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el quadrillero, se le dexa-

ra allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demas quadrilleros que viéron tratar mal á su compañero, alzáron la voz pidiendo favor á la santa Hermandad. El ventero, que era de la quadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de Don Luis rodeáron á Don Luis, porque con el alboroto no se les fuese: el barbero viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: Don Quixote puso mano á su espada y arremetió á los quadrilleros: Don Luis daba voces á sus criados que le dexasen á él, y acorriesen á Don Quixote y á Cardenio y á Don Fernando, que todos favorecian á Don Quixote. El Cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligia, Maritórnes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, y Doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho: Sancho molia al barbero: Don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre: el Oidor le defendia: Don Fernando tenia debaxo de sus pies á un quadrillero midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor: el ventero tornó á

reforzar la voz, pidiendo favor á la santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mogicones, palos, coces y efusion de sangre: y en la mitad deste cáos, máquina y laberinto de cosas se le representó en la memoria á Don Quixote, que se veia metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dixo con voz que atronaba la venta: ténganse todos, todos envaynen, todos se sosieguen, óyganme todos, si todos quieren quedar con vida. Á cuya gran voz todos se paráron, y él prosiguió diciendo: ¿no os dixe yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna region de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo qual quiero que veais por vuestros ojos, como se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues Vuestra Merced, señor Oidor, y Vuestra Merced, señor Cura, y el uno sirva de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y ponganos en paz, porque por

Dios todo poderoso, que es gran bellaquería, que tanta gente principal como aquí estamos, se mate por causas tan livianas. Los quadrilleros, que no entendian el frásis de Don Quixote, y se veian mal parados de Don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse: el barbero sí, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas, y el albarda: Sancho á la mas mínima voz de su amo obedeció como buen criado: los quatro criados de Don Luis tambien se estuviéron quedos, viendo quan poco les iba en no estarlo, solo el ventero porfiaba, que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta: finalmente el rumor se apaciguó por entónces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quixote. Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del Oidor y del Cura, volviéron los criados de Don Luis á porfiarle, que al momento se viniese con ellos, y en tanto que él con ellos se avenia, el Oidor comunicó con Don Fernando, Cardenio y el Cura que debia hacer en aquel caso, contándoseles con las razones que Don Luis le habia dicho. En fin

fué acordado, que Don Fernando dixese á los criados de Don Luis quien él era, y como era su gusto que Don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el Marques seria estimado, como el valor de Don Luis merecia, porque desta manera se sabia de la intencion de Don Luis, que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre si le hiciesen pedazos. Entendida pues de los quatro la calidad de Don Fernando y la intencion de Don Luis, determináron entre ellos, que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á Don Luis, y á no dexalle hasta que ellos volviesen por él, ó viese lo que su padre les ordenaba. Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias, por la autoridad de Agramante, y prudencia del Rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia, y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia grangeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso, que los quadrilleros se sosegáron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiráron de la

pendencia, por parecerles que de qualquiera manera que sucediese habian de llevar lo peor de la batalla; pero uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por Don Fernando, le vino á la memoria, que entre algunos mandamientos que traia para prender algunos delinqüentes, traia uno contra Don Quixote, á quien la santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dio á los galeotes, y como Sancho con mucha razon habia temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de Don Quixote traia venian bien, y sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y poniéndosele á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leia ponia los ojos en Don Quixote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quixote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba, y apénas se hubo certificado, quando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á Don Quixote del cuello fuertemente, que no le dexaba alentar, y á grandes voces decia: favor á la santa Hermandad, y para que se vea que lo pido de véras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este sal-

teador de caminos. Tomó el mandamiento el Cura, y vió como era verdad quanto el quadrillero decia, y como convenia con las señas con Don Quixote, el qual viéndose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la cólera en su punto, y cruxiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo le asió al quadrillero con entrámbas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros, allí dexara la vida ántes que Don Quixote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le lleváron luego Maritórnes y su hija pidiendo favor al Cielo y á los que allí estaban. Sancho dixo viendo lo que pasaba: vive el Señor, que es verdad quanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. Don Fernando despartió al quadrillero, y á Don Quixote, y con gusto de entrámbos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los quadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y en-

tregado á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del Rey y de la santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oir decir estas razones Don Quixote, y con mucho sosiego dixo: venid acá, gente soez y mal nacida ¿saltear de caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro baxo y vil entendimiento, que el Cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, quanto mas la asistencia de qualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en quadrilla, que no quadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la santa Hermandad, decidme ¿quien fué el ignorante, que firmo mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿quien el que ignoró que son exêntos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? ¿quien fué el mentecato, vuelvo á decir, que no

sabe que no hay executoria de hidalgo con tantas preeminencias, ni exênciones, como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro exercicio de la caballería? ¿Que caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la Reyna, moneda forera, portazgo, ni barca? ¿que sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿que Castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar el escote? ¿que Rey no le asentó á su mesa? ¿que doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente ¿que caballero andante ha habido, hay, ni habrá en el mundo, que no tenga brios para dar él solo quatrocientos palos á quatrocientos quadrilleros que se le pongan delante?

CAPÍTULO XLVI.

De la notable aventura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quixote.

En tanto que Don Quixote esto decia, estaba persuadiendo el Cura á los quadrilleros, como Don Quixote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por

sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dexar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quixote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas. Con todo eso, dixo el Cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dexará llevarse, á lo que yo entiendo. En efeto tanto les supo el Cura decir, y tantas locuras supo Don Quixote hacer, que mas locos fueran que no él los quadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quixote, y así tuviéron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rancor á su pendencia. Finalmente ellos como miembros de justicia mediáron la causa, y fuéron árbitros della, de tal modo que ámbas partes quedáron, si no del todo contentas, á lo ménos en algo satisfechas, porque se trocáron las albardas, y no las cinchas y xáquimas: y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el Cura á socapa, y sin que Don Quixote lo entendiese, le dió por la ba-

cía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entónces, ni por siempre jamas amen. Sosegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales y de mas tomo, restaba que los criados de Don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde Don Fernando le queria llevar: y como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romper lanzas, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta, y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo, y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentáron de quanto Don Luis queria, de que recibió tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara al rostro, que no conociera el regocijo de su alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á bulto conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su Español, en quien tenia siempre puestos los ojos, y traia colgada el alma. El ventero, á quien se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el Cura habia hecho al barbero, pidió el escote de Don Quixote, con el menoscabo de sus cueros

y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el Cura, y lo pagó Don Fernando, puesto que el Oidor de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedáron todos en paz y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quixote habia dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano: de todo lo qual fué comun opinion, que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha eloqüencia del señor Cura, y á la incomparable liberalidad de Don Fernando. Viéndose pues Don Quixote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que seria bien seguir su comenzado viage, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido: y así con resoluta determinacion, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la qual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obedecella se puso en pie, y le dixo: es comun proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en mu-

chas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleyto dudoso ; pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad, que en las de la guerra adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo , y alcanza la vitoria ántes que el contrario se ponga en defensa : todo esto digo , alta y preciosa señora , porque me parece , que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho , y podria sernos de tanto daño que lo echásemos de ver algun dia : porque ¿quien sabe , si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante , de que yo voy á destruille , y dándole lugar el tiempo , se fortificase en algun inexpugnable castillo , ó fortaleza contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo ? Así que , señora mia , prevengamos , como tengo dicho , con nuestra diligencia sus designios , y partámonos luego á la buena ventura , que no está mas de tenerla vuestra grandeza como desea , de quanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Calló , y no dixo mas Don Quixote , y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa Infanta , la qual con ademan señoril y acomodado al estilo de Don

Quixote, le respondió desta manera: yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anexo y concerniente el favorecer los huérfanos y menesterosos: y quiera el Cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla, para que veais que hay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra, disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. Á la mano de Dios, dixo Don Quixote, pues así es, que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono: la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, porque suele decirse, que en la tardanza está el peligro: y pues no ha criado el Cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante, ni acobarde, ensilla Sancho á Rocinante, y apareja tu jumento, y el palafren de la Reyna, y despidámonos del Castellano y destos señores, y vamos de aquí luego al punto. Sancho, que

á todo estaba presente, dixo meneando la cabeza á una parte y á otra: ay señor, señor, y como hay mas mal en el aldegüela que se suena, con perdon sea dicho de las tocas honradas. ¿Que mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio, villano? Si Vuestra Merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dexaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor. Di lo que quisieres, replicó Don Quixote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo, que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es eso, pecador fui yo á Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto, y por averiguado, que esta señora, que se dice ser Reyna del gran reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque á ser lo que ella dice, no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Paróse colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo Don Fernando alguna vez á hurto de otros ojos, habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus

deseos, lo qual habia visto Sancho, y parecídole que aquella desenvoltura, mas era de dama cortesana que de Reyna de tan gran reyno, y no pudo, ni quiso responder palabra á Sancho, sino dexóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para que darme priesa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues será mejor que nos estémos quedos, y cada puta hile, y comamos. ¡O válame Dios, y quan grande que fué el enojo, que recibió Don Quixote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dixo: ó bellaco villano, mal mirado, descompuesto, é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente ¿tales palabras has osado decir en mi presencia, y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia monstruo de naturaleza, deposi-

tario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las Reales personas, vete, no parezcas delante de mí, sopena de mi ira: y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas: á cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debaxo de sus pies la tierra y le tragara: y no supo que hacerse, sino volver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de Don Quixote, dixo para templarle la ira: no os despecheis, señor Caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y christiana conciencia se puede sospechar, que levante testimonio á nadie: y así se ha de creer, sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser,

digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica via, lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo á esta sazon Don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie. Así es, y así será, dixo Don Fernando, por lo qual debe Vuestra Merced, señor Don Quixote, perdonalle, y reducille al gremio de su gracia *sicut erat in principio*, ántes que las tales visiones le sacasen de juicio. Don Quixote respondió, que él le perdonaba, y el Cura fué por Sancho, el qual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dexado besar, le echó la bendicion, diciendo: agora 70
acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento. Así lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió

por via ordinaria. No lo creas, respondió Don Quixote, que si así fuera, yo te vengara entónces, y aun agora; pero ni entónces, ni agora pude, ni vi en quien tomar venganza de tu agravio. Deseáron saber todos, que era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se riéron todos, y de que no ménos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo, que era encantamento, puesto que jamas llegó la sandez de Sancho á tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas, ni imaginadas, como su señor lo creia y lo afirmaba. Dos dias eran ya pasados los que habia que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta: y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, diéron órden, para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y Don Fernando con Don Quixote á su aldea con la invencion de la libertad de la Reyna Micomicona, pudiesen el Cura y el Barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenáron fué, que se concertáron con un carre-

tero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hiciéron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quixote, y luego Don Fernando y sus camaradas, con los criados de Don Luis y los quadrilleros juntamente con el ventero, todos por órden y parecer del Cura se cubriéron los rostros y se disfrazáron, quien de una manera y quien de otra, de modo que á Don Quixote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entráron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia, y y asiéndole fuertemente, le atáron muy bien las manos y los pies de modo, que quando él despertó con sobresalto, no pudo menearse, ni hacer otra cosa, mas que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visages: y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear, ni defender: todo á

punto como habia pensado que sucederia, el Cura trazador desta máquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mesmo juicio, y en su mesma figura: el qual, aunque le faltaba bien poco para tener la mesma enfermedad de su amo, no dexó de conocer quien eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca, hasta ver en que paraba aquel asalto y prision de su amo, el qual tampoço hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué, que trayendo allí la jaula le encerráron dentro, y le claváron los maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo quanto la supo formar el Barbero, no el del albarda sino el otro, que decia: *ó Caballero de la Triste Figura, no te dé afincamiento la prision en que vas, porque así conviene, para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso: la qual se acabará, quando el furibundo leon manchego, con la blanca paloma tobosina, yoguieren*[7] *en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco: de cuyo inaudito consorcio saldrán á la luz*

del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre : y esto será ántes que el seguidor de la fugitiva Ninfa faga dos vegadas la visita de las lucientes imágines con su rápido y natural curso. Y tú , ó el mas noble y obediente escudero , que tuvo espada en cinta , barbas en rostro y olfato en las narices , no te desmaye , ni descontente ver llevar así delante de tus ojos mesmos á la flor de la caballería andante : que presto, si al Plasmador del mundo le place , te verás tan alto y tan sublimado , que no te conozcas , y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor : y asegúrote de parte de la sabia Mentironiana , que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra , y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero , que conviene que vayas donde pareis entrámbos : y porque no me es lícito decir otra cosa , á Dios quedad , que yo me vuelvo adonde yo me sé : y al acabar de la profecía , alzó la voz de punto , y disminuyóla despues con tan tierno acento , que aun los sabidores de la burla estuviéron por creer que era verdad lo que oian. Quedó Don Quixote consolado con la escuchada profecia , porque luego coligió de

todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha: y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro, dixo: ó tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador, que mis cosas tiene á cargo, que no me dexe perecer en esta prision, donde agora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho: que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso: y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder, que no me dexará en buena, ni en mala suerte, porque quando no suceda por la suya, ó por mi corta ventura el poderle yo dar la Ínsula, ó otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo ménos su salario no podrá perderse, que

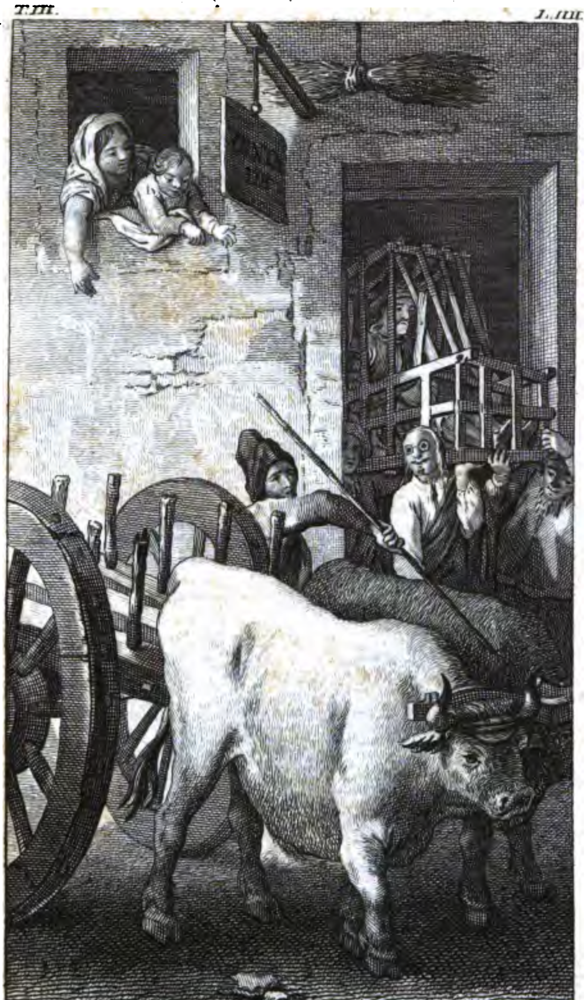
en mi testamento, que ya está hecho, dexo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrámbas las manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrámbas. Luego tomáron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodáron en el carro de los bueyes.

CAPÍTULO XLVII.

Del extraño modo con que fué encantado Don Quixote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

Quando Don Quixote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dixo: muchas y muy graves historias he yo leido de caballeros andantes; pero jamas he leido, ni visto, ni oido, que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales: porque siempre los suelen llevar por los ayres con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube, ó en algun carro de fuego: ó ya sobre algun hipogrifo, ó

T. III. L. IIII.



Isidro y Antonio Carnicero. J. Joaquin Fabregat la gravó.

otra bestia semejante ; pero que me lleven á mí agora sobre un carro de bueyes, vive Dios, que me pone en confusion ; pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino, que siguiéron los antiguos : y tambien podria ser, que como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado exercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos, y otros modos de llevar á los encantados. ¿Que te parece desto, Sancho hijo? No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como Vuestra Mercéd en las escrituras andantes ; pero con todo eso osaria afirmar y jurar, que estas visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas. ¡Católicas mi padre! respondió Don Quixote ¿como han de ser católicas, si son todos demonios, que han tomado cuerpos fantásticos, para venir á hacer esto, y á ponerme en este estado? y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de ayre, y como no consisten en mas de en la apariencia. Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado : y este diablo

que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios: porque segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores; pero este huele á ámbar de media legua. Decia esto Sancho por Don Fernando, que como tan señor, debia de oler á lo que Sancho decia. No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió Don Quixote, porque te hago saber, que los diablos saben mucho, y puesto que traygan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas: y la razon es, que como ellos donde quiera que están traen el infierno consigo, y no pueden recebir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleyta y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena: y si á ti te parece, que ese demonio, que dices, huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasáron entre amo y criado, y temiendo Don Fernando y Cardenio, que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en

los alcances, determináron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero, le ordenáron que ensillase á Rocinante, y enalbardase el jumento de Sancho, el qual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el Cura se habia concertado con los quadrilleros, que lo acompañasen hasta su Lugar, dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante, del un cabo la adarga, y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho, que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos quadrilleros con sus escopetas; pero ántes que se moviese el carro, salió la ventera, su hija, y Maritórnes á despedirse de Don Quixote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, á quien Don Quixote dixo: no lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anexas á los que profesan lo que yo profeso, y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante, porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos Príncipes y á

muchos otros caballeros, que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero con todo eso la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroástes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo, como la da el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado por descuido mio os he fecho, que de voluntad y á sabiéndas jamas le di á nadie: y rogad á Dios me saque de estas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho, para gratificarlas, servillas y recompensallas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quixote, el Cura y el Barbero se despidiéron de Don Fernando y sus camaradas, y del Capitan y de su hermano y todas aquellas contentas señoras especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazáron, y quedáron de darse noticia de sus sucesos, diciendo Don Fernando al Cura donde habia de escribirle para avisarle en lo que paraba Don Quixote, asegurándole, que no habria cosa que mas gusto le diese,

que saberlo : y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto , así de su casamiento , como del bautismo de Zorayda , y suceso de Don Luis , y vuelta de Luscinda á su casa. El Cura ofreció de hacer quanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornáron á abrazarse otra vez , y otra vez tornáron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al Cura , y le dió unos papeles , diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta donde se halló la novela del curioso impertinente , y que pues su dueño no habia vuelto mas por allí , que se los llevase todos , que pues él no sabia leer , no los queria. El Cura se lo agradeció , y abriéndolos , luego vió que al principio de lo escrito decia : *Novela de Rinconete y Cortadillo* , por donde entendió ser alguna novela , y coligió , que pues la del curioso impertinente habia sido buena , que tambien lo seria aquella , pues podria ser fuesen todas de un mismo autor : y así la guardó con prosupuesto de leerla , quando tuviese comodidad. Subió á caballo , y tambien su amigo el Barbero con sus antifaces , porque no fuesen luego conocidos de Don Quixote , y pusiéronse á caminar tras el carro , y la órden que llevaban , era esta:

iba primero el carro, guiándole su dueño, á los dos lados iban los quadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas: seguia luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de rienda á Rocinante: detras de todo esto iban el Cura y el Barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. Don Quixote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia, como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra: y así con aquel espacio y silencio camináron hasta dos leguas, que llegáron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar, y dar pasto á los bueyes: y comunicándolo con el Cura, fué de parecer el Barbero, que caminasen un poco, porque él sabia que detras de un recuesto que cerca de alli se mostraba, habia un valle de mas yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del Barbero, y así tornáron á proseguir su camino. En esto volvió el Cura el rostro, y vió que á sus espaldas venian hasta seis ó siete hom-

bres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los quales fuéron presto alcanzados, porque caminaban, no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de Canónigos y con deseo de llegar presto á sestear á la venta, que ménos de una legua de allí se parecia. Llegáron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortesmente, y uno de los que venian, que en resolucion era Canónigo de Toledo, y señor de los demas que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, quadrilleros, Sancho, Rocinante, Cura y Barbero, y mas á Don Quixote enjaulado y aprisionado, no pudo dexar de preguntar, que significaba llevar aquel hombre de aquella manera: aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los quadrilleros, que debia de ser algun facinoroso salteador, ó otro delinqüente, cuyo castigo tocase á la santa Hermandad. Uno de los quadrilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió así: señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyó Don Quixote la plática, y dixo ¿por dicha Vuestras Mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la

caballería andante? porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias, y si no, no hay para que me canse en decirlas: y á este tiempo habian ya llegado el Cura y el Barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con Don Quixote de la Mancha, para responder de modo, que no fuese descubierto su artificio. El Canónigo, á lo que Don Quixote dixo, respondió: en verdad, hermano, que sé mas de libros de caballerías, que de las súmulas de Villalpando: así que si no está en mas que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéredes. Á la mano de Dios, replicó Don Quixote: pues así es, quiero, señor caballero, que sepades, que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos: caballero andante soy, y no de aquellos, de cuyos nombres jamas la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envidia, y de quantos Magos crió Persia, Bracmanes la India, Ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de exemplo y dechado en los venide-

ros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el señor Don Quixote de la Mancha, dixo á esta sazon el Cura, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada, y la valentía enoja. Este es, señor, *El Caballero de la Triste Figura*, si ya le oistes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronces duros y en eternos mármoles, por mas que se canse la envidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en la mesma admiracion cayéron todos los que con él venian. En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oir la plática, para adobarlo todo, dixo: ahora, señores, quiéranme bien, ó quiéranme mal por lo que dixere, el caso de ello es, que así va encantado mi señor Don Quixote, como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demas hom-

bres, y como las hacia ayer ántes que le enjaulasen. Siendo esto así ¿como quieren hacerme á mí entender que va encantado? pues yo he oido decir á muchas personas, que los encantados, ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo, si no le van á la mano, hablará mas que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al Cura, prosiguió diciendo: ah señor Cura, señor Cura ¿pensaba [80] Vuestra Merced, que no le conozco? ¿y pensará que yo no calo y adivino, adonde se encaminan estos nuevos encantamentos? pues sepa que le conozco, por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por mas que disimule sus embustes. En fin donde reyna la envidia, no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza hay liberalidad. Mal haya el diablo, que si por Su Reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la Infanta Micomicona, y yo fuera Conde por lo ménos, pues no se podia esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor *el de la Triste Figura*, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo, que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda mas lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pin-

ganitos, hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi muger me pesa, pues quando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho Gobernador, ó Visorey de alguna Ínsula, ó reyno, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor Cura, no es mas de por encarecer á Su Paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor Don Quixote dexa de hacer en este tiempo que está preso. Adóbame esos candiles, dixo á este punto el Barbero ¿tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? vive el Señor, que voy viendo que le habeis de tener compañía en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la Ínsula que tanto deseais. Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dexaria empreñar del Rey que fuese, y aunque pobre, soy christiano viejo, y no debo nada á nadie, y si ínsulas deseo,

otros desean otras cosas peores, y cada uno es hijo de sus obras, y debaxo de ser hombre, puedo venir á ser Papa, quanto mas Gobernador de una Ínsula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien darlas. Vuestra Merced mire como habla, señor Barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso: y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quédese aquí, porque es peor menearlo. No quiso responder el Barbero á Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el Cura tanto procuraban encubrir: y por este mesmo temor habia el Cura dicho al Canónigo que caminase un poco delante, que él le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo así el Canónigo, y adelantóse con sus criados y con él: estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de Don Quixote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el disignio que llevaban de llevarle á su tierra, para ver si

por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el Canónigo de oir la peregrina historia de Don Quixote, y en acabándola de oir, dixo: verdaderamente, señor Cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías: y aunque he leido, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los mas que hay impresos, jamas me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece, que qual mas, qual ménos, todos ellos son una mesma cosa, y no tiene mas este que aquel, ni estótro que el otro: y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debaxo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleytar, y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleytan y enseñan juntamente: y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleytar, no sé yo cómo puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleyte, que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura y concordancia que ve, ó contempla en las cosas que la vis-

ta, ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues ¿que hermosura puede haber, ó que proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro, ó fábula, donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique? Y ¿que quando nos quieren pintar una batalla, despues de haber dicho, que hay de la parte de los enemigos un millon de [81] compitientes? Como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender, que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo. Pues ¿que dirémos de la facilidad con que una Reyna, ó Emperatriz heredera, se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Que ingenio, si no es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse leyendo, que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardia, y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, ó en otras, que ni las descubrió Tolomeo, ni las vió

Marco Polo? Y si á esto se me respondiese, que los que tales libros componen, los escriben como cosas de mentira, y que así no están obligados á mirar en delicadezas, ni verdades, responderles hia yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte, que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiracion y la alegría juntas: y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitacion, en quien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerías, que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion á formar una chîmera, ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las hazañas increibles, en los

amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages, y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república christiana, como á gente inútil. El Cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en quanto decia: y así dixo, que por ser él de su mesma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerías, habia quemado todos los de Don Quixote, que eran muchos; y contóle el escrutinio, que dellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego, y dexado con vida, de que no poco se rió el Canónigo, y dixo, que con todo quanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sugeto que ofrecian, para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo, por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un Capitan valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y eloqüente orador

persuadiendo, ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer: pintando ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento: allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada: aquí un caballero christiano, valiente y comedido: acullá un desaforado bárbaro fanfarron: acá un Príncipe cortes, valeroso y bien mirado: representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores: ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulíses, la piedad de Enéas, la valentía de Aquíles, las desgracias de Héctor, las trayciones de Sinon, la amistad de Euríalo, la liberalidad de Alexandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Caton, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos: y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa in-

vencion, que tire lo mas que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos texida, que despues de acabada, tal perfeccion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleytar juntamente, como ya tengo dicho, porque la escritura desatada destos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes, que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la Poesía y de la Oratoria, que la Épica tambien puede escrebirse en prosa como en verso.

CAPÍTULO XLVIII.

Donde prosigue el Canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

Así es como Vuestra Merced dice, señor Canónigo, dixo el Cura, y por esta causa son mas dignos de reprehension los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en

prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina. Yo á lo ménos replicó el Canónigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado: y si he de confesar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondian á mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes que solo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion; pero con todo esto no he proseguido adelante, así por parecerme, que hago cosa agena de mi profesion, como por ver, que es mas el número de los simples que de los prudentes, y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero lo que mas me le quitó de las manos, y aun del pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mesmo, sacado de las comedias que agora se representan, diciendo: si estas que ahora se usan, así las imaginadas, como las de his-

toria, todas, ó las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan pies ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan léjos de serlo, y los autores que las componen, y los actores que las representan, dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para quatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos: deste modo vendrá á ser mi libro al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del cantillo: y aunque algunas veces he procurado persuadir á los actores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraerán, y mas fama cobrarán representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya están tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razon ni evidencia que dél los saque. Acuérdome que un dia dixe á uno destos pertinaces: decidme ¿no os acordais que ha

pocos años, que se representáron en España tres tragedias, que compuso un famoso poeta de estos reynos, las quales fuéron tales que admiráron, alegráron y suspendiéron á todos quantos las oyéron, así simples, como prudentes, así del vulgo como de los escogidos, y diéron mas dineros á los representantes ellas tres solas, que treinta de las mejores que despues acá se han hecho? ¿Sin duda, respondió el actor que digo, que debe de decir Vuestra Merced por *La Isabela*, *La Fílis*, y *La Alexandra?* Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dexáron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo: así que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí que no fué disparate *La Ingratitud vengada*, ni le tuvo *La Numancia*, ni se le halló en la del *Mercader amante*, ni ménos en *La Enemiga favorable*, ni en otras algunas, que de algunos entendidos poetas han sido compuestas para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado: y otras cosas añadí á estas, con que á mi parecer le dexé algo confuso, pero no sa-

tisfecho ni convencido, para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado Vuestra Merced, señor Canónigo, dixo á esta sazon el Cura, que ha despertado en mí un antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías: porque habiendo de ser la comedia, segun le parece á Tulio, espejo de la vida humana, exemplo de las costumbres, é imágen de la verdad, las que agora se representan son espejos de disparates, exemplos de necedades, é imágines de lascivia: porque ¿que mayor disparate puede ser en el sugeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y ¿que mayor, que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un page consejero, un Rey ganapan, y una Princesa fregona? ¿Que diré pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden, ó podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y aun si fuera de quatro jornadas, la quarta acabara en América, y así se hu-

biera hecho en todas las quatro partes del mundo? Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia ¿como es posible que satisfaga á ningun mediano entendimiento, que fingiendo una accion que pasa en tiempo del Rey Pepino y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el Emperador Heraclio, que entró con la Cruz en Jerusalen, y el que ganó la Casa Santa como Godofre de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro, y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables? Y es lo malo, que hay ignorantes que digan, que esto es lo perfeto, y que lo demas es buscar gullurías. ¿Pues que si venimos á las comedias divinas? ¡Que de milagros falsos fingen en ellas, que de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un Santo los milagros de otro! y aun en las humanas se atreven á hacer milagros, sin mas respeto, ni consideracion, que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia como ellos llaman, para que

gente ignorante se admire, y venga á la comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios españoles, porque los extrangeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos: y no seria bastante disculpa desto decir, que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad, y que pues este se consigue con qualquier comedia buena, ó mala, no hay para que poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan, á que las hagan como debian hacerse, pues como he dicho, con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. Á lo qual responderia yo, que este fin se conseguiria mucho mejor sin comparacion alguna con las comedias buenas, que con las no tales, porque de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las véras, admirado

de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los exemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea; y de toda imposibilidad es imposible dexar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarian si no fuesen de aquel jaez, y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra le pide. Y que esto sea verdad, véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felícisimo ingenio destos reynos, con tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias,

y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama: y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos Reyes, y en deshonra de algunos linages: y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta, que exâminase todas las comedias ántes que se representasen: no solo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la qual aprobacion, sello y firma, ninguna Justicia en su Lugar dexase representar comedia alguna: y desta manera los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrian representarlas, y aquellos que las componen, mirarian con mas cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el

riguroso exâmen de quien lo entiende: y desta manera se harian buenas comedias y se conseguiria felicísimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes y el ahorro del cuidado de castigarlos: y si se diese cargo á otro, ó á este mismo, que exâminase los libros de caballerías, que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que Vuestra Merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la eloqüencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion. Á este punto de su coloquio llegaban el Canónigo y el Cura, quando adelantándose el Barbero llegó á ellos, y dixo al Cura: aquí, señor Licenciado, es el lugar que yo dixe que era bueno, para que sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto. Así me lo parece á mí, respondió el

Cura, y diciéndole al Canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia, y así por gozar dél, como de la conversacion del Cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber mas por menudo las hazañas de Don Quixote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no léjos de allí estaba, y truxesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde: á lo qual uno de sus criados respondió, que el acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traia recado bastante, para no obligar á tomar de la venta mas que cebada. Pues así es, dixo el Canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la continua asistencia del Cura y el Barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dixo: señor; para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es que aquestos dos que vienen aquí encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro Lugar

y el Barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera de pura envidia que tienen, como Vuestra Merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, síguese, que no va encantado, sino embaido y tonto. Para prueba de lo qual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá como no va encantado sino trastornado el juicio. Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondió Don Quixote, que yo te satisfaré, y responderé á toda tu voluntad: y en lo que dices, que aquellos que allí van y vienen con nosotros, son el Cura y el Barbero nuestros compatriotos y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mesmos, pero que lo sean realmente y en efeto, eso no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser, que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos, para darte á ti ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un

laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél, aunque tuvieses la soga de Teseo: y tambien lo habrán hecho, para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño: porque si por una parte tú me dices que me acompañan el Barbero y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí, que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga, ó piense, sino que la manera de mi encantamento excede á quantas yo he leido en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos como yo soy turco: y en lo que toca á querer preguntarme algo, di, que yo te responderé, aunque me preguntes de aquí á mañana. ¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho, dando una gran voz, ¿y es posible que sea Vuestra Merced tan duro de celebro y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene mas parte la malicia que el encanto? Pero pues así es, yo le quiero pro-

bar evidentemente como no va encantado: si no dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea quando ménos piense. Acaba de conjurarme, dixo Don Quixote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho, que te responderé con toda puntualidad. Eso pido, replicó Sancho, y lo que quiero saber es, que me diga sin añadir, ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad como se espera que la han de decir, y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como Vuestra Merced las profesa, debaxo de título de caballeros andantes. Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió Don Quixote, acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento ¿si acaso despues que Vuestra Merced va enjaulado y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores, ó menores, como suele decirse? No entiendo eso de hacer aguas, Sancho, aclárate mas, si quieres que te responda derechamente. ¿Es po-

sible que no entiende Vuestra Merced de hacer aguas menores, ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir ¿si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa? Ya, ya te entiendo, Sancho: y muchas veces, y aun agora la tengo, sácame deste peligro, que no anda todo limpio.

CAPÍTULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quixote.

Ha, dixo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber, como al alma y como á la vida. Venga acá, señor ¿podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí, quando una persona está de mala voluntad, no sé que tiene fulano, ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? de donde se viene á sacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que Vuestra Merced tiene, y

que bebe quando se lo dan, y come quando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sancho, respondió Don Quixote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque ántes no lo hacian: de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir, ni de que hacer conseqüencias: yo sé, y tengo para mí, que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande, si yo pensase que no estaba encantado, y me dexase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfacion, seria bien que Vuestra Merced probase á salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun sacarle della, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado, segun va de malencólico y tris-

te : y hecho esto , probásemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras , y si no nos sucediese bien , tiempo nos queda para volvernos á la jaula : en la qual prometo á ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con Vuestra Merced , si acaso fuere Vuestra Merced tan desdichado , ó yo tan simple , que no acierte á salir con lo que digo. Yo soy contento de hacer lo que dices , Sancho hermano , replicó Don Quixote , y quando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad , yo te obedeceré en todo y por todo ; pero tú, Sancho , verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas pláticas se entretuviéron el caballero andante y el mal andante escudero , hasta que llegáron donde ya apeados los aguardaban el Cura , el Canónigo y el Barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero , y dexólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio , cuya frescura convidaba á quererla gozar , no á las personas tan encantadas como Don Quixote , sino á los tan advertidos y discretos como su escudero : el qual rogó al Cura, que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula , porque si no le dexaban salir , no iria tan limpia aquella pri-

sion, como requeria la decencia de un tal caballero como su amo. Entendióle el Cura, y dixo que de muy buena gana haria lo que le pedia, si no temiera que en viéndose su señor en libertad, habia de hacer de las suyas, y irse donde jamas gentes le viesen. Yo le fio de la fuga, respondió Sancho. Y yo y todo, dixo el Canónigo, y mas si él me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros, hasta que sea nuestra voluntad. Sí doy, respondió Don Quixote, que todo lo estaba escuchando, quanto mas que el que está encantado como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó, le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos: y si hubiere huido, le hará volver en volándas, y que pues esto era así, bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos, y del no soltarle, les protestaba que no podia dexar de fatigarles el olfato, si de allí no se desviaban. Tomóle la mano el Canónigo, aunque las tenia atadas, y debaxo de su buena fe y palabra le desenjauláron, de que él se alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula: y lo primero que hizo fué estirarse todo el cuerpo, y lue-

go se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dixo: aun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos qual deseamos, tú con tu señor á cuestas y yo encima de ti, exercitando el oficio para que Dios me echó al mundo: y diciendo esto Don Quixote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado, y con mas deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Mirábalo el Canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en quanto hablaba y respondia, mostraba tener bonísimo entendimiento, solamente venia á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías: y así movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba, para esperar el repuesto del Canónigo, le dixo: ¿es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con Vuestra Merced la amarga y ociosa letura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo, que venga á creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan léjos de ser verdaderas, como lo está la mesma mentira de la verdad? Y ¿como es posible que haya

entendimiento humano, que se dé á entender, que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto Emperàdor de Trapisonda, tanto Félixmarte de Hircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trages, tantas Princesas enamoradas, tantos escuderos Condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mugeres valientes, y finalmente tantos [82] y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir, que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar, que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero quando caygo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego, si cerca ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante

venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen: y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con Vuestra Merced han hecho, pues le han traido á términos, que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae, ó lleva algun leon, ó algun tigre de Lugar en Lugar para ganar con él dexando que le vean. Ea, señor Don Quixote, duélase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el Cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra letura que redunde en aprovechamiento de su conciencia, y en aumento de su honra: y si todavía llevado de su natural inclinacion quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un César Roma, un Aníbal Cartago, un Alexandro Grecia, un Conde Fernan Gonzalez Castilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andalucía, un Diego García de Paredes

Extremadura, un Garci Perez de Várgas Xerez, un Garcilaso Toledo, un Don Manuel de Leon Sevilla, cuya lecion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleytar y admirar á los mas altos ingenios que los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento de Vuestra Merced, señor Don Quixote mio, de la qual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía: y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do segun he sabido trae Vuestra Merced su principio y orígen. Atentisimamente estuvo Don Quixote escuchando las razones del Canónigo, y quando vió que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dixo: paréceme, señor hidalgo, que la plática de Vuestra Merced se ha encaminado á querer darme á entender, que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, é inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesion

de la caballería andante, que ellos enseñan, negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros, de que las escrituras están llenas. Todo es al pie de la letra, como Vuestra Merced lo va relatando, dixo á esta sazon el Canónigo. Á lo qual respondió Don Quixote: añadió tambien Vuestra Merced, diciendo que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmienda y mudar de letura leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan y enseñan. Así es, dixo el Canónigo. Pues yo, replicó Don Quixote, hallo por mi cuenta, que el sin juicio y el encantado es Vuestra Merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como Vuestra Merced la niega, merecia la mesma pena que Vuestra Merced dice que da á los libros, quando los lee y le enfadan: porque querer dar á entender á nadie, que Amadis no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros, de que están colmadas las historias, será querer persuadir, que el sol no alumbra, ni

el yelo enfría, ni la tierra sustenta: porque ¿que ingenio puede haber en el mundo, que pueda persuadir á otro, que no fué verdad lo de la Infanta Florípes, y Güi de Borgoña, y lo de Fierabras, con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno? que voto á tal que es tanta verdad como es ahora de dia: y si es mentira, tambien lo debe de ser, que no hubo Héctor, ni Aquíles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el Rey Ártus de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reyno por momentos: y tambien se atreverán á decir, que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del santo Grial, y que son apócrifos los amores de Don Tristan y la Reyna Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña: y es esto tan así, que me acuerdo yo, que me decia una mi agüela de partes de mi padre, quando veia alguna dueña con tocas reverendas: aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona, de donde arguyo yo, que la debió de conocer ella, ó por lo

ménos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. ¿Pues quien podrá negar, no ser verdadera la historia de Piérres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy dia se ve en la armería de los Reyes la clavija con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Piérres por los ayres, que es un poco mayor que un timon de carreta? y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldan tamaño como una grande viga: de donde se infiere, que hubo doce Pares, que hubo Piérres, que hubo Cides, y otros caballeros semejantes, destos que dicen las gentes, que á sus aventuras van. Si no, díganme tambien que no es verdad que fué caballero andante el valiente Lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso Señor de Charní, llamado Mosen Piérres, y despues en la ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrámbas empresas vencedor, y lleno de honrosa fama: y las aventuras y desafíos, que tambien acabáron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varon) venciendo á los hijos del Conde de san Polo.

Niéguenme asimesmo, que no fué á buscar las aventuras á Alemania Don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del Duque de Austria. Digan que fuéron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso, las empresas de Mosen Luis de Fálses contra Don Gonzalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros christianos destos y de los reynos extrangeros tan auténticas y verdaderas, que torno á decir, que el que las negase, careceria de toda razon y buen discurso. Admirado quedó el Canónigo de oir la mezcla que Don Quixote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería, y así le respondió: no puedo yo negar, señor Don Quixote, que no sea verdad algo de lo que Vuestra Merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles: y asimesmo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia; pero no quiero creer, que hiciéron todas aquellas cosas que el Arzobispo Turpin dellos escribe: porque la verdad dello es, que fuéron caballeros escogidos por los Reyes de Francia, á quien llamá-

ron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía: á lo ménos si no lo eran, era razon que lo fuesen, y era como una religion de las que ahora se usan de Santiago, ó de Calatrava, que se presupone, que los que la profesan han de ser, ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos: y como ahora dicen caballero de San Juan, ó de Alcántara, decian en aquel tiempo: caballero de los doce Pares, porque fuéron doce iguales los que para esta religion militar se escogiéron. En lo de que hubo Cid, no hay duda, ni ménos Bernardo del Carpio; pero de que hiciéron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que Vuestra Merced dice del Conde Piérres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los Reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante, ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como Vuestra Merced ha dicho. Pues allí está sin duda alguna, replicó Don Quixote, y por mas señas dicen, que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome de moho. Todo puede ser respondió el Canónigo, pero por las órdenes que recebí, que no me acuerdo

haberla visto: mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros, como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como Vuestra Merced, tan honrado y de tan buenas partes y dotado de tan buen entendimiento se dé á entender, que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras, como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPÍTULO L.

De las discretas altercaciones que Don Quixote y el Canónigo tuviéron, con otros sucesos.

Bueno está eso, respondió Don Quixote: los libros que están impresos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitiéron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas de qualquier estado y condicion que sean ¿habian de ser mentira, y mas llevando tanta apa-

riencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas punto por punto y dia por dia que el tal caballero hizo, ó caballeros hiciéron? Calle Vuestra Merced, no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto, si no léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no dígame ¿hay mayor contento que ver, como si dixésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima, que dice: *tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debaxo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas, que debaxo desta negregura yacen:* ¿y que apénas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, quando sin entrar

mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios, y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y quando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el cielo es mas trasparente, y que el sol luce con claridad mas nueva: ofrécesele á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados paxarillos, que por los intricados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta, acá ve otra á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con órden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas

esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el arte imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo, ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado, no ménos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura: y ¿hay mas que ver despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trages, si yo me pusiese ahora á decirlos, como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero, que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar, ó castillo, y hacerle desnudar, como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella, y echarle un manton sobre los hombros, que por lo mé-

ños ménos, dicen que suele valer una ciudad, y aun mas? ¿que es ver pues, quando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas, con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿que, el verle echar agua á manos, toda de ámbar, y de olorosas flores distilada? ¿que, el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿que, verle servir todas las doncellas guardando un maravilloso silencio? ¿que, el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á qual deba de alargar la mano? ¿qual será oir la música, que en tanto que come, suena, sin saberse quien la canta, ni adonde suena? ¿y despues de la comida acabada y las mesas alzadas quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella, que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de que castillo es aquel, y de como ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello

se puede colegir, que qualquiera parte que se lea de qualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á qualquiera que la leyere: y Vuestra Merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá como le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que despues que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortes, atrevido, blando, paciente; sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el Cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun reyno, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que mia fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento que solo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria, que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion, donde me hiciese Emperador, por mostrar mi pecho, ha-

ciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un Condado que le tengo muchos dias ha prometido: sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado. Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dixo: trabaje Vuestra Merced, señor Don Quixote, en darme ese Condado tan prometido de Vuestra Merced, como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle: y quando me faltare, yo he oido decir, que hay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los estados de los Señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el Señor se está á pierna tendida gozando de la renta que le dan sin curarse de otra cosa: y así haré yo, y no repararé en tanto mas quanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un Duque, y allá se lo hayan. Eso, hermano Sancho, dixo el Canónigo, entiéndese en quanto al gozar la renta; empero al administrar justicia, ha de entender el Señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar,

que si ésta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines: y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza, mas solo sé, que tan presto tuviese yo el Condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan Rey seria yo de mi estado, como cada uno del suyo, y siéndolo, haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese, haria mi gusto, y haciendo mi gusto, estaría contento, y en estando uno contento, no tiene mas que desear, y no teniendo mas que desear, acabóse, y el estado venga, y á Dios y veámonos, como dixo un ciego á otro. No [83] son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho, pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de Condados. Á lo qual replicó Don Quixote: yo no sé que haya mas que decir, solo me guio por el exemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero Conde de la Ínsula Firme, y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer Conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido. Admirado quedó el Canónigó de los

concertados [84] disparates que Don Quixote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leido, y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el Condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del Canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del repuesto, y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentáron, y comiéron allí porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho: y estando comiendo, á deshora oyéron un recio estruendo, y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban, sonaba, y al mesmo instante viéron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo: tras ella venia un cabrero dándole voces, y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviese, ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida se vino á la gente, como á favorecerse della, y allí se detuvo. Llegó el cabrero, y asién-

dola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dixo: ha cerrera, cerrera, manchada, manchada ¿y como andais vos estos dias de pie coxo? ¿que lobos os espantan, hija? ¿no me diréis que es esto, hermosa? Mas que puede ser sino que sois hembra, y no podeis estar sosegada, que mal haya vuestra condicion, y la de todas aquellas á quien imitais. Volved, volved, amiga, que si no tan contenta, á lo ménos estaréis mas [85] segura en vuestro aprisco, ó con vuestras compañeras: que si vos que las habeis de guardar y encaminar, andais tan sin guia y descaminada ¿en que podrán parar ellas? Contento diéron las palabras del cabrero á los que las oyéron, especialmente al Canónigo, que le dixo: por vida vuestra, hermano, que os sosegueis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño, que pues ella es hembra, como vos decis, ha de seguir su natural distinto, por mas que vos os pongais á estorbarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templaréis la cólera, y en tanto descansará la cabra: y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomólo, y agradeciólo el cabrero, bebió,

y sosegóse, y luego dixo: no querria que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso me tuviesen Vuestras Mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dixe. Rústico soy; pero no tanto, que no entienda como se ha de tratar con los hombres y con las bestias. Eso creo yo muy bien, dixo el Cura, que ya yo sé de experiencia, que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos. Á lo ménos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados: y para que creais esta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadais dello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oido atento, os contaré una verdad, que acredite lo que ese señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mia. Á esto respondió Don Quixote: por ver que tiene este caso un no sé que de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro

cuento. Comenzad pues, amigo, que todos escucharémos. Saco la mia, dixo Sancho, que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oido decir á mi señor Don Quixote, que el escudero de caballero andante ha de comer quando se le ofreciere, hasta no poder mas, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intricada que no aciertan á salir della en seis dias, y si el hombre no va harto, ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia. Tú estás en lo cierto, Sancho, dixo Don Quixote: vete adonde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre. Así la darémos todos á las nuestras, dixo el Canónigo, y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: recuéstate junto á mí, manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño, se tendió ella junto á él con mucho sosiego,

y mirándole al rostro daba á entender, que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el qual comenzó su historía desta manera.

CAPÍTULO LI.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quixote.

Tres leguas deste valle está una aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, en la qual habia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia mas dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion, donayre y virtud, que el que la conocia y la miraba, se admiraba de ver las extremadas partes con que el Cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas ¿que digo yo por las circunvecinas no mas, si se extendió á las

apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los Reyes y por los oidos de todo género de gente, que como á cosa rara, ó como á imágen de milagros, de todas partes á verla venian? Guardábala su padre, y guardábase ella, que no hay candados, guardas, ni cerraduras que mejor guarden á una doncella, que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija moviéron á muchos, así del pueblo como forasteros, á que por muger se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse á quien la entregaria de los infinitos que le importunaban, y entre los muchos, que tan buen deseo tenian, fuí yo uno, á quien diéron muchas y grandes esperanzas de buen suceso, conocer que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico y en el ingenio no ménos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia, que con qualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada: y por salir desta confusion, determinó decír-

selo á Leandra (que así se llama la rica, que en miseria me tiene puesto) advirtiendo, que pues los dos éramos iguales, era bien dexar á la voluntad de su querida hija, el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo, que los dexen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; solo sé, que el padre nos entretuvo á entrámbos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban, ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas, que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente, pero bien se dexa entender que ha de ser desastrado. En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la Rosa [86] hijo de un pobre labrador del mismo Lugar, el qual Vicente venia de las Italias y de otras diversas partes, de ser soldado. Llevóle de nuestro Lugar siendo muchacho de hasta doce años, un Capitan, que con su compañía por allí acertó á pasar, y volvió el mozo de allí á otros doce, vestido á la soldadesca, pintado con mil

colores, lleno de mil dixes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponia una gala y mañana otra, pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y ménos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar, es la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos guisados é invenciones dellas, que si no se los contaran, hubiera quien jurara, que habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos y de mas de veinte [87] plumages: y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que debaxo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenia á todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado: habia muerto mas moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en mas singulares desafíos, segun él decia, que Gante y Luna, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba, y de todos habia salido con

vitoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte mostraba señales de heridas, que aunque no se divisaban, nos hacia entender, que eran arcabuzazos dados en diferentes rencuentros y faciones. Finalmente con una no vista arrogancia llamaba de *vos* á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linage sus obras, y que debaxo de ser soldado, al mismo Rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias, ser un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos, que la hacia hablar; pero no paráron aquí sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y así de cada niñería que pasaba en el pueblo componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Rosa, este bravo, este galan, este músico, este poeta fué visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trages, encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados, llegáron á sus oidos las hazañas que él de sí mismo habia referido, y finalmente, que

así el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél, ántes que en él naciese presuncion de solicitarla: y como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla, que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertáron Leandra y Vicente: y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teníale cumplido, habiendo dexado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentádose de la aldea con el soldado, que salió con mas triunfo desta empresa, que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tuviéron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la Justicia, los quadrilleros listos: tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y quanto habia, y al cabo de tres dias halláron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia, confesó sin apremio que Vicente de la

Rosa la habia engañado, y debaxo de palabra de ser su esposo, la persuadió que dexase la casa de su padre, que él la llevaría á la mas rica y mas viciosa ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles, y que ella mal advertida y peor engañada le habia creido, y robando á su padre, se le entregó la misma noche que habia faltado, y que él la llevó á un áspero monte, y la encerró en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien, como el soldado, sin quitarle su honor, le robó quanto tenia, y la dexó en aquella cueva, y se fué: suceso que de nuevo puso en admiracion á todos. Difícil, señor, se hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fuéron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dexado á su hija con la joya, que si una vez se pierde, no dexa esperanza de que jamas se cobre. El mesmo dia que pareció Leandra, la despareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se

puso. Los pocos años de Leandra sirviéron de disculpa de su culpa, á lo ménos con aquellos que no les iba algun interes en que ella fuese mala, ó buena: pero los que conocian su discrecion y mucho entendimiento, no atribuyéron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedáron los ojos de Anselmo ciegos, á lo ménos sin tener cosa que mirar, que contento les diese, los mios en tinieblas sin luz, que á ninguna cosa de gusto les encaminase, con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado, y abomínábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente Anselmo y yo nos concertámos de dexar el aldea, y venirnos á este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras tambien mias, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas. Á imitacion nues-

tra otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes, usando el mismo exercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está [88] colmo de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oyga el nombre de la hermosa Leandra: Este la maldice, y la llama antojadiza varia y deshonesta, aquel la condena por fácil y ligera, tal la absuelve y perdona, y tal la justicia y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamas hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamas dió á nadie, porque, como ya tengo dicho, ántes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los ayres cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y

encantados, esperando sin esperanza y temiendo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que ménos y mas juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el qual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, solo se queja de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja: yo sigo otro camino mas fácil, y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones [89] que tienen: y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dixe á esta cabra, quando aquí llegué; que por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros: si he sido en el contarla prolixo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no ménos á la vista que al gusto agradables.

CAPÍTULO LII.

De la pendencia que Don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los deceplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escucháddole habian, especialmente le recibió el Canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado; tan léjos de parecer rústico cabrero, quan cerca de mostrarse discreto cortesano: y así dixo, que habia dicho muy bien el Cura, en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofreciéron á Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto, fué Don Quixote, que le dixo: por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino, porque vos la tuviérades buena, que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar del Abadesa y de quantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hiciérades della á toda vuestra voluntad y talante;

guardando pero las leyes de caballería que mandan, que á ninguna doncella se le sea fecho desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entónces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á Don Quixote de tan mal pelage y catadura, admiróse y preguntó al Barbero que cerca de sí tenia: señor ¿quien es este hombre, que tal talle tiene, y de tal manera habla? Quien ha de ser, respondió el Barbero, sino el muy famoso Don Quixote de la Mancha, desfacedor de agravios y enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas. Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre Vuestra Merced dice, puesto que para mí tengo, ó que Vuestra Merced se burla, ó que este gentilhombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza. Sois un grandísimo bellaco, dixo á esta sazon Don Qui-

xote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuvo la muy hideputa, puta que os parió: y diciendo y hablando, arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero que no sabia de burlas, viendo con quantas veras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra, ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quixote, y asiéndole del cuello con entrámbas manos, no dudara de ahogarle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos y rompiendo tazas, y derramando y esparciendo quanto en ella estaba. Don Quixote que se vió libre, acudió á subir sobre el cabrero, el qual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbábanselo [90] el Canónigo y el Cura; mas el Barbero hizo de suerte, que el cabrero cogió debaxo de sí á Don Quixote, sobre el qual llovió tanto número de mogicones, que del rostro del pobre caballero llovia

tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el Canónigo y el Cura, saltaban los quadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen á los perros quando en pendencia están trabados: solo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podia desasir de un criado del Canónigo, que le estorbaba que á su amo no ayudase. En resolucion estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyéron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que mas se alborotó de oirle fué Don Quixote, el qual, aunque estaba debaxo del cabrero harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dixo: hermano demonio, que no es posible que dexes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas, no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta, que á nuestros oidos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dexó luego, y Don Quixote se puso en pie volviendo asimismo el rostro adonde el son se oia, y vió á deshora que por un recuesto baxa-

ban muchos hombres vestidos de blanco á modo de diciplinantes. Era el caso, que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los Lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia, y les lloviese: y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba, venia en procesion á una devota ermita, que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quixote que vió los extraños trages de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba, como á caballero andante el acometerla: y confirmóle mas esta imaginacion, pensar que una imágen que traian cubierta de luto, fuese alguna principal señora, que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines: y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dixo en alta voz á todos los que presentes estaban: agora, valerosa com-

pañía, verédes quanto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la órden de la andante caballería: agora digo, que verédes en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes: y en diciendo esto apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia, que jamas la diese Rocinante) se fué á encontrar con los diciplinantes: bien que fuéron el Cura y el Canónigo y Barbero á detenerle, mas no les fué posible, ni ménos le detuviéron las voces que Sancho le daba diciendo ¿adónde va, señor Don Quixote? ¿que demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica? advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana, es la imágen benditísima de la Vírgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera, no volviera si el Rey se lo man-

dara. Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dixo: vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuviéron fuéron los que la imágen llevaban, y uno de los quatro clérigos que cantaban las letanías, viendo la extraña catadura de Don Quixote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quixote, le respondió diciendo: señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó Don Quixote, y es esta, que luego al punto dexeis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habédes fecho: y yo que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayéron todos los que las oyéron, que Don

Quixote debia de ser algun hombre loco, y tornáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quixoté, porque sin decir mas palabra, sacando la espada arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dexando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de Don Quixote enarbolando una horquilla, ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quixote con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano, dió tal golpe á Don Quixote encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el'adarga contra [91] villana fuerza, que el pobre Don Quixote vino al suelo muy malparado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caido, dió voces á su moledor, que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que detuvo al villano, no fuéron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quixote no bullia pie, ni mano, y así creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un

gamo. Ya en esto llegáron todos los de la compañía de Don Quixote adonde él estaba, mas los de la procesion, que los viéron venir corriendo, y con ellos los quadrilleros con sus ballestas, temiéron algun mal suceso, y hiciéronse todos un remolino al rededor de la imágen, y alzados los capirotes, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El Cura fué conocido de otro Cura, que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos esquadrones. El primer Cura dió al segundo en dos razones cuenta de quien era Don Quixote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fuéron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyéron que Sancho Panza con lágrimas en los ojos decia: ¡ó flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡ó honra de tu lina-

ge, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el qual faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡ó liberal sobre todos los Alexandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenias dada la mejor Ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡ó humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin caballero andante, que es todo lo que decir se puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quixote, y la primera palabra que dixo fué: el que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos á mi aldea en compañía destos señores que su bien desean, y allí darémos órden de hacer otra salida, que nos sea de mas provecho y fama. Bien decis [92], Sancho, respondió Don

Quixote, y será gran prudencia dexar pasar el mal influxo de las estrellas que agora corre. El Canónigo y el Cura y Barbero le dixéron, que haria muy bien en hacer lo que decia: y así habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusiéron á Don Quixote en el carro, como ántes venia: la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino: el cabrero se despidió de todos: los quadrilleros no quisiéron pasar adelante, y el Cura les pagó lo que se les debia: el Canónigo pidió al Cura le avisase el suceso de Don Quixote, si sanaba de su locura, ó si proseguia en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viage. En fin todos se dividiéron y apartáron, quedando solos el Cura y Barbero, Don Quixote y Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó á Don Quixote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino, que el Cura quiso, y á cabo de seis dias llegáron á la aldea de Don Quixote, adonde entráron en la mitad del dia, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la qual atravesó el carro de Don Quixote. Acudiéron todos á ver

lo que en el carro venia, y quando conociéron á su compatriota, quedáron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su Ama y á su Sobrina, de que su tio y su señor venia flaco y amarillo y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oir los gritos que las dos buenas señoras alzáron, las bofetadas que se diéron, las maldiciones que de nuevo echáron á los malditos libros de caballerías, todo lo qual se renovó quando viéron entrar á Don Quixote por sus puertas. Á las nuevas de esta venida de Don Quixote acudió la muger de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero, y así como vió á Sancho, lo primero que le preguntó, fué que si venia bueno el asno. Sancho respondió, que venia mejor que su amo. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme agora amigo ¿que bien habeis sacado de vuestras escuderías? ¿que saboyana me traeis á mí? ¿que zapaticos á vuestros hijos? No traygo nada deso, dixo Sancho, muger mia, aunque traygo otras cosas de mas momento y consideracion. Deso recibo yo mucho gusto, respondió la muger: mostradme esas cosas de mas con-

sideracion y mas momento, amigo mio; que las quiero ver, para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, muger, dixo Panza, y por agora estad contenta que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage á buscar aventuras, vos me veréis presto Conde, ó Gobernador de una Ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse. Quiéralo así el Cielo, marido mio, que bien lo habemos menester. Mas decidme ¿que es eso de Ínsulas? que no lo entiendo. No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, muger, y aun te admirarás de oirte llamar Señoría de todos tus vasallos. ¿Que es lo que decis, Sancho, de Señorías, Ínsulas, y vasallos? respondió Juana Panza, que así se llamaba la muger de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos. No te acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa, basta que te digo verdad y cose la boca: solo te sabré decir así de paso, que no hay cosa mas gustosa en el mundo, que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien

es verdad, que las mas que se hallan, no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado y de otras molido; pero con todo eso es linda cosa esperar los sucesos, atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo maravedí. Todas estas pláticas pasáron entre Sancho Panza y Juana Panza su muger en tanto que el Ama y Sobrina de Don Quixote le recibiéron, y le desnudáron, y le tendiéron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en que parte estaba. El Cura encargó á la Sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tio, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traelle á su casa. Aquí alzáron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renováron las maldiciones de los libros de caballerías; allí pidiéron al Cielo, que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente ellas quedáron confusas y temerosas, de que se habian de ver

sin su amo y tio en el mesmo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imagináron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quixote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia dellos á lo ménos por escrituras auténticas; solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que Don Quixote la tercera vez que salió de su casa fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hiciéron, y allí le pasáron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara, ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caxa de plomo, que segun él dixo, se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba: en la qual caxa se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mesmo Don Quixote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y cos-

tumbres: y los qué se pudiéron leer y sácar en limpio, fuéron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamas vista historia. El qual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sinó que le dén el mesmo crédito, que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan validos andan en el mundo, que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo ménos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caxa de plomo, eran estas:

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIXOTE DE LA MANCHA HOC SCRIPSERUNT.

EL MONICONGO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA Á LA SEPULTURA DE DON QUIXOTE.

EPITAFIO.

El calvatrueno que adornó á la Mancha
De mas despojos que Jason de Creta:
El juicio que tuvo la veleta,
Aguda donde fuera mejor ancha:

El brazo que su fuerza tanto ensancha,
Que llegó del Catay hasta Gaeta:
La Musa mas horrenda y mas discreta,
Que grabó versos en broncínea plancha:
El que á cola dexó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarría:
El que hizo callar los Belianises:
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debaxo desta losa fria.

DEL PANIAGUADO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA

IN LAUDEM DULCINEAE DEL TOBOSO.

SONETO.

Esta que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, Reyna del Toboso,
De quien fué el gran Quixote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel hasta el herboso
Llano de Aranjuez, á pie y cansado,
Culpa de Rocinante. ¡O dura estrella!
Que esta manchega dama, y este invito
Andante caballero, en tiernos años,
Ella dexó muriendo de ser bella,
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO, DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA EN LOOR DE ROCINANTE, CABALLO DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

En el soberbio tronco diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenético el Manchego su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino:
Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte.
¡Nuevas proezas! pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.
Y si de su Amadís se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces, y su fama ensancha,
Hoy á Quixote le corona el Aula
Do Belona preside, y dél se precia
Mas que Grecia, ni Gaula la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha,
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede á Brilladoro y á Bayardo.

DEL BURLADOR ACADÉMICO ARGAMASILLESCO
Á SANCHO PANZA.

SONETO.

Sancho Panza es aqueste en cuerpo chico,
Pero grande en valor. ¡ Milagro extraño!
Escudero el mas simple y sin engaño
Que tuvo el mundo, os juro y certifico.
De ser Conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.
Sobre él anduvo (con perdon se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante y tras su dueño.
¡ Ó vanas esperanzas de la gente,
Como pasais con prometer descanso,
Y al fin parais en sombra, en humo, en sueño!

DEL CACHIDIABLO
ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA
EN LA SEPULTURA DE DON QUIXOTE.

EPITAFIO.

Aquí yace el Caballero
bien molido y mal andante,
á quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.

Sancho Panza el majadero
yace tambien junto á él,
escudero el mas fiel,
que vió el trato de escudero.

DEL TIQUITOC ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO.

EPITAFIO.

Reposa aquí Dulcinea,
y aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea.
Fué de castiza ralea,
y tuvo asomos de dama,
del gran Quixote fué llama,
y fué gloria de su aldea.

Estos fuéron los versos que se pudiéron leer : los demas , por estar carcomida la letra , se entregáron á un Académico , para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia , que lo ha hecho á costa de muchas vigilias y mucho trabajo , y que tiene intencion de sacallos á luz , con esperanza de la tercera salida de Don Quixote.

Forsi altro canterá con miglior plettro.

VARIANTES

DE ESTE TOMO TERCERO.

Los números arábigos corresponden á los que van esparcidos por la obra, y tambien se notan las páginas en que están dichos números.

1 Pág. 11. Le venia aquel *accidente* de locura. *La segunda:* aquel *acidente* de locura.

2 y 3 Pág. 15 y 20. No han de ser de ningun *efecto* tus fuerzas .... En *efecto* él se fué. *La segunda:* de ningun *efeto*... en *efeto*.

4 Pág. 20. En vano me cansé en *solicitallo*. *La segunda:* en vano me cansé en *solicitalle*.

5 Pág. 21. Se atropelláron *respectos*. *La segunda:* se atropelláron *respetos*.

6 Pág. 25. Habia faltado de casa de *sus padres*. *La segunda:* habia faltado de casa de *su padre*.

7 Pág. 26. Siendo *subjeto* tan baxo. *La segunda:* siendo *sujeto* tan baxo.

8 Pág. 27. Tuve por menor inconveniente dexalle y *asconderme*. *La segunda:* tuve por menor inconveniente dexalle y *esconderme*.

9 Pág. 27. Mis fuerzas ó mis *disculpas*. *La segunda:* mis fuerzas ó mis *desculpas*.

10 Pág. 28. En las primeras ediciones, y en la de Lóndres el epígrafe que correspondia

al capítulo XXIX. se puso al XXX. y el de aquel á este, por lo que en esta edicion se ha puesto cada uno en el lugar que le corresponde.

11 Pág. 33. Por que causa fué su *quistion. La segunda* : su *qüestion.*

12 Pág. 43. El mi buen *compatriote. La segunda* : el mi buen *compatriota.*

13 Pág. 47. *Ora* tenga valor ó no. *La segunda* : *aora* tenga valor ó no.

14 Pág. 49. El epígrafe de este capítulo XXX. en las primeras ediciones y en la de Lóndres dice : *Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia, en que se habia puesto.* Pero este corresponde al capítulo antecedente, como se ha advertido en la nota 10.

15 Pág. 60. ¿No sabeis vos *gañan*, faquin, belitre? *La segunda* : ¿no sabeis vos faquin, belitre?

16 Pág. 64. No *fueran* menester tantas palabras. *La segunda* : no *fuéron* menester tantas palabras.

17 Pág. 78. Querian detenerse á beber en una *fontecilla. La segunda* : en una *fuentecilla.*

18 Pág. 81. En *efecto* él me paró tal. *La segunda* : en *efeto* él me paró tal.

19 Pág. 82. Quisiera tener *agora* con que llegar á Sevilla. *La segunda* : quisiera tener *aora* con que llegar á Sevilla.

20 Pág. 84. En el mismo *caramanchon. La segunda* : en el mismo *camaranchon.*

21 Pág. 93. Si me fuera lícito *agora. La segunda* : si me fuera lícito *aora.*

22 Pág. 107. El error de su *secta. La segunda :* el error de su *seta.*

23 Pág. 107. Ha de ser tiempo gastado. *La segunda :* ha de ser tiempo *mal* gastado.

24 Pág. 112. La muger es animal *imperfecto. La segunda :* la muger es animal *imperfeto.*

25 Pág. 114. Es de *vidrio* la muger. *La segunda :* es de *vidro* la muger.

26 Pág. 117. Los *defectos* que se procura. *La segunda :* los *defetos* que se procura.

27 Pág. 129. Una estatua de mármol, no *que* un corazon de carne. *La segunda :* una estatua de mármol, no un corazon de carne.

28 y 29 Pág. 130 y 133. En *efecto. La segunda :* en *efeto.*

30 Pág. 136. Como el *subjeto* merece. *La segunda :* como el *sujeto* merece.

31 y 32. Pág. 141. y 142. Si en *efecto* .... quedase *imperfecta* la obra. *La segunda :* si en *efeto* .... quedase *imperfeta* la obra.

33 Pág. 153. ¿Porque no vas, Leonela, á llamar al mas *leal* amigo de amigo que vió el sol? *La segunda :* ¿Porque no vas, Leonela, á llamar al mas *desleal* amigo de amigo que vió el sol?

34 Pág. 256. Ya quisiera *que* la prueba de venir Lotario *faltara*, temeroso de algun mal repentino suceso. *La segunda :* ya quisiera la prueba de venir Lotario, *aunque* temeroso de algun mal repentino suceso.

35 Pág. 163. Tan extraños y eficaces *afec-*

tos. La segunda : tan extraños y eficaces *afectos.*

36 Pág. 165. El epígrafe de este capítulo XXXV. en las primeras ediciones dice solamente : *Donde se da fin á la Novela del Curioso Impertinente* , y lo demas está en el cap. XXXVI. pero fuera de su lugar , porque allí no se trata de la batalla de Don Quixote con los cueros de vino , sino en el XXXV. por lo que en esta edicion se ha pasado de aquel á este la parte que le corresponde.

37 Pág. 165. Del *caramanchon* donde reposaba. *La segunda :* del *camaranchon* donde reposaba,

38 Pág. 169. Alta y *famosa* señora. *La segunda :* alta y *fermosa* señora.

39 Pág. 173. Era Anselmo el fabricador de su deshonra , creyendo que lo era de su gusto. En esto el que tenia Leonela de verse *qualificada* en sus amores llegó á tanto que . . . se iba tras él á suelta rienda. *La segunda :* Era Anselmo el fabricador de su deshonra , creyendo que lo era de su gusto. En esto el *gozo* que tenia Leonela de verse *calificada* en sus amores llegó á tanto , &c.

40 Pág. 178. Claramente conoció que se le iba acabando la vida. *La segunda :* claramente conoció *por las premisas mortales , que en sí sentia* , que se le iba acabando la vida.

41 Pág. 189. Como me *heciste* en los principios. *La segunda :* como me *hiciste* en los principios.

42 Pág. 192. Desta vuestra *captiva. La segunda :* desta vuestra *cautiva.*

43 Pág. 196. Que yo rogaré al Cielo. *La segunda :* que yo de *rodillas* rogaré al Cielo.

44 Pág. 202. Pensamiento *desparatado. La segunda :* pensamiento *disparatado.*

45 Pág. 202. Luscinda haria y represen-tatia la persona de Dorotea. *La segunda :* Luscinda haria y representaria *suficientemente* la persona de Dorotea.

46 Pág. 202. No está mas de dos jornadas de aquí. Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra. La edicion de Lóndres dice : no está mas de dos jornadas de aquí, *dixo el Cura.* Pues aunque estuviera mas, *dixo Don Fernando*, gustara yo de caminallas, &c. En las primeras ediciones faltan las palabras, *dixo el Cura : dixo Don Fernando.* De este género de supresiones de los interlocutores del diálogo, de que se hallan muchos exemplos en los buenos autores antiguos y modernos, usa con freqüencia Cervántes en sus obras, particularmente en esta del Quixote, como se puede ver en los capítulos VI, IX, XII, XXXVIII, XLIII, y L. de la primera parte, y en el III, IV, VII, X, XIII, XVI. de la segunda, y en otros lugares, por lo que se ha conservado este pasage y otros semejantes sin alteracion, como se hallan en las primeras ediciones.

47 Pág. 208. Si gustáredes de *pasar* con nosotras. *La segunda :* si gustáredes de *posar* con nosotras.

48 Pág. 209. Respondió el *Captivo. La segunda :* respondió el *Cautivo.*

49 Pág. 210. ¿Luego no es *baptizada?*

La segunda : ¿luego no es *bautizada?*

50 Pág. 229. A mi padre le quedáron quatro mil en dineros. *La segunda* : á mi padre le quedáron quatro mil *ducados* en dineros.

51 Pág. 233. *Leventes* y Genízaros. *La segunda* : *Levantes* y Genízaros.

52 Pág. 239. Todos tres se *sonriéron*. *La segunda* : todos tres se *sonriyéron*.

53 Pág. 243. Siendo *grumete* de una nave. *La segunda* : siendo *brumete* de una nave.

54, 55 y 56 Pág. 247, 248 y 249. *Hecimos*. *La segunda* : *hicimos*.

57 Pág. 262. A un Lugar que se *llamaba* Sargel. *La segunda* : á un Lugar que se *llama* Sargel.

58 Pág. 267. Mil y quinientos *zoltamis*. *La segunda* : mil y quinientos *zoltanis*.

59 Pág. 268. Desto se *rió* muy de véras. *La segunda* : desto se *riyó* muy de véras.

60 Pág. 269. El *primero* juma. *La segunda* : el *primer* juma.

61 Pág. 278. Cae sesenta millas de Argel. *La segunda* : cae *no mas que* sesenta millas de Argel.

62 Pág. 282. Lo sabrá decir mejor que *no* yo. *La segunda* : lo sabrá decir mejor que yo.

63 Pág. 284. Para que *felicemente* diésemos fin. *La segunda* : para que *felizmente* diésemos fin.

64 Pág. 289. No queria tocar en ningun puerto de España, sino pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, y irse á la Rochela, *desde* donde habia salido. *La se-*

gunda : no queria tocar en ningun puerto de España, sino *irse luego á camino*, y pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, *hasta* la Rochela, *de* donde habia salido.

65 Pág. 289. Con la qual vista todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidáron de todo punto, como si no hubieran pasado por nosotros. *La segunda :* con la qual vista *y alegría* todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidáron de todo punto, como si *propiamente* no hubieran pasado por nosotros.

66 Pág. 291. Con lágrimas de *muy* alegrísimo contento. *La segunda :* con lágrimas de alegrísimo contento.

67 Pág. 293. Se vistiese un *gilecuelco*, ó casaca. *La segunda :* se vistiese un *gileco*, ó casaca.

68 Pág. 294. Habia apellidado, *al* arma. *La segunda :* habia apellidado arma.

69 Pág. 298. En diciendo esto, *Don Antonio* y todos los demas se le ofreciéron ... para servirle. Las primeras ediciones dicen: *Don Antonio*. Pero es un descuido del autor, pues entre todos los concurrentes no habia ninguno que se llamase así. Deberia decir : *Cardenio*, ó : *el Cura*, que eran las personas principales que habian oido la relacion del cautivo ademas de Don Fernando, pues aunque con este venian tres caballeros, no se ha dicho el nombre de ninguno de ellos.

70 Pág. 303. Para conocer primero si ... su hermano por verle pobre se *afrentaba*, ó

le *recebia* con buenas entrañas. *La segunda:* para conocer primero si .... su hermano por verle pobre se *afrentaria*, ó le *recebiria* con buenas entrañas.

71 Pág. 308. Le puso *ámbas* manos en los pechos. *La segunda:* le puso *las* manos en los pechos.

72 Pág. 316. Es muy *gran* estudiante y poeta. *La segunda:* es muy *grande* estudiante y poeta.

73 Pág. 332. Como el Cielo *lo* ordenare. *La segunda*: como el Cielo ordenare.

74 Pág. 333. *Salia* en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada, *y* llamando Dorotea á Cardenio á parte... le contó la historia del músico. *La segunda:* *salió* en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada: llamando Dorotea á Cardenio, &c.

75 Pág. 343. Hasta *agora*. *La segunda:* hasta *aora*.

76 Pág. 344. Para que todos *riesen*. *La segunda:* para que todos *riyesen*.

77 y 78 Pág. 346 y 366. Ponerme yo *agora* .... *Agora* acabarás de conocer. *La segunda:* ponerme yo *aora* .... *aora* acabarás de conocer.

79 Pág. 369. Quando el furibundo leon manchego y la blanca paloma tobosina *yoguieren* en uno. *La segunda:* *yacieren* en uno.

80 Pág. 382. ¿*Pensaba* Vuestra Merced, que no *lo* conozco? *La segunda:* *pensará* Vuestra Merced, que no *le* conozco.

81 Pág. 386. Un millon de *compitientes*.

La segunda: un millon de *combatientes.*

82 Pág. 409. *Tantos* y tan *disparatados casos* como los libros de caballerías contienen. *La segunda: tantas* y tan *disparatadas cosas* como los libros de caballerías contienen.

83 Pág. 424. No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho; pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de Condados. A lo qual replicó Don Quixote: yo no sé que haya mas que decir: solo me guio por el exemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero Conde de la Ínsula firme, y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer Conde á Sancho Panza. *La segunda: Á lo qual replicó Don Quixote:* no son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho, pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de Condados. Yo no sé que haya que decir, solo me guio por *muchos y diversos exemplos que podria traer á este propósito de caballeros de mi profesion, que correspondiendo á los leales y señalados servicios, que de sus escuderos habian recebido, les hiciéron notables mercedes, haciéndoles Señores absolutos de ciudades y ínsulas, y qual hubo, que llegáron sus merecimientos á tanto, que tuvo humos de hacerse Rey. Pero ¿para que gasto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne exemplo el grande y nunca bien alabado Amadis de Gaula, que hizo á su escudero Conde de la Ínsula firme?* Y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer Conde á Sancho Panza.

Las palabras *á lo qual replicó Don Quixote* en la segunda edicion están fuera de su lugar, como se ve por el contexto, y deben estar como en la primera al principio de la segunda cláusula.

84 Pág. 425. Admirado quedó el Canónigo de los concertados disparates que Don Quixote habia dicho. *La segunda :* admirado quedó el Canónigo de los concertados disparates (*si disparates sufren concierto*) que Don Quixote habia dicho.

85 Pág. 426. Estaréis *mas* segura en vuestro aprisco. *La segunda :* estaréis segura en vuestro aprisco.

86 Pág. 431. En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la *Rosa* hijo de un pobre labrador vecino del mismo Lugar. En todos los lugares, en que la primera edicion dice Vicente de la *Rosa*, la segunda dice Vicente de la *Roca*.

87 Pág. 432. Habia hecho muestra .... de mas de veinte *plumages*. *La segunda :* habia hecho muestra ... de mas de veinte *plumas*.

88 Pág. 437. Segun está *colmo* de pastores y de apriscos. *La segunda :* segun está *colmado* de pastores y de apriscos.

89 Pág. 438. Del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones *que tienen*. *La segunda :* del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones.

90 Pág. 441. Pero *estorbábanselo* el Canónigo y el Cura. *La segunda :* pero *estorbáronselo* el Cánonigo y el Cura.

91 Pág. 446. No pudo cubrir el adarga contra villana fuerza. *La segunda :* no pudo cubrir el adarga contra *la* villana fuerza.

92 Pág. 448. Bien *decis*, Sancho. *La segunda :* bien *dices*, Sancho.

93 Pág. 451. Respondió *Juana* Panza. La edicion de Lóndres enmendó: *Teresa* Panza; pero las primeras ediciones constantemente dicen *Juana Panza* en todas las partes, que se nombra en este capítulo.

6 vols
J. Thornton
6.6.79
£60.00





